

Teresa Corroto

# Secretos de papel

*El pecado es algo de lo que  
nadie está libre y algo que  
todo el mundo pretende esconder.*

  
Ediciones  
Alféizar

HOJA ROJA

# SECRETOS DE PAPEL

Teresa Corroto



Ediciones  
Alféizar

© 2020

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor cubierta: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524

Email: [info@edicionesalfeizar.com](mailto:info@edicionesalfeizar.com)

Web editorial: [www.edicionesalfeizar.es](http://www.edicionesalfeizar.es)

*“El mundo está en las manos de  
aquellos que tienen el coraje de soñar  
y correr el riesgo de vivir sus sueños”.*

Paulo Coelho

*A mi razón de ser...*

El ruido de unos zapatos negros de tacón de un cuarenta y dos retumbando bajo los pies de una mujer que pisaba ahora más decidida que nunca, no dejaba indiferente a nadie. Una brisa de aire caliente, típica de un mes de verano más caluroso de lo habitual, mecía su corta y lisa melena a falta de subir solo los dos últimos escalones para ver la luz del día. La tradicional boca de metro de Atocha impasible ante el paso del tiempo, daba pie a un sol que acentuaba más todavía el color rubio ceniza de su pelo.

Siete minutos a paso ligero eran los que separaban a Alexia de su destino. Fueron tantos los días que sus pies se habían dedicado a realizar ese recorrido, que hasta podía indicar los metros exactos que separaban su parada de metro diaria de la pinacoteca madrileña por excelencia la que se había encomendado los últimos treinta años de su vida.

Un año entero era el tiempo exacto que había permanecido alejada del lugar que consideraba como su segunda casa y que ahora la reclamaba de nuevo. La jubilación había llamado a sus puertas el mismo día en que cumplía los sesenta y cinco. El semblante de la estatua de Velázquez custodiando incansable la entrada principal del museo, parecía mirarla de forma entrañable y Alexia dejaba escapar su imaginación al pensar que hasta esa estatua de bronce se había atusado el bigote para darla la bienvenida.

—Yo también me alegro de verte Diego —guiñándole un ojo disimuladamente.

El V Centenario de la muerte de El Bosco junto a la muestra monográfica que se le dedicaba en España, eran la excusa perfecta para volver a pisar el museo del Prado y, de paso, aprovechar para rescatar momentos entre cercanos y olvidados, calles llenas de vida y descubrir otro Madrid que apenas hacía un año parecía que se hubiese reinventado.

Rumbo a la sala 56 A, dedicada en exclusiva al maestro flamenco, no dudó ni por un momento el recorrido que debería seguir y no hizo escala en ninguna otra sala más a no ser por el resto de visitantes que tenía que sortear y con los que debería tener paciencia para que abriesen el hueco suficiente para poder atravesar. Atrás quedaron aquellos tiempos en los que interrumpir a una pareja con un plano en la mano para ubicarles en el punto «Usted está aquí», ya no se encontraba dentro de su cometido, aunque ganas no le faltasen de hacerlo.

Era espectacular cómo unas luces led adheridas a un falso techo iluminaban toda la sala como nunca antes la había visto y unos altillos de pladur, a la altura de la cintura de cualquier viandante, daban asiento a cada uno de los trípticos que compartían esa sala y singularizaba más su carácter al contemplar tanto el anverso como el revés de sus laterales.

«Igualito que el cuchitril donde se exponían antes», pensó.

Nada más entrar, a la derecha, estaba el Carro del heno, a la izquierda La Adoración de los magos y, entre medias, El jardín de las delicias.

Una vez dentro, el profundo suspiro de Alexia acaparaba toda la sala del museo. Mientras exhalaba por completo el aire que sus pulmones habían retenido durante unos escasos segundos, sentía que su alma aún encerraba todas esas preguntas que nadie le había sabido responder con palabras.

A pesar de encontrarse situada justo entre los tres trípticos más conocidos de todos los tiempos, El jardín de las delicias era su obra preferida y más que merecedora de requisar toda su atención. No era la primera vez ni la segunda que Alexia se sumergía entre tal alboroto de imágenes no para intentar desvelar su misterio, sino para permanecer sumergida en él. Figuras fantasmagóricas, animales maravillosos y un caos incendiándolo todo como un día de fiebre, eran ilustraciones más que emblemáticas para ahondar en ellas y perderse el tiempo suficiente hasta conseguir despejar su mente.

—El apocalipsis —decía Alexia en voz alta al contemplar la última tabla del tríptico—. Todo arde ante el tormento de las almas torturadas por seres que despellejan y degüellan. Casi como en la vida real —retorciendo la comisura de sus labios al terminar de hablar y observando por el raballo del ojo las curiosas miradas de los que se encontraban a su alrededor al escucharla.

Era evidente que, ni su atrevido comentario, ni unas cuerdas vocales retocadas años atrás por la cirugía, iban a pasar inadvertidas ante nadie.

Y es que nada le gustaba más que permanecer con su impávida mirada ante la obra más extraordinaria y, a la vez, más enigmática que el ser humano haya podido constatar y a la cual siempre visitaba cuando el trabajo se lo permitía antes de marcharse a casa.

Nada menos que tres rigurosas décadas completaban el tiempo que Alexia había dedicado en cuerpo y alma a procurar la protección de ese museo. Y nunca mejor dicho. También llegó a formar parte del cuerpo de seguridad que, al caer el sol, se encargaba de custodiar todas y cada una de esas obras. O como a ella le gustaba llamarlo, otra forma de felicidad terrenal.

Su cuerpo había sufrido una transformación tremenda desde entonces y, ese museo, había sido el máximo testigo de todo ese cambio fase por fase. Ni el mismísimo cuadro de La pasión de Juana de Arco juzgada por la inquisición por actuar y vestir como un varón, podría explicar mejor un espíritu atrapado en un cuerpo que no se corresponde.

Aspecto de hombre de día, corazón de mujer de noche.

Allí, donde las ideas revolotean como los ángeles, lo extraño era bello, las obras solo pueden hacerse con amor y la imaginación es capaz de dispararse sobre un simple lienzo en blanco, era donde su nostalgia encontraba cura.

Y porque allí, entre dioses hermafroditas de la antigua Grecia plasmados en lienzos y delicadas estatuas de ninfas con pene, podía desnudar su alma y mostrarse tal y como era porque las obras de arte no la juzgaban, sino que se sentían identificados con ella.

Desde que, por caprichos del destino, se estableció en Madrid con tan solo quince años, lo único que la ataba a su Mediterráneo y a su luz y calor, era el recuerdo de una tierna infancia y de

una menos acertada adolescencia. Y de eso su querido Sorolla sabía mucho. No necesitaba más que un barrido de ojos a su paleta de colores para regresar a su añorada Valencia y sentirse cuya niña, perfectamente plasmada, correteaba inofensiva por el mar.

Atrás quedaban ya las reuniones de amigos alrededor de las hogueras con olor a sal, el caluroso viento de levante, o los atardeceres envueltos en agua espumosa. Sus padres junto con él y su hermana, abandonaban su casa de Altea de toda la vida por la promesa de un ascenso para su padre a cuatrocientos kilómetros de allí y de la posibilidad de darles una vida mejor. Una vida de privilegios con un final que se truncaba desde el mismo momento en que su hijo, recién cumplida la quincena, aparecía de repente a ojos de su padre vestido de mujer.

—Pero ¿qué cojones haces con eso puesto? —le increpó su padre malhumorado mientras le atravesaba con fuego en la mirada.

—Nada, papá —acertó a decir completamente bloqueado.

—Alejandro, ¡que qué cojones llevas puesto! —elevó el tono.

Un silencio sepulcral entre ellos que hasta parecía atravesar las paredes impregnaba todo el salón. El nudo de Alex, cada vez más latente en su garganta, parecía ahogarle.

Si los ojos son el espejo del alma, el alma de su padre parecía estar cociéndose en ese momento en las mismísimas puertas del infierno y Lucifer, a su lado, ser un simple aprendiz. Lo poco que fuese que se le estuviese pasando por la cabeza mientras observaba a su hijo travestido, o como diría él: disfrazado de marica, no sería ni por asomo la mitad comparado con la hostia que le esperaba a Alex si no arrancaba a hablar de un momento a otro y daba una buena explicación de su modelito.

—Tranquilo, papá, te lo puedo explicar —colocando sus manos frente a su padre a modo de escudo.

—Te estoy esperando.

Antes de que su padre continuase chascándose sus propios nudillos como solía hacer a menudo, Alex decidió dejar escapar por su boca lo primero que se le pasara por la cabeza no fuese a ser que, esos nudillos precalentados, terminaran por estamparse en su cara.

—Estoy preparándome un disfraz para carnaval —dijo de carrerilla casi sin respirar.

Una mirada inquisitoria ahora más centrada en su vestimenta debido a su majadera respuesta, le revisaba de arriba a abajo reparando en todos y cada uno de los detalles de su afeminado atuendo. Desde sus zapatos de tacón con el talón fuera, su camisa anudada a la altura del ombligo y hasta la cinta de lunares que adornaba su pelo. Alex, no solo rezaba para que su padre se supiera contener contando hasta diez, sino para que su incendiada mirada se quedase estancada a la altura de su cuello y no fuese más allá de su mentón. Unos labios rojo carmín haciendo juego con unos coloretes del mismo color y unas pestañas extra rizadas gracias al rímel, hacían de conjunto final a esa farándula digna de portada de revista.

—¿Pero tú te has creído que soy gilipollas? —gritaba a su hijo de forma descomunal.

Ahora sí que no le quedaban dudas de que no se libraba de la hostia.

—¿Carnavales a veintidós de diciembre? ¿Me tomas el pelo? —seguía recriminando a su hijo —. Eso que haces en mi pueblo tiene un nombre. Y se llama maricón —llenándosele la boca con el insulto.

Automáticamente, tras terminar el discurso que daba el colofón final a una batalla perdida, los ojos de Alex se cerraban a la espera de recibir el fatídico golpe que, sin fortuna, había intentado sortear. Su oído derecho se llevaba la peor parte al sentir de cerca el estruendo del impacto provocado por el puño de su padre al estamparse con lo que parecía la pared. Una puerta de madera colocada justo detrás, terminaba por pagar el pato y un «gracias Señor» se sentía musitar de unos labios carmesí acartonados producto del miedo.

—Tienes treinta segundos para quitarte toda la parafernalia —ordenaba su padre aún con el puño clavado en la puerta.

Ese desafortunado encuentro mal calculado uno contra uno, provocó una prematura explicación de una noticia que aún no debería ver la luz y que colocaba su vida pendiente de un hilo.

Conociendo como conocía a su padre, ese repentino cambio de opinión en el último momento con un puñetazo que llevaba su nombre, no pudo ser más que un milagro de la divina providencia. Y eso que, últimamente, para un hombre machista, de familia tradicional y criado en un cristianismo estricto, la palabra de Dios había dejado de ser la primera desde hacía tiempo. Por lo menos para él.

Pascual era como le llamaban los amigos y gente de confianza a causa de su primer apellido, pero Santiago Pascual Berenguer era el nombre completo que rezaba en el registro civil alicantino. Alex siempre le había escuchado decir que llevaban apellido de conquistador español y, por lo tanto, unos cojones como el caballo de Espartero.

—El súmmum de la valentía, hijo —utilizando estas palabras siempre como coletilla.

Republicano hasta la médula y fan incondicional de la elástica blanquiazul, su profesión como guardia civil acrecentaba más si cabía el orgullo de sentirse macho y español. Pero sobre todo el haber nacido varón para poder estudiar, por aquel entonces, lo que pregonaba a los cuatro vientos que más le gustaba: formar parte del cuerpo de la benemérita.

Colgada perpetuamente en su pecho una chapa con el lema «El honor es mi divisa», es lo que siempre recordaría Alex a pesar de que los años no pasasen en balde y, la historia de cómo en honor y memoria de Baldomero esculpían una estatua que fue colocada en la madrileña calle de Alcalá, frente a la puerta del Parque del Retiro, era el relato preferido que contaba a sus hijos cuando estos le reclamaban un cuento antes de irse a dormir. Aunque a Alex, al igual que a Aitana, su hermana pequeña, le hubiese gustado más que los protagonistas de esa historia más ecuestre que otra cosa, diesen lugar a castillos encantados, valerosos príncipes y finales de cuento de hadas.

Fue en una de las marineras procesiones de su tierra con el sol y el mar por testigos, cuando Pascual encontraba el amor mientras custodiaba el paso del Cristo de Morenet.

Los balcones del Ayuntamiento donde se arrojan miles de aleluyas, pintaban de colores la calle principal y contrastaban con las flores y el olor de las velas que llevaban las damas de mantilla.

Trinidad no era la única mujer cuya mantilla blanca de chantilly y guantes de encaje del mismo color, salía de la ermita de la Virgen del Socorro y caminaba junto a los costaleros tras los pasos del patrono de los hombres del mar. A Pascual nunca le dejaba de sorprender cómo esos pescadores eran capaces de sacar esa talla tan pesada a través de la estrecha cancela y echársela al hombro mientras lo tumbaban en su cruz para luego volver a elevarle hasta el cielo.

Ante un ambiente donde el ruido de los tambores se pavoneaba entre el silencio de las calles y el olor a incienso se hacía notar, la delicadeza de aquella mujer encabezando al resto de feligresas no pasaba desapercibida para un guardia civil, cuyo privilegio era poder observarlo todo a lomos de su caballo negro.

Pascual, junto a dos de sus compañeros de carrera en cola de procesión, se ubicaban entre aquellas mujeres y el público final, y trotaba al unísono de los golpes de tambor que marcaba la orquesta de infantería. Una parada obligatoria para dar paso a una saeta mientras atravesaban la plaza de Santísima Faz, provocaba un parón generalizado.

Fue en ese momento, cuando Trinidad, aprovechando el clásico virote, se permitía el lujo de curiosear sin tapujos a todo lo que la rodeaba. Ella era consciente de que, tanto su presencia como la del resto de mujeres enfundadas en vestidos ajustados, moños a la altura de la nuca y zapatos de salón, llamaban la atención no solo por el sofisticado atuendo, sino por la devoción que se respiraba por cada uno de los poros de cada una de ellas.

En una intentona por aflojarse un poco la peineta de carey de tonalidades claras que sujetaba su mantilla mientras a su vez sostenía la vela y el rosario, no pudo evitar que aquellos dos objetos se le resbalasen de las manos. Fue tal el susto que se llevó al sentir que caían al suelo sin más remedio, que un grito exagerado y repentino la ponía en evidencia en el momento menos propicio y por la gente más allegada. Entre ellos Pascual.

—Dios, qué vergüenza —comentaba Trinidad con sus compañeras mientras recogía sofocada la vela—. Casi se me escucha más a mí que a la saeta —provocando risas simuladas entre sí.

—Has tenido suerte que el público estaba concentrado en otra cosa —se recochineaba otra—. Bueno, todos menos ese guardia civil de ahí.

Con una mirada de reojo señalándola hacia la derecha de donde ambas se encontraban, Trinidad giraba su cabeza hasta dar con un caballo negro y más arriba con su jinete. Pascual se veía intachable con su tricornio de fieltro y su uniforme de gala a lomos de ese corcel, pero desde aquella perspectiva, a Trinidad no la terminaba de quedar claro el aspecto de ese hombre.

Un segundo antes de que sus miradas se encontrasen, el redoble de tambores indicaba de nuevo el retorno al desfile. Todos caminaban de nuevo asumiendo su correcto papel hasta dar por terminada la procesión acompañando a los colores aterciopelados del atardecer.

No fue hasta la parada final de los cofrades, antes de embarcar al Cristo, cuando Trinidad se llevaba las manos a la cabeza al comprobar que su rosario de cuentas de madera no se encontraba junto a su vela.

—¡Mi rosario! —le decía a sus compañeras—. Lo he perdido. Tengo que ir a buscarlo.

Con una sensación de angustia que se adueñaba de la rapidez de sus pasos, Trinidad era la

única persona que caminaba a contra reloj en medio de la marabunta. Su preocupación por encontrar ese rosario era tal, que ni los empujones de la gente a punto de llevarse su mantilla por delante la hicieron recapacitar. Trinidad, a pesar de sus muchos intentos por que la abriesen camino, se veía más como un pececillo luchando contracorriente contra la fuerza del mar que como una simple mujer en busca de su preciado tesoro.

A punto estaba de dar por perdida su lucha cuando, el taconeo de un caballo cada vez más latente, se aproximaba hasta ella y conseguía abrirla paso. Como una lapa y sin pensárselo dos veces, Trinidad se aferraba a su cincha y se dejaba llevar por quien fuese que estuviese montado en su asiento de cuero. Tras unos pasos a codazos que la parecieron interminables, jinete, caballo y damisela, respiraban al llegar a una de las calles cuya tranquilidad ya se palpaba. Diez metros más adelante se daban de bruces con la famosa plaza.

—Ahí fue donde se me cayó —señalaba ella bajo un balcón—. Fue ahí donde cantaron la saeta.

Ya ni sus pies doloridos y estrujados por unos zapatos nuevos con tacones a media altura impidieron que corriera de nuevo. Una especie de cuerda de color marrón tirada que parecía a lo lejos el ansiado rosario, la llenaba de esperanzas.

Pascual, que se había quedado montado en su caballo justo a esos diez metros que le separaban de ella, la observaba intrigado mientras Trinidad se agachaba a coger algo del suelo y se lo llevaba seguidamente a su pecho. Un suspiro sosegado y una sonrisa de alivio fueron suficientes para darle a entender a ese hombre que ambos habían alcanzado su objetivo.

Fue entonces cuando, entre el regreso de ella y la espera de él, sus miradas se encontraban por primera vez.

Trinidad se aferraba más que nunca a esa hilera de bolas de madera desgastada. El mismo camino que había recorrido para recogerlo, lo hacía ahora en sentido contrario junto a una sonrisa que no se separaba de sus labios.

—Muchas gracias por ayudarme —gradecía a su anónimo salvador—. De otra forma me hubiera sido imposible recuperarlo.

—De nada —le contestaba Pascual a la vez que bajaba al suelo y se colocaba frente a ella—. ¿Tan importante es para ti ese rosario, mujer? Has estado a punto de morir aplastada —entre sisas y preocupación.

—Es más que eso. Es el único recuerdo que conservo de mi abuela.

—Lo lamento.

—Yo lo hubiese lamentado más de haberlo perdido para siempre —mientras lo miraba—. Así que gracias de nuevo.

—Agradécemelo con una horchata fresquita —con una mirada pícaro.

—Y unos buenos fartons —aceptando Trinidad la invitación.

—Me parece bien, conozco el lugar perfecto...

Pascual la observaba con atención y agradecía la verborrea de aquella chica que se encargaba

por sí sola de evitar los silencios incómodos.

De mediana estatura, con caderas estrechas y pómulos prominentes, en parte también a su delgadez, no es que fuera una belleza pero lo compensaba con su gracia al hablar y con unos labios gruesos que incitaban a todo menos a seguir hablando. La peineta que seguía clavada en su cabello negro completamente engominado hacia atrás, no la hacía justicia a pesar de la exquisitez de la misma. Unas manos pequeñas y redondas que no paraban de gesticular, desviaban de vez en cuando la mirada de Pascual.

—Y así llevo desde que tenía trece años —parloteaba Trinidad—. Nada más y nada menos que ocho años ofreciéndome al Cristo. Fue una promesa que hice desde niña y ni el frío ni la lluvia detendrán mi andadura. En mi familia siempre se ha vivido con mucha pasión pero yo lo hago por fe. Si en estas fechas me regalasen un viaje a Punta Cana, yo me quedaría en Alicante sin dudarlo —provocando una inevitable sonrisa en Pascual.

Trinidad era hija única y de buena familia. Su apellido era muy aparente ante la sociedad y más en un entorno donde las clases con las que se codeaban, no se permitían bajar de media tirando a alta. Que su futuro marido se dedicase a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, no era precisamente lo que habían planeado para ella pero, de todo lo que se podían encontrar, tampoco era lo menos acertado.

En seis meses ya estaban planeando su boda y un año más tarde traían al mundo a su primer hijo.

Pero no fue hasta que Trinidad no alumbraba a su segunda hija, cuatro años después, cuando su alegría empezó a ensombrecerse y los problemas con el que se suponía era el príncipe de la casa aparecían en forma de preferencia más por una muñeca o un tutú, que por un coche de carreras o un balón de fútbol.

Y más problemas les suponían aún que Alex, ya entrando en la adolescencia, solo se dejase ver en compañía de sus amigas de clase y no de los niños con los que, por lógica, un niño de su edad se debería entretener.

Eso, entre ropa de firma, fiestas de caché y relojes Piaget, no estaba bien visto.

Ni siquiera Trinidad se sentía capaz de defender a su hijo cuando la acusaban de haber traído a este mundo a un niño «desviado» y, por lo tanto, tener parte de culpa de su actitud.

—Lo mejor para todos será que nos alejemos de aquí.

Fueron las palabras de Pascual que, por expresa recomendación de su suegro y más por fuerza mayor y por propios intereses, decidió aceptar un ascenso a sargento primero y un jugoso aumento de salario por el artículo treinta y tres. Eso sí, en la tierra de las oportunidades, Madrid.

Más valía pájaro en mano que ser abochornado por todo el cuartel y la vergüenza de sus vecinos.

Así fue cómo Pascual ahora luciría galones nuevos y se les adjudicaba una casa acomodada en el bloque de viviendas de la Guardia Civil de un barrio de Valdemoro. Por supuesto, por salvaguardar la seguridad de la ciudadanía o ese sería el pretexto perfecto.

Es ahí cuando Alex siente por primera vez qué es la soledad y cómo solo puede encontrar refugio entre sus hormonas en pleno auge y en esa personita que, a pesar de ser cuatro años menor, era capaz de darle paz y la única en este mundo de robarle el corazón.

—Alex, ¿cómo es el amor? —preguntaba la pequeña de la casa antes de irse a dormir a su hermano mayor—. Nunca he visto a papá y a mamá darse un beso. Ni cogerse de la mano. Ella se pasa todo el día en casa cuidando de nosotros y a papá casi no le vemos. Solo sé que ha llegado a casa cuando escucho desde mi cama la puerta de la calle y el alboroto de sus llaves cayendo sobre el mueble de la entrada.

—¿Crees que se van a poner a besuquearse delante de ti, enana? —con tono de burla—. Ya sabes lo serio que es papá para algunas cosas.

—¿Como para enfadarse tanto por haberte visto vestido de chica?

—¿Has estado cotilleando? —incrédulo por lo que acababa de escuchar—. Mira que te tengo dicho...

—Que no escuche conversaciones de los mayores —interrumpiendo a su hermano y acabando la frase—. Sí, esa retahíla me la sé de memoria.

—¿Entonces?

—Es inevitable no escuchar cuando tu habitación está pegada al salón y cuando las voces de papá retumban como un altavoz. Tampoco hace falta que te pongas así.

—Tú no lo entiendes —en una intentona por zanjar el tema.

—Pues claro que no lo entiendo. ¿Qué tiene de malo que te disfraces de mujer? En mi clase muchos de mis amigos lo hacen en carnavales.

Las inocentes palabras de esa niña que para nada las pronunciaba con maldad, daban que pensar a Alex y provocaban un sentimiento tierno hacia su hermana que a su vez se tornaba en rabia al acordarse de la espantosa escena. Su corazón se sobrecogía y su valor como persona se mermaba por momentos. Nadie jamás había conseguido que su niño interior se sintiese tan pequeño.

—¿Alex? —devolviendo a su hermano a la realidad.

—Perdona, me he quedado en babia.

—Sí, me he dado cuenta —riéndose de él.

—Pues ¿sabes? —cambiando de forma rotunda el incómodo tema—. Después de dejar las llaves en la entrada papá le da un besazo enorme a mamá y la abraza con tanta fuerza que casi no la deja respirar —intentando dar un toque romántico a lo que, suponía, toda niña quisiera pensar.

—¿De verdad? —preguntaba su hermana extrañada—. Para ser tan listo como eres, mientes muy mal.

—Y tú para tener la edad que tienes eres demasiado lista —gesticulando con una mueca en la cara—. Papá y mamá se quieren. Estoy seguro.

—Sí, seguro que sí —corroboraba ella—. Aunque esa historia que me intentas vender estaría muy bien si fuese cierta.

—Estaría bien... Duérmete ya, anda.

Ni en una casa en la que todavía quedaban habitaciones vacías o se dejaban asignadas para unos invitados imaginarios, Alex desterraba la idea de continuar con su ritual de acompañarla a su cama y quedarse con ella hasta que el sueño llamase a su puerta. De los cuentos que les contaba su padre antes de que su hijo tuviese comportamientos amanerados ya ni se acordaban y los habían sustituido por confidencias nocturnas y cuentos de la vida misma que unían lazos de sangre.

Ella, sin saberlo, también había terminado por padecer el martirio de tener a un hermano se podría decir diferente.

Besándola en la frente a modo de buenas noches, Alex la dejaba descansar bajo su atrapasueños de plumas blancas y abandonaba su cuerpo agotado hasta su cuarto desordenado por cajas aún sin desembalar.

«Yo también necesitaría algo que atrapase mis malos sueños», pensaba mientras se tumbaba en su cama y colocaba sus brazos debajo de su cabeza.

Alex tenía claro que, algo tan contradictorio como cierto, era que solo sería capaz de acabar con sus pesadillas cuando se hiciera realidad su sueño. El miedo le consumía cuando cerraba los ojos y, una pesadilla diaria en la que empezaba a amar la vida cuando ya se le estaba acabando, le despertaba de golpe sudoroso y le atormentaba sin descanso.

«Tengo que encontrar una solución», diciéndose a sí mismo en la oscuridad de su habitación entre jadeos incesantes.

Prácticamente acababa de poner el primer pie en la ciudad que acunaba a la famosa estatua de Espartero, y ya tenía motivos más que suficientes para odiarla. A ella y a todo lo que le rodeaba.

Tanto era así, que su sentimiento de culpabilidad se acentuaba al saber que ya ni la mayoría de los miembros de su familia lo aceptaban. Su hermana pequeña ya le había dejado bien claro que, si no bastaba con su rechazo por tener actitudes no menos acertadas, su padre despotricaba por su boca con todo aquel con el que hablaba.

Claro estaba que, otro gallo cantaría, si del que echaba fuego por la boca no fuese de su propio hijo.

Nunca le había parecido ver el techo de su cuarto tan oscuro como esa última noche en la que tomó la determinación de unirse a sus enemigos si no podía luchar contra ellos. Su imagen, su integridad física y su salud mental, dependían de ello.

Por intentar conseguir hacerse un hueco en su propia casa y entre las nuevas amistades que esperaba llegar a conocer, Alex iba a tener que pagar un precio muy alto. Olvidarse de sus sueños para seguir dando paso a esas pesadillas que aparecían sin tregua cada noche y verse a sí mismo, una vez que su pesadilla lo atrapaba, postrado en una cama articulada con el pelo cubierto de canas y un camisón de hospital verde turquesa como única vestimenta. Una mirada perdida hacia el infinito a través de una ventana, le traía recuerdos de su juventud y una pena más profunda que el océano lo asolaba mientras vertiginosos recuerdos golpeaban su mente ya envejecida y su

corazón se marchitaba al lamentar haber llegado en la más absoluta soledad a ese final de su vida.

Pero los sueños, sueños son, y eso sería lo que él mismo se repetiría todas las mañanas al abrir los ojos y encontrarse con el sol de cara.

El mismo sol de aquella mañana de un veinticinco de diciembre, pero no cualquiera, era el que iluminaba e intentaba calentar a duras penas los cinco grados que marcaban los termómetros de la calle y a los que los madrileños seguían a pies juntillas enfundados en abrigo variopinto y bufandas gruesas.

El templo cristiano al que ahora su madre devota acudiría cada domingo en defecto de su adorada ermita de toda la vida, se encontraba a solo una manzana de su nueva casa. Siempre con sus inseparables gafas de sol al estilo Audrey Hepburn y un recogido a la altura de la nuca, parecía que no existiese otra forma de ir a confesarse de sus pecados si no la acompañaba ese aspecto protocolario. El abrigo negro de lana que la cubría hasta ya bien acabada la rodilla, no la favorecía demasiado debido a su corta altura pero la tranquilizaba al comprobar que, gracias a eso y a su discreta imagen, le ayudaba a pasar desapercibida.

Trinidad no acostumbraba a quitarse sus gafas hasta que no tomaba asiento a pesar de saberse expuesta a que algún sacerdote le llamara la atención. De lo que quedaba de ir acompañada de su marido y de sus dos hijos pequeños, solo le quedaba el nostálgico recuerdo de otra época no tan lejana en la memoria, pero sí en tiempo real.

Para una mujer cuya soledad se había aclimatado a formar parte de ella, acudir a misa era uno de sus pequeños placeres en este mundo y una forma de ayudar a sus sentimientos a llevarse bien dentro de un caos absoluto.

—En nombre del padre, del hijo y del espíritu santo —pronunciaba al entrar mientras se santiguaba y observaba cuál iba a ser su inminente asiento.

Era una iglesia pequeña de barrio pero con un inusual decorado. Lo que más llamaba su atención era su base central en forma octogonal y el grosor de sus vigas de madera. En el centro una pila bautismal en piedra dispuesta a usarse en cualquier momento, era custodiada por tres frescos de tres estaciones diferentes de la andadura de Jesús. Dos vidrieras enanas a ambos lados del sagrado lugar, completaban el resto de la escasa decoración.

Por la demanda de la gente que acudía a celebrar el cumpleaños de su salvador y la estrechez de sus pasillos, Trinidad no tuvo mucha más elección que sentarse en uno de los asientos del final de la hilera de bancos casi llegando al portón principal. Sentarse tan lejos del altar no le daba la opción de ser las primeras en recibir la comunión pero sí de divisar el panorama que le quedaba delante y poder así hacerse una idea del pie que cojeaban sus vecinos más cercanos.

Mientras todo el mundo se daba la paz estrechando sus manos hasta con gente desconocida, Trinidad hacía de abogada del diablo y cuestionaba si la vida de aquellas personas aparentemente normales, también tendrían el mismo problema con alguno de sus hijos.

Llegado el momento de tomar la hostia consagrada y de poder ir en paz de boca del que cura almas en nombre del señor, la madre de Alex aguardaba paciente a que las puertas del confesionario se abrieran.

Un prudente, Ave María purísima, salía de boca de Trinidad a la espera de ser contestada desde el otro lado de la rejilla.

—Sin pecado concebida —se escuchaba inmediatamente en respuesta a sus palabras.

La voz grave y profunda de ese hombre, ahora desde cerca, intimidaba mucho más que al escucharla desde el banco. Con pelo frondoso y completamente cano y unas cejas puntiagudas y también blancas por el acuse de la edad, su gesto de cabreo frunciendo continuamente el ceño era constante. Su feligresa no le podía ver pero se lo imaginaba igual que le había visto minutos antes dando el sermón. En su interior algo le decía que no era oro todo lo que relucía.

—Padre, mi hijo está mal —soltó de una forma directa.

—¿Qué tiene? Cáncer, síndrome de Down, alguna enfermedad de la sangre...

—No padre, tiene comportamientos extraños.

—¿Crees que está poseído?

—Si lo está, me gustaría saber si hay algo que podamos hacer por él. Si usted tiene la voluntad de liberar los pecados, a lo mejor también me puede dar una solución —su voz se entrecortaba nerviosa—. No conozco a nadie que esté pasando por lo mismo que yo.

—Cuando un demonio nos posee fruto del pecado, somos vulnerables a sus caprichos y, por lo tanto, incapaz de controlarlos. Sobre todo en complacer sus deseos de la carne.

—Yo creo que el demonio que posee a mi hijo es una mujer. Quiere confundirlo y llevarle por un camino equivocado —su tono de desesperación daba a entenderlo todo—. ¿Conoce usted a alguien que haya pasado por lo mismo?

—¿Su hijo es un desviado?

El silencio de Trinidad debido a la vergüenza que le causaba responder a esa pregunta respondía con creces al cura. Con la cabeza agachada y cada vez más arrepentida de haber ido a parar allí, no la faltaban ganas de salir corriendo, pero su apariencia valía más que todo eso.

—Mi hijo es inocente. Nadie tiene la culpa de lo que le está pasando —decía más bajito aún para que nadie la oyese.

—Usted tiene la culpa de haber traído a este mundo a ese espíritu maligno.

—Bueno padre, no me haga caso —apurada sin saber dónde meterse y evitando que ese hombre se calentara más de lo debido—. Lo mejor será que me vaya.

Trinidad, en ese momento, sabía que su imagen podía esperar y que se había equivocado de camino al ir a pedir consejo a un hombre con túnica que, más que sentir la palabra de Dios, se la daba de ser superior y no serlo.

Lo que más deseaba ella no era salir de allí, sino que a ese cura no se le cruzasen más los cables y terminase despotricando por su boca lo que tanto temía ella que algún día pasaría. Y así fue.

Sin recibir la absolución de sus pecados ni escuchar las palabras: puedes ir en paz, Trinidad se

marchaba arrepentida antes de que el mismo demonio del que hablaban en su confesión se manifestase en forma de sotana.

No había salido siquiera del confesionario cuando, una voz de hombre alterado desde el otro lado del anticuado mueble, concluía a grito pelado con la resolución del asunto.

—¡Su hijo no está mal ni está endemoniado!;Lo que le pasa es que es un enfermo mental y un peligro social y no habrá nada que pueda controlar sus deseos lascivos! —con un chillido incesante—. ¡Dios solo hizo hombres y mujeres! ¡Su hijo es antinatura y no tiene ni perdón del altísimo ni el mío!

Esas fueron las últimas palabras que esa mujer escuchó tras alcanzar la puerta de salida y salir de allí despavorida. Si lo que quería era encontrar paz interior, estaba claro que no había ido al sitio adecuado, aunque a priori fuese lo mejor que se la había ocurrido.

Lo que no sabía aún era la respuesta que le esperaba de su marido.

Aitana y Alex se encontraban colocando el árbol de Navidad y Pascual estaba embelesado frente al televisor. La agitada entrada en la casa y la directa mirada de amargura hacia su hijo nada más verlo, hizo denotar en Alex una señal de alarma que no era típica en su madre. Algo no iba bien y se palpaba en el ambiente.

—Pascual, tenemos que hablar —colocándose frente a él aún con el abrigo puesto.

—¿Eso que me tienes que contar es tan importante como para que no me dejes ver la televisión?

—¿Qué crees que me ha dicho el cura del barrio en confesión? —completamente indignada—. Que nuestro hijo es un enfermo. ¡Y delante de todo el mundo! Eso un cura en condiciones no lo hace.

—¿Has ido a la parroquia a contarle al cura que tu hijo es marica? —más incrédulo que enfadado.

—¡Pascual, por favor! No hables así de nuestro hijo.

—Y qué quieres que diga, ¿que tiene el don de vestirse de mujer de puta madre? Abre los ojos Trini, tu hijo nos ha salido rana.

—¿Tú te piensas que a mí me encanta esta situación? ¿Que quiero ser la comidilla del barrio? Que hemos tenido que dejar nuestra tierra, nuestra familia, ¡nuestra vida! Lo último que quiero es que eso nos pase aquí también.

—Pues agrádescelo a tu hijo. Él tiene la culpa de todo esto.

Un llanto inconsolable de impotencia hacía reventar a su madre y contagiaba la pena a su hermana pequeña que le miraba con ojos de compasión.

Alex, automáticamente, se levantaba del suelo cual resorte y sus afianzados pasos le llevaron directamente hasta la cocina. El movimiento de su mano derecha que pareciese que tuviese pensamiento propio, abría sin dudar el cajón de los cubiertos y, cogiendo el primer cuchillo que se le pusiera por delante, lo llevaba hasta su muñeca izquierda con la intención de cortarse. Tan ofuscado estaba, que su mente no le dejaba discernir si el cuchillo que había escogido tenía el filo

suficiente como para conseguir rebanar su piel. Al comprobar que, efectivamente, era un cuchillo de untar, Alex comenzó a gritar a los cuatro vientos como si toda la vida se le fuese en ello. Una mezcla explosiva de rabia, impotencia y culpabilidad le atravesaba las entrañas desde los pies hasta la cabeza terminando por explotar en su boca.

El cuchillo de metal que, sin darse cuenta, todavía se aferraba en su mano, era lanzado con fuerza hasta dar a parar al cristal de la ventana. Alex lamentaba que, en ese momento, él no pudiera llegar a hacerse añicos como ese desafortunado cristal.

Esa fue la primera vez que Alex intentaba quitarse la vida y esas fueron las peores navidades que recuerda.

Desde el incidente con el cura homofóbico, no se habían vuelto a encontrar con ninguna mala experiencia relacionada con el tema. De eso ya se había encargado él personalmente. Al fin y al cabo esa tradicional familia que rompía moldes, ya se había visto vapuleada por la injusticia social y el desarraigo de su tierra a causa de los imprudentes actos de su primer hijo.

Nada tenía que ver el ambiente frío y seco de su nueva ciudad al de su tierra natal. Ya solo por tener que apagar el despertador cada mañana y tener que salir a la calle abrigado hasta las cejas, toda la pereza del mundo luchaba contra el par de mantas que apropiaban su cuerpo y se adueñaban de su cama.

El peso enorme de esas mantas de terciopelo sobre su cuerpo, lo inmovilizaba más de la cuenta y le obligada a adoptar una postura más duradera sin atreverse, la mayor parte de la noche, a sacar fuerzas para hacerse con ella. Pero la realidad era que, en lo duros inviernos de Madrid, Alex se dejaba estrujar bajo su manto y hasta agradecía su calor.

A sus padres, debido a la falta de costumbre por el clima mediterráneo, no les había quedado más remedio que ir a comprar ropa de abrigo a la galería más famosa que por entonces se conocía. La de Preciados.

En esa céntrica calle donde el comercio al que acudieron llevaba los mismos apellidos que sus fundadores, un mar de cuerpos inundaba el centro de los Madriles donde era imposible no dar y recibir codazos. La paranoia de las compras, las estatuas humanas dando su toque circense, los músicos callejeros y los indigentes pidiendo limosna entre otras, era el típico escenario navideño por excelencia.

Todo bajo el asombroso alumbrado de las alegres luces y cadenas sujetas a cada lado de la calle que animaba mucho más el aglomerado ambiente.

Ya casi, a un par de metros de llegar a la puerta del enorme establecimiento, alguien agarraba de la mano a Alex y lo hacía retroceder unos pasos con respecto a los de sus padres.

—Toma cariño —le decían mientras le entregaban una hoja con una propaganda escrita—. Serás bien recibido —y se marchaban ipso facto.

Tan rápido fue todo que Alex, cuando quiso levantar la mirada para ver de quien era esa mano que le agarraba, ya no se encontraba frente a él. Pero poco bastó para sorprenderse de lo que sus ojos habían visto en cuestión de segundos.

Unas kilométricas y negras pestañas que daban vértigo, se zarandeaban al son del parpadeo y

unas sombras en tono moradas y negras decorando lo que a simple vista parecían dos ojos enormes, acaparaban todo el párpado. Tres rayas negras pintadas cual patas de gallo en ambos y purpurina por doquier, complementaban aquella mirada que parecía sacada de un carnaval de Venecia.

Tampoco se quedaban atrás dos pómulos marcadísimos por un colorete rosa intenso, una nariz difuminada con lápiz y unos labios rojo pasión perfilados con color granate que daban la sensación de, más que una mujer o el intento de parecerlo, fuese una muñeca de porcelana.

Aunque su voz, más varonil que afeminada, desentonase por completo y se viese a la legua que quien le estaba hablando era un hombre en una pésima intentona de aparentar una mujer.

—¡Alex! —le reclamaba su padre.

—¡Voy! —guardándose rápido la propaganda.

«Mierda, los ha visto», pensaba Alex para sí.

—¿Quiénes eran esos? ¿los conoces de algo? —interrogándole en la misma puerta del comercio.

—No, no, papá —con voz entrecortada—. Ni siquiera sé quiénes son. Han debido chocarse conmigo por error.

El suspiro de desconfianza de su padre mientras le acechaba con ojos desafiantes hicieron de por sí una clarísima demostración de lo que podría llegar a pasar si lo que le decía su hijo fuese lo contrario.

A pesar que no se creía al cien por cien la respuesta de Alex debido a sus antecedentes, a este le salvaba el gentío de alrededor y la limitada vista de lince de su padre para no ver cómo se guardaba ese misterioso papel en su bolsillo.

—Lo último que me faltaba era verte con esa clase de gentuza. En la cárcel tendrían que estar todos —sin dejar de mirar a su hijo—. Anda, vamos.

Sin más que decir, aunque no fuese poco, todos entraban en la tienda no sin antes comprobar de primera mano que su hijo entraba el primero.

Alex podía darse por satisfecho con que su padre solo le dijese ese par de frases malsonantes y, poco a poco, entre souvenirs navideños y villancicos de toda la vida, se calmase el ambiente y pudiesen disfrutar de la tarde.

De hecho no hacían más que despedir y dar las gracias a la dependienta que despachaba con una gran sonrisa a todo aquel que había tenido el buen hacer de comprar en sus galerías, cuando, al dar la vuelta a la esquina, se encontraban con otro espectáculo que atrapaba más la atención del público infantil en la famosa exhibición de Cortylandia, que dejaba boquiabiertos a mayores y pequeños indistintamente de la edad.

Aitana, ensimismada, abría su boca sin darse cuenta mientras observaba la puesta en escena de todas esas divertidas figuras animadas que cobraban vida propia.

—¡Mira Alex!

Gritaba a su hermano de emoción al ver a un enorme Gulliver de dieciocho metros de altura destacando entre todo lo demás.

A Alex nunca se le olvidará la mirada de emoción de su hermana pequeña aquel día.

A la hora de llegar a casa, Aitana entraba en brazos de su padre dormida y su madre se dedicaba a hacer la cena mientras su padre acostaba a su hermana en su cama, esta vez sin ritual de costumbre.

Entre compras, novedades y un frío que calaba hasta los huesos, Pascual se metía directamente a la ducha y a Alex le parecía el momento perfecto para sacar del bolsillo de su vaquero ese intrigante papel que conservaba como el mayor de los secretos. Tan arrugado estaba con las prisas de guardarlo, que en un principio no pudo descifrarlo hasta que no consiguió estirar bien el papel y colocarlo sobre su escritorio.

Entonces Alex empezó a leer:

DISCOTEQUE “TRASH 69” PRESENTA  
AL GRUPO TRAVESTI “LOLOS Y LOLAS”  
En nuestra apoteósica fiesta de:  
FIN DE AÑO  
Con los mejores fuegos artificiales:  
“LOLOS Y LOLAS”, “CABARETERAS”,  
“NACHA MAMARRACHA” y “PLUMAS POP”.  
**ESTE MARTES 31 DE DICIEMBRE DE 1985**  
En un sólo Show a las 12 P.M.  
TE ESPERAMOS CON GRANDES SORPRESAS  
Esquina con calle Candela Zona de Discotecas

Con tan solo quince años y ya le habían invitado a su primera fiesta en una discoteca.

Alex encendió el flexo apoyado sobre su mesa y se sentó en una silla de plástico azul giratoria que se cobijaba justo debajo. Cualquiera que le hubiese visto, hubiese pensado que se trataba de un explorador experimentado intentando descifrar un valioso mapa de un tesoro pirata. Los nombres artísticos que aparecían entre comillas, los leía una y otra vez asombrado por la originalidad y la peculiaridad de los mismos. Jamás había ojeado nada igual ni se podía imaginar que realmente existiera.

Pero era real.

Aunque la cara de aquella singular mujer pareciese sacada de un circo, aunque los nombres de

esos artistas sonasen a chiste, aunque su rutina diaria se viese alterada por excéntricas circunstancias que no dejaban de perseguirle. No se trataba de un sueño.

Sin poder evitarlo y sin saber por qué, una sonrisita de alegría permanecía en su rostro mientras aún se empañaba de las letras de ese papel y de la escasa luz que lo iluminaba.

Alex estaba seguro que aunque para muchos la luz de ese flexo se les quedaba escasa, para él, ese tenue resplandor, había sido como encontrar una pequeña luz al final del túnel. No estaba solo y, por lo tanto, no era el único de este mundo que se sentía diferente.

Un vuelco al corazón le devolvía a su triste realidad, al darse cuenta que el agua de la ducha ya no corría por las cañerías y un golpe seco colocaba la alcachofa de la ducha en su sitio.

El tiempo para pensar dónde podía esconder la propaganda apremiaba y un manojo de nervios se apoderaba de él evitando que pensase rápido y con claridad. Tras doblarlo en seis partes, finalmente lo metía en una caja de metal con una propaganda de Cola Cao en su tapa y la imagen sonriente de una madre con una bandeja en lo alto dispuesta a servirles a sus hijos el mejor desayuno para los atletas. A su padre nunca le daría por rebuscar en una caja en desuso donde lo único que se guardaba dentro eran parches para pinchazos de bicicletas.

Y sin más se reunieron los tres para cenar.

Un anuncio en la televisión cuyo objetivo era el de promover las compras de juguetes para los reyes magos, hacía de intermediario entre Alex y sus padres.

—Mira, esa es la Nancy que quiere Aitana —aprovechando Alex la propaganda que anunciaban en ese momento para romper ese silencio que les acompañaba.

—Ah, claro —intercediendo ahora su madre—. Y la mochila de Nenuco y el Baby feber y la Chabel cenicienta... Si por ella fuese nos pedía la tienda al completo —provocando una sonrisa tierna en su hijo—. Menuda granuja está hecha.

—Bueno —animándose Pascual a hablar—. Siempre nos quedará el consuelo de que pueda jugar contigo Alex —mirándole mientras terminaba de masticar—. Al fin y al cabo a ti te encantan las cosas de chicas.

Alex, más que morder lo que en ese momento debería ser el filete que estaba intentando tragar, prefirió morderse la lengua para no contestar. La innecesaria contestación de su padre no venía al caso y se le hacía bola junto con la carne que se expandía por su boca. Un redoble de campanas al vuelo desde el familiar programa de Chicho Ibáñez en forma de “tacañonas”, les salvaba de una nueva pelea.

Pero más que hervirle la sangre, casi terminaba por darle la razón a su padre.

No había cosa que más le gustase en el mundo que las muñecas Nancy y, en concreto, una que descubrió con ocho años en una típica tarde de visita a la familia.

Para sus primas, esa muñeca de pelo rojizo, con un top de charol bajo un chaleco vaquero, una faldita de tul negro y unos legguins estampados en leopardo, no era más que un simple trasto cogiendo polvo en lo alto de la estantería. Para Alex, era un sueño imposible de alcanzar.

Si le hubiesen dado a escoger entre todos los regalos que quería para el día de su Primera

Comunión, sin duda esa Nancy estaría en su lista. Aunque por supuesto, un kit de construcción, un Scalextric y un par de súper héroes de Máster del Universo, fueron las cosas que más tuvo que destacar, aunque el He-Man musculoso y de melena rubia, le llamase más la atención por su aspecto físico que por sus cualidades de combate para vencer a sus enemigos.

Trinidad, mientras su hijo abría todos los regalos que cualquier niño desearía en su primera eucaristía, no encontraba el mismo brillo de ojos que cuando su mirada se dirigía a aquella dichosa estantería. Y es que ese destello era tan evidente, que hasta el más corto de entendederas la miraba de forma inquisitoria recriminando el detalle que a su hijo le nacía sin querer.

Era ahí, precisamente en esos momentos en los que Alex más la necesitaba y en los que debería ver a su hijo irradiando felicidad y no disimular hacerlo, cuando más se esmeraba en presumir de dotes artísticas y alardeaba de familia perfecta convenciéndose a sí misma de controlar la situación. Aunque la triste realidad fuese otra.

Desde que, irremediamente, los sentimientos de su hijo se la escapasen de las manos, no había noche en la que Trinidad no se acostase y le abordase una presión enorme en su pecho a causa de la profunda pena que le causaba la falta de valor consigo misma y de las fuerzas que nunca llegaba a encontrar.

«Cualquier madre en mi lugar lucharía contra viento y marea por proteger a su niño», se reprochaba una y otra vez para sí auto flagelando su propia alma.

Y es que a Trinidad la hubiese encantado que, en esos momentos en los que la desolación es tu única consejera, alguien la hubiese dado la razón entre todo el torbellino de sentimientos que la asolaban y no solo conformarse con el consuelo de escuchar los ronquidos despreocupados con el que compartía cama.

Por lo visto, Alex no era el único que se desvelaba.

Pero lo peor no era que le regalasen los juguetes implantados por según qué sexo o edad establecía la sociedad o en virtud de lo que tuvieran entre sus piernas al nacer, sino la frustración de su hijo al no sentirse, por más que se empeñasen en hacérselo ver, como lo que debería ser. Un niño libre de elegir lo que la naturaleza ya se había encargado de elegir por él.

Por supuesto, Trinidad pensaba que no había nada antinatural en la ilusión con la que se escribía una carta a los reyes magos o la de mirarse ante un espejo mientras un contoneo de caderas se salían hasta del marco. ¡Por Dios bendito si tan solo era un niño! Como si tenía la ilusión de recorrer el país en bicicleta mientras cantaba villancicos. Aunque mismamente, si la sabia naturaleza no había sido tan sabia como afirman y había cometido algún resbalón, había tenido que ser precisamente con él.

Alex, de todas formas, abría todos y cada uno de los regalos con la misma expresión con la que cualquier niño educado lo haría ante la atenta mirada de su exigente padre. Dando las gracias y pasando al siguiente.

Ya se encargaba su madre de regalarles una sonrisa hipócrita llena de dientes y almacenar correctamente todos los paquetes.

La ironía de todo el asunto era que, a pesar que los regalos fuesen para el uso y disfrute del

sexo masculino, era Aitana la que más disfrutaba y sacaba partido de todos y cada uno sin que nadie se atreviese a juzgarla por ello. ¡Era el mundo al revés! Trinidad cada vez se convencía más de que vivían en un mundo de locos.

Así que, puestos a estar chiflados y con un ojo siempre en la nuca por si Pascual se enteraba, nada como aprovechar la coyuntura de la carta de reyes de una niña pequeña para, porque no, traerle también algo de ilusión de la Navidad a su primogénito. Aunque fuese a través de las muñecas de su hermana y aunque él pensase que nadie le observaba.

Como de la misma manera pensaba que nadie sabía que, ya en cuarto de EGB, se enfundaba los vestidos y las faldas de su vecina de su misma edad cada vez que la ocasión la pintaban calva y se colaba en su casa para merendar y jugar con ella a ser modelo de pasarela o estilista internacional sintiéndose niña de vez en cuando y viviendo instantes de felicidad.

Se podía decir que el único entretenimiento «normal» que compartían, eran los momentos que se relajaban mientras veían Alicia en el país de las maravillas de forma incansable y la clasificaban como su película favorita.

Pero que viviesen puerta con puerta tenía sus ventajas a la par que inconvenientes y los cotilleos empezaban a hacerse notar en toda la comunidad.

—Mujer, son simples cotilleos —intentaba tranquilizarla la misma madre de la niña con la que compartía modelaje—. Además son cosas de críos.

—Ya, pero el despiste de mi hijo de salir de tu casa con los labios pintados ya dice mucho y tú sabes que la gente está a la que salta —negando con la cabeza resignada—. Sinceramente Maruja, no sé qué voy a hacer con él.

—¿Has pensado en llevarle a algún psicólogo? —recomendaba Maruja—. Lo mismo el chico está confundido y... con el padre que tiene... no se atreve a deciros nada.

—Mi marido es muy estricto, pero jamás haría nada para perjudicar a su hijo —ni siquiera ella sabía qué credibilidad debía darle a sus propias palabras.

—No te ofendas Trini, solo digo que los chavales a cierta edad se aturullan y nunca está de más que alguien con experiencia les ayude a encontrar su camino. Y, si en este caso circunstancias en casa, nadie sabe cómo hacerlo, pues para eso están los especialistas. ¿No crees?

Maruja, de una forma muy sutil, intentaba camuflar las palabras para no decirle abiertamente que su marido estaba demasiado chapado a la antigua, y que, ni aunque su hijo se tratase, iba a consentir jamás que la palabra homosexual estuviese entre el vocabulario de su familia.

—Piensa que el niño es aún un chiquillo de nueve años —seguía exponiendo Maruja—, y que más tarde o más temprano, tendréis que tomar cartas en el asunto —espabilando a Trinidad sobre el tema—. Y, con toda la confianza que nos procesamos, yo diría más bien temprano que tarde.

Esa vecina de toda la vida con la que más que reclamarse sal y leche cuando faltaban en la despensa y con la que intercambiaba platos de su propia cosecha dejando las puertas de sus casas abiertas de par en par en fiestas infantiles o en época de Navidad, ya llevaba tiempo viendo de lejos los gestos amanerados de Alex y los juegos que le proponía a la niña con la que compartía un cacho de chocolate con pan para merendar. Su hija Martina.

Aunque Trinidad no lo quisiera reconocer, gracias a la inocencia de esa pequeña y a la última charla que se dio con su madre, se detonó uno de esos protocolos de actuación al que la madre de Alex estaba intentando evitar. La visita al psicólogo.

¡Lo que le costó convencer a Pascual para que les acompañara! Hasta le tuvo que jurar y perjurar que nunca se lo contaría a nadie y que jamás volverían a sacar el tema. Entonces así y solo así, estaría dispuesto a ir con su mujer y con su hijo al «Loquero» con tal que le dejaran tranquilo.

Y en qué hora le convenció.

La especialista, con más títulos enmarcados que casi toda la pared que se encontraba a sus espaldas, solo fue capaz de decir tras lo que para ella había sido un examen exhaustivo de una hora a solas con él, que el niño era normal y que lo que tenía era mucha mamitis. Que seguramente su madre le había consentido demasiado y lo que tenía que hacer era pasar más tiempo con su padre.

—Usted debería pasar más tiempo con él —comentaba la psicóloga mirando de forma directa a Pascual—. Llevarlo a hacer deportes, a alguna exposición de coches o simplemente contarle esas cosas que solo los padres saben transmitir a sus hijos de hombre a hombre.

Nadie supo jamás qué pasó en esa hora interminable en la que esa mujer con el pelo rizado y negro prácticamente a lo afro y unas gafas cuyos cristales de culo de botella disimulaban sus grises ojeras, examinaba a ese niño cuya confusión sexual, en teoría, debería ser más obvia que la opinión de sus propios padres.

—Y, por cierto —apuntando la psicóloga como coletilla final antes de que toda la familia se fuera del gabinete—. Usted, Trinidad ¿verdad? —con una ironía desmesurada—, debería plantearse cortar el pelo a su hijo. Esa melenita que lleva, da mucho que pensar.

La mirada asesina que Pascual lanzaba a su mujer justo al pronunciar esas fatídicas palabras, carecía de explicación al darse por enterada que, lo que parecía a simple vista una inofensiva visita al psicólogo, terminaba siendo una vergüenza absoluta para ese guardia civil al que, tan solo la presencia de Dios, tendría el poder suficiente de quitarle la razón.

—Ahora vuelves a decirme que esa melena que lleva el niño no es ridícula —le recriminaba Pascual por lo bajini nada más salir—. Por mucho que te quieras escudar en que ni siquiera le llega a las orejas.

Parecía un desdichado presagio con un inevitable final.

Pero a pesar de intentar normalizar una situación a la que no se quería dar importancia pese a su obviedad, nadie la dijo a Maruja que una de las preguntas más incómodas que la habían hecho en su vida estaba por llegar.

—¡Mamá! —llamaba Martina a su madre mientras esta se alejaba hacia la puerta de su habitación tras arroparla con empeño y darla el beso de buenas noches.

—Dime cariño —respondía al apoyarse en el quicio.

—¿Alex es marica?

Un calor exagerado que incrementaba con cada segundo que pasaba y que iba recorriendo su cuerpo desde la punta de sus pies hasta sus mejillas a punto de hacer explotar los pómulos de su cara, la frenaban de repente. La pregunta de su hija la pillaba por sorpresa pero ella misma tenía que reconocer que demasiado estaba tardando Martina en formular esa duda cuando ya hacía tiempo que no empezaba a distinguir si su mejor compañero de juegos era amigo o más bien amiga.

«A ver Maruja como sales de esta». Hablando consigo misma llevando sus pasos de nuevo hasta la cama.

—Hija, ¿dónde has escuchado eso? —sentándose sobre un edredón rosa cuyos volantes de raso acariciaban el suelo por el peso de su cuerpo—. Esa palabra es muy fea.

—Mis compañeros de clase dicen que Alex lo es.

—¿Ah sí? —haciendo una ligera pausa—. Y, dime, ¿tú qué opinas?

—Que le hacen daño —mirando cabizbaja. Maruja no quería interrumpirla esperando con paciencia y permaneciendo a su lado hasta que su hija quisiera continuar—. Lo dicen para burlarse de él porque no juega al fútbol y se lleva mejor con las niñas. Pero él no hace daño a nadie mamá. No es capaz ni de matar una mosca.

—Cariño —cogiéndola de las manos—. A la gente les da miedo lo desconocido y por eso creen que Alex es peligroso. Esos niños usan esa palabra para hacerle daño porque lo ven más sensible o simplemente porque es una forma fácil de burlarse de él —su hija la escuchaba con atención—. Seguramente sus padres no les han explicado que eso es una palabra de mal gusto incluso una falta de educación.

—Y, dime, ¿qué puedo hacer yo?

—Seguir haciendo lo que te salga del corazón y quererle tal y como es. Esa es la mejor lección y el mejor ejemplo que puedes dar a la gente, aunque ahora eso te parezca una locura.

—Es que a veces me dan ganas de pegarles mamá.

—No hija —sin poder evitar echar una pequeña carcajada tras ese comentario—. ¿Sabes qué puedes hacer? Cuando algo no te gusta, cuenta hasta cinco y ante todo intenta mantener la calma.

—Claro, como si eso fuese tan fácil.

—Nadie dijo que fuese fácil. Pero cuando se trata de defender una idea, nada mejor que no entrar en discusiones y limitarse a decir lo que se piensa con serenidad y determinación. De otra forma estarás colocándote a la altura de esos niños y, por lo tanto, dándoles la razón.

—¿Y si les da por meterse conmigo?

—Pues les dices que no está bien hacer daño a la gente ni hacerles sentir mal. ¿Y sabes? Seguro que con tu actitud muchos niños que no lo sabían lo entenderán y lo mismo hasta dejan de utilizar esa palabra —Martina la miraba con una mezcla de admiración y agradecimiento asintiendo a lo que su madre decía—. Pero intenta no pegarles, por Dios —riéndose ahora las dos a la vez.

—¿Sabes por qué nuestra película favorita es Alicia en el país de las maravillas? —

preguntándole a su madre casi de forma retórica.

—Me encantará saberlo —abriendo mucho los ojos.

—Por que mezclan la fantasía con la realidad y las prisas de los adultos por llegar a todas partes menos a ellos mismos —dejando sin palabras a su madre—. Y porque dicen que llaman locos a las mejores personas. Y para mí Alex lo es. Así que si él está loco, yo también —reivindicando así su lado más maduro.

Lo que también pensaba Maruja cuando veía a Trinidad tan perdida, era que tanto para ella como para su marido el pararse a pensar el problema que se les venía encima, les quedaba grande y eso los paralizaba enormemente. Por supuesto sin contar con el fuerte temperamento y la mentalidad tan retrógrada de Pascual. Maruja pensaba que tampoco había que ser demasiado espabilado para ver algo tan cantoso, pero en realidad ella era la primera que les guardaba el secreto en silencio, aunque ellos no se lo pidiesen y la primera cómplice en visualizar la ambigua escena.

Cualquiera era la guapa que les contaba a los padres de Alex que su hijo bailaba y cantaba al son de las canciones de Mecano mientras experimentaban en su propia cara con sombras aquí y sombras allá como decía la canción e incluso montaban su propia coreografía cual bailarines de éxito.

A Maruja, pese que al principio le resultaba algo incómoda la actitud afeminada de ese niño ante lo que parecía solo divertirse las cosas de chicas, no la quedaba otra opción que dejarles hacer si eso suponía también la diversión de su propia hija. Pero, a su vez, mientras los observaba sigilosa por el rabillo del ojo, algo dentro de sí la convencía para no romper el silencio y aflojar la sin hueso sin tener necesidad.

«Hay que ver el arte que se gastan». Pensando risueña mientras los contemplaba.

Sería inhumano romper la magia que se desprendía en aquella habitación con olor a colonia Chispas y destellos de serpentina espolvoreada.

Como también sería de tener poco corazón si destruía ese brillo en la mirada y esa ilusión con la que Alex se colocaba el tutú irradiando verdadera felicidad. Maruja, a ese niño indefenso al que había visto crecer, jamás le desearía ningún mal como no lo desearía para su propia hija.

Y esa niña lo sabía. Parecía una postal la viva imagen de Martina con pelo rojo, pecas sobre las mejillas y piel rosada lanzando una mirada de agradecimiento a su madre cada vez que Alex salía por la puerta para atravesar por la suya no sin antes sacudirse la brillantina de la cabeza y adoptando una actitud lo más varonil que podía.

Aunque para apariencia varonil la que intentaba adoptar delante de todos los compañeros de clase que le increpaban constantemente y hasta perseguían por los pasillos con tal de incordiarle incluso en la misma taza del wáter.

Fue así cuando, en primero de Bachillerato, empezó con su calvario y no era raro ver a Alex cuando su vejiga se encontraba a punto de reventar, acelerando el paso considerablemente con un ojo delante y otro detrás y con el corazón a cien por hora siempre aprovechando la coyuntura de la amabilidad de la profesora de plástica que nunca le decía que no a una mano alzada y a unas

piernas inquietas por una aparición repentina de pis. Por supuesto siempre a mitad de clase con los pasillos vacíos y cuando, aparentemente, el resto de alumnos también permanecían sumidos en la materia.

Ese día, el que Alex vivió la peor experiencia de toda su etapa estudiantil, no contaba con que un grupo de niños ya le estaban esperando en los baños a los que él tenía por costumbre visitar, entre otras cosas, por estar más cerca de su clase.

Y ellos lo sabían.

En el eco del sonoro sonido de sus pasos retumbando por todo el lavabo ausente de gritos desenfadados y risas contagiosas como solía ser minutos después de la tan típica y deseada sirena que anunciaba el feliz recreo, Alex se dirigía hacia el primer baño que divisaba con la puerta abierta sin titubear.

Con una respiración aún agitada a pesar de no ver moros en la costa, se cerraba la puerta nada más verse dentro de lo que para él sería su refugio durante unos minutos, y aflojaba el muelle a la vez que su respiración también se moderaba. Estaba claro que, con los urinarios empotrados en la pared como en cualquier baño masculino, no le hubiese hecho falta esconderse como si de un ladrón se tratase, pero, por desgracia, la experiencia es un grado y no contaba con momentos muy agradables a la hora de hacer caso a las llamadas de atención de su vejiga.

Aunque para Alex, tener que mear de pie por una simple cuestión fisiológica, no le resultaba tan elemental si para ello tenía que soportar el abucheo y los comentarios sexistas de todo aquél que se pusiese a su lado. Ya fuese para orinar o para hacerse el gracioso bufándose de su miembro.

Tan sigilosos fueron los que aguardaban pacientes en la misma puerta que Alex abriría antes o después, que hasta el soniquete de la cremallera de su pantalón al subir resultaba de lo más escandalosa.

De nada le había servido el esfuerzo que había tenido que hacer segundos antes de intentar controlar su respiración cuando, al abrir la única barrera que le separaba de aquellos compañeros con ganas de molestar, comenzaba de nuevo a hiperventilar al verles a todos formando un corrillo alrededor suyo e imaginar lo peor por sus sonrientes semblantes.

Por más que Alex se decía a sí mismo que eso solo era un sueño del que tenía que despertar, nunca llegó ese momento.

—¿Ya has hecho pipí sentadito preciosa? —se burlaba uno de los niños que quedaban frente a él.

—Mírala, yo creo que está triste porque no ha encontrado papel para limpiarse la gotilla —se pitorreaba otro haciendo el amago de acariciarle el pelo—. Toma princesa —cogiendo un papel sucio del suelo y ofreciéndoselo como si le hiciese un favor.

—No lo necesito. Gracias —respondiendo Alex de forma brusca.

—Uy yuyui, ¿la nena se cabrea? —volviendo a las andadas el primero que había roto el silencio—. Te hemos dicho que lo cojas —ahora con tono de autoridad.

—Yo no necesito limpiarme —se defendía Alex harto por los continuos abusos—. Yo me la

sacudo cuando acabo. Igual que hacéis vosotros.

—Vaya, vaya, la princesita se nos revela —interrumpiendo ahora el que quedaba a su derecha—. Pues ten cuidado porque aquí no hay ningún príncipe que venga a rescatarte. Aunque bueno, que más quisieras tú —sonriendo de forma malévola.

—No, desde luego, vosotros más que príncipes sois ranas a medio hacer.

Alex ni siquiera sabía de dónde conseguía sacar esas palabras y esas ganas de enfrentarse a esos abusones que, tal y como le diría su padre si se enteraba, no tenían ni media hostia. Pero a lo que no estaba dispuesto era a seguir con el pitorreo que se traían con él y sobre todo con su integridad física. Por mucho que sintiese, literalmente, que se atragantaba con su corazón continuamente.

—Pues enséñales a estas ranitas tus braguitas de niña buena —acariciándole de nuevo el mismo que lo había intentado antes.

—Eso, estoy deseando verlas —animaba el de al lado.

—¡Estate quieto! —se defendía Alex dando un manotazo a quien continuamente le intentaba acariciar.

—Qué pasa, ¿es que no quieres que veamos tus lacitos? O acaso llevas las de encaje de tu madre.

—Por favor, dejar que me marche —suplicaba Alex que le empezaba a rebasar la situación. Algo le decía que no iba a salir bien parado.

—¿Tienes miedo de que nos riamos de tus braguitas? —carcajadas sonaban al unísono.

—Que no llevo bragas.

—¿Ah no? Pues eso lo comprobaremos ahora mismo.

Y con un brutal tirón al contar hasta tres, los cuatro compañeros de colegio le bajaban de golpe los pantalones hasta dejárselos hasta la altura de los tobillos dejando al descubierto unos calzoncillos blancos de algodón tipo slip de la marca Abanderado.

El forcejeo para poder dejar a Alex con los calzoncillos al descubierto fue tal, que el botón metálico de la cinturilla salía disparado y una herida a la altura del pubis coloreaba de rojo cada vez más la piel arañada por la misma. La cremallera, evidentemente forzada, ya se había encargado de terminar el trabajo que habían empezado los demás llevándose la poca dignidad que le quedaba y la piel más superficial por delante.

Las estruendosas carcajadas de los gamberros que habían disfrutado de lo lindo solamente por el hecho de verle sufrir, no solo retumbaban entre los azulejos de la pared y las cañerías obstruidas por el papel de manos como si nunca se hubieran marchado, también resonaban como un disco sin fin en la cabeza de Alex.

Un escozor cada vez más latente se hacía notar un palmo por debajo del ombligo y una especie de mancha rosada empezaba a colorear su ropa interior. Alex, más que por desgarrar de un objeto metálico, sentía que su herida le sangraba fruto de la pesadumbre que emanaba de su propio

corazón.

Con lágrimas en los ojos y unos dedos aún rojos y doloridos, se subía el vaquero todo lo rápido que sus empañados ojos se lo permitían y se abrochaba la cremallera dejando el hueco del botón sin abrochar.

«Lástima de no llevar un cinturón». Pensando en voz alta. «Se hubiesen llevado un buen par de latigazos esos cabrones. Bueno, y también me vendría bien para poder abrocharme». Pensaba para sí.

Acercándose hasta el lavabo con cuidado de que el pantalón no le rozase demasiado la herida, se mojaba las manos y con las mismas se refrescaba la zona inflamada buscando algo de alivio para su piel.

—¡Ay! —se quejaba al tocarse cogiendo aire antes de cada lavado.

Ni por asomo se planteaba la posibilidad de acercarse a la enfermería por mucho que ese raspón no pintase bien y necesitase de las manos expertas de una especialista. Bastante le habían ridiculizado ya, y llamar más la atención no entraba dentro de sus planes precisamente. Pero ojalá todo se curase como esa herida. Con un poco de agua y jabón, un chorro de mercromina y, porque no, un sana sanita de mamá.

Hasta para sanar las heridas del corazón.

Y eso es lo que Alex verdaderamente echaba de menos. El apoyo de su madre cuando las cosas se ponían feas y, últimamente, parecía que era más a menudo que lo que a él le gustaría.

Sobrepasado por la desagradable y bochornosa situación a la que cuerpo y mente se habían sometido segundos atrás, sus músculos ahora se relajaban y las fuerzas de Alex mermaban impidiéndole siquiera andar. Sus débiles piernas como nunca antes las había notado fruto de toda la tensión recibida, llevaban a un Alex débil hasta sentarse de nuevo en el retrete. Fue entonces cuando su organismo reventaba dejando de sentir dolor en el abdomen y comenzando a sentirlo en su alma. El llanto desconsolado que salía desde lo más profundo de su pecho, rasgaba hasta las lágrimas incesantes que no dejaban de brotar en unos ojos cansados que lo único que querían era observar de nuevo por si la amenaza se volvía a presentar.

Martina, extrañada por la tardanza de su compañero de pupitre, comenzaba a sospechar que algo no iba bien cuando la hora del recreo se acercaba y aún no había noticias de Alex.

Lo peor de todo fue que sus sospechas se confirmaron cuando, a través de la puerta entre abierta de clase, divisaba a un grupo de niños fuera del horario escolar riéndose y bufándose orgullosos de lo que fuese que acabasen de hacer.

A Martina entonces no le cabía la menor duda. Se trataba de él.

Ni corta ni perezosa sin esperar los pocos minutos que la separaban del final de la clase, dejaba su bloc de dibujo y su lápiz black de punta blanda para salir escopetada sin mirar atrás ante la mirada de asombro de su profesora.

Sin saber cómo ni porqué y nada más visualizar el baño donde estaría Alex, unos pasos acelerados la dirigieron hasta allí. Tan solo consiguió bajar el ritmo de su andadura cuando

descubrió las hipadas que escuchaba procedentes de alguien llorando dentro de uno de los baños.

La diferencia era que la voz de ese alguien, para Martina era un mundo.

—Alex —llamándole con pena tras abrir la puerta y verle tan desolado—. Tranquilo. Ya estoy aquí.

Las rodillas de esa niña cuyo principal objetivo era consolarle, se hincaban en el suelo para colocarse a la altura de su amigo y abrazarlo fuerte, muy fuerte. Todo lo fuerte que se podía.

Millones de lágrimas fueron a parar a la sudadera de Martina y Alex pensó que en ese momento no tendría hombro mejor para llorar que el de su buena amiga.

—Gracias. Gracias por estar aquí —agradecía Alex mirándola a los ojos.

Martina no hacía más que sonreír a esas sinceras palabras cuando, para sorpresa de los dos, la profesora de dibujo se colocaba detrás de ellos con cara de preocupación y, seguidamente, un montón de curiosos más se agolpaban a sus espaldas para descubrir el motivo por el cual la profesora también había salido disparada al ver a su alumna irse de aquella manera y sin dar ninguna explicación.

Estaba claro que, viese quien la viese, aquella escena no tenía ningún desperdicio.

Así que, como era de esperar, aquel dramático escenario fue la comidilla de todo el colegio y, por lo tanto, la peor noticia que podían darle a Trini.

Una vez en casa, ya transcurridos el día y la noche y dando paso a un ratito de tranquilidad que les brindaba la sobremesa, Trinidad no quiso sacar el tema de conversación hasta que los ánimos de su hijo no se tranquilizaran y encontrara un momento propicio en el que ni Aitana ni, por supuesto Pascual, rondasen por allí.

Era obvio que, después del memorable acontecimiento de la mañana anterior, Alex no iba a querer ir a clase ni a tiros y, por ende, Trinidad tampoco le iba a obligar.

El tic tac del reloj de pared de la cocina, era todo el ruido que se escuchaba de fondo a pesar que Alex y su madre se habían quedado algo más regazados comiendo y compartían mesa.

Para Alex, esa sensación de frío que le inundaba no se debía solo al ambiente gélido y a las bajas temperaturas que les llegaban desde fuera a pesar de tener todavía la bata puesta, sino al sentimiento que le asolaba sentirse tan lejos de su madre a pesar de tenerla tan cerca.

—¿Qué le vas a decir a papá? —consiguiendo Alex romper el hielo.

—Le diré que has estado con gripe. No te preocupes.

—No me refiero a eso.

—Si lo que te preocupa es que le cuente lo que pasó ayer en el colegio puedes estar tranquilo, lo último que nos faltaba es que tu padre se entere de lo que te ha pasado. Para él sería...

—Una deshonra —terminando su hijo la frase por ella.

—No quería decir eso —se intentaba disculpar su madre.

—No hace falta que lo niegues mamá. Lo es y los dos lo sabemos.

Trinidad veía cómo su hijo se iba desinflando más a medida que terminaba su frase y pronunciaba esas últimas palabras.

Pero por más que intentara ocultarlo era verdad, para su padre habría sido una terrible vergüenza saber que, a través de su primogénito, su nombre se mancillase de esa manera. Y, por lo tanto, Trinidad era algo que no podía consentir. Por mucho que su ética como buena esposa la persiguiera.

—Esto nunca saldrá de aquí —concluyendo así lo que parecía iba a ser una larga conversación.

Alex, tras escuchar esas frías palabras y rindiéndose a lo que él esperaba fuese una conversación entre madre e hijo de corazón a corazón, se preguntaba si tanto la costaba a su madre demostrarle un poquito de cariño, pues Trinidad no se daba cuenta que el verdadero castigo para el que había llevado nueve meses en sus entrañas, no era lo que pensase su padre, sino el muro que ella misma interponía entre ambos.

Y de ahí sus desvelos nocturnos. Porque por más que ella se preguntara cómo, ese muro no se derribaba.

Maruja, esa misma tarde, también terminó confesándole a Trini todo lo que le había ocurrido a su propio hijo pero, esta vez, de boca de Martina.

—Espero que tanto su herida como él se encuentren mejor —deseaba Maruja a Trini.

—¿Herida? Nadie me dijo nada de una herida.

Trinidad abatida por darse cuenta que no sabía nada de lo que le pasaba a su hijo y si se enteraba era por terceros, tomaba las riendas del asunto ya no como una mujer que no se atrevía a contradecir a su marido, sino con el valor con el que solo una madre es capaz de luchar. Y es que, si Alex no había sido capaz de contarle que tenía la piel dolorida, no sabía qué otras cosas le podían doler o la podría ocultar a estas alturas de la película.

—Tenías razón, Maruja —retomando la conversación con su vecina tras tardar unos segundos en volver en sí—. Tengo que buscar ayuda —y con las mismas cerraba la puerta casi en las narices de Maruja, para dirigirse al sofá de su casa a pensar.

Parecía que había llegado el momento.

—¡Eso es! —gritando en voz alta—. Creo que conozco la persona adecuada. ¡Pero cómo no se me ha ocurrido antes!

Era inconcebible que Trinidad jamás hubiese caído en la cuenta que la mejor persona que la podía ayudar o, por lo menos intentarlo, era aquella a la que su propio hijo ya intentó convencer para llevar un faldón al estilo monaguillo en vez de un traje de marinero días antes de hacer su primera comunión.

Su párroco de toda la vida.

—Por suerte, Don Antonio supo cómo quitarle aquélla idea de la cabeza a mi hijo —se relataba cogiendo su bolso para posteriormente salir por su puerta—. Todo con tal de vestirse con lo más

parecido a lo que fuese un vestido. Ay, Dios.

Sabía que ese buen hombre en lo que, a entidades de sexo se refería, no es que fuese el más experto, pero estaba convencida que, entre ella y él, moverían hilos por lo menos para intentar dar con las personas indicadas.

Además, poco habría que explicarle por no decir prácticamente nada cuando él mismo había lidiado con cada problema que Trinidad le manifestaba en confesión. Claro estaba que ni quería saber lo que su propio hijo también le había confesado.

Una brisa fresca casi otoñal, arremolinaba la morena y larga melena de Trinidad que esta vez llevaba suelta. Con la repentina salida de casa fruto de encontrar cuanto antes una solución, recogerse el pelo en ese momento no era una de sus prioridades, pero si lo eran sus inseparables gafas de sol que sacaba de su bolso y se iba colocando al ritmo de su caminar.

Ya que su casa se encontraba en el centro de la ciudad, Trinidad siempre pensaba que lo mejor de ir a ver a su Virgen del Socorro era el paseillo que tenía que hacer junto al paseo marítimo de la playa del Postiguet hasta llegar hasta allí. La humedad procedente del mar y unas chispillas de agua de sal que salpicaban su pelo ahora más encrespado todavía, eran bienvenidas al refrescar no solo su cara, sino también sus pensamientos.

Sus dos manos que aferraban su chaquetilla blanca de perlé para que no se le abriese con la corriente, solo se soltaban en el momento de abrir el portón de madera de la ermita a la que antiguamente decían había sido casa de los Caballeros Templarios.

Al no ser hora punta de misa, Don Antonio no podía encontrarse en otro lugar que no fuese su despacho parroquial. Y ahí era donde Trinidad se dirigiría.

—¡Don Antonio! —expresaba con fuerza Trinidad abriendo la puerta del despacho sin llamar.

Una pareja de chicos jóvenes que a simple vista no superaban la treintena de edad, se giraban desde sus sillas asustados por la enérgica entrada de esa mujer. Don Antonio se encontraba al otro lado de la mesa desde donde los aconsejaba para que tuviesen un matrimonio bien avenido hasta la repentina y sobresaltada interrupción.

—Pero Trinidad, mujer. ¿Cómo se la ocurre entrar así? —con un tono serio pero tranquilo.

—Perdone, Don Antonio, pero necesito urgentemente hablar con usted.

—Nosotros ya nos íbamos —irrumpiendo la joven que se levantaba de la silla y animaba a su futuro marido a que también se levantara para dejar paso a una mujer de apariencia desesperada —, no se preocupe Don Antonio, volveremos mañana.

Trinidad miraba con pena a la pareja y se lo agradecía con una pequeña y vergonzosa sonrisa mientras les dejaba sitio en la puerta para que salieran y cederla el paso a ella.

Ahora, avergonzada y consciente por la impresentable presentación, Trinidad miraba desde la puerta sin saber si hacía bien en acercarse al párroco que la esperaba con el ceño fruncido desde su sillón de madera y de piel marrón. Los nervios de Don Antonio se disparaban y su paciencia se agotaba.

—¡Pero entre de una vez hija! —le ordenaba ahora sí con tono de enfado levantándose al

unísono de su butaca.

Dicho y hecho. El tono autoritario de ese hombre con sotana la hacía reaccionar al instante cerrando la puerta tras de sí y dirigiéndose hasta la silla.

—Pero bueno, ¿se trata de una broma? —regañaba Don Antonio—. O me va a decir que esos jóvenes se han ido de mi despacho para nada —continuando de pie con los brazos estirados, semicurvado y las manos apoyadas sobre su mesa maciza de color caoba.

—Lo siento de veras padre. Venía con tantas ganas de hablar con usted que no he sabido controlar mis impulsos.

—Ni las formas —para rematar la frase.

—Eso por descontado —se desacreditaba ella misma.

Las últimas palabras de una mujer realmente arrepentida, ablandaban el mal humor del párroco y conseguían que ese hombre volviera a respirar y a tomar asiento.

—Algo la tiene que estar rondando por esa cabecita para que actúe así —hablando de nuevo Don Antonio—. Está claro que esto no es normal en usted —haciendo una ligera pausa—. ¿Y bien?

—Padre, necesito su ayuda. Creo que en estos momentos de mi vida la única persona a la que puedo acudir es a usted y en la que realmente puedo confiar —decía de carrerilla—. Se trata de mi hijo.

—¿Alex?

—Creo que sobran las palabras si le digo que ha tenido un desagradable encontronazo con algunos de sus compañeros de colegio llegando al punto de humillarle —conseguía terminar la frase no sin que antes sus ojos se encharcaran—. Usted conoce cómo es mi hijo más que de sobra.

—Sí, lo conozco, como también conozco hasta qué punto puede llegar la crueldad de algunas personas —suspirando con resignación—. ¿Su integridad física se ha visto en peligro?

—No hasta donde yo sé. Pero que cualquier persona te fuerce para desnudarte solo por el hecho de sentirse superior...—Trinidad tenía que reprimir su rabia contenida—. No significa que no le hayan hecho sufrir de lo lindo por mucho que su piel estuviese intacta. Esa panda de...

—No se deje llevar por la ira Trinidad —continuaba Don Antonio antes de que su feligresa terminase difamando—. Esos chicos pagarán por sus pecados pero no seremos nosotros los que decidamos cómo ni cuándo. Será el Señor el que impondrá sus condenas. No le quepa la menor duda. El prudente ve el peligro y lo evita, el inexperto sigue adelante y sufre las consecuencias.

—Lo sé, pero también hay otro versículo de la biblia que dice; Ama al prójimo como a ti mismo.

—Y que creer es la garantía de lo que se espera y la certeza de lo que no se ve —colocando un broche final a ese intercambio de pasajes bíblicos—. Aunque me consta que no es fácil, no tiene que perder la fe.

Misteriosamente y sin saber por qué, las acertadas palabras de ese hombre con voz profunda y

sosegada siempre conseguían apaciguar el alma atormentada de Trinidad.

—Pero dígame —preguntaba el párroco por la confianza que les atesoraba—. ¿Todo esto que me está contando no tendría que haberlo hecho en confesión? —verdaderamente extrañado—. Me va a disculpar, pero todavía no me cabe en la cabeza que haya llegado de la forma que lo ha hecho hasta aquí solo por, y no me mal interprete, confesarme lo que le ha pasado a su hijo. Realmente no sé a dónde quiere ir a parar.

—Usted conoce a mucha gente padre, y yo necesito a alguien que me dé a conocer. A mí y a mi problema.

—Trinidad...

—Y ya sé que se debe a su voto de confesión. Pero no le estoy pidiendo que se salte las normas, ¡Dios me libre! Solo le pido, o más bien le suplico, que si usted sabe de alguien que me pueda echar una mano, le rezo la señal de la santa cruz, veinte Aves Marías, cincuenta Padres nuestros y hasta el Ángel de la guarda las veces que haga falta.

—Se deja el Credo —con una sonrisa inevitable y un poco de guasa.

—Precisamente ese le estaba dejando para el final —contagiada por el buen humor de Don Antonio y riéndose ahora con él.

—Ay, Trinidad. ¡¿Qué voy a hacer con usted...?!

Para Don Antonio, conocer la vida de todo el mundo que le confesaba sus problemas como si de personas anónimas se tratase, no dejaba de tener su lado malo al igual que su lado bueno y de eso era de lo que la angustia de esa mujer se iba a beneficiar.

Ahora, era el propio cura el que tenía que confesar que él también llevaba tiempo barruntándole por la cabeza hablar con Trinidad por un tema que había descubierto hace tiempo gracias a las personas que se le encomendaban y que, casi con toda certeza, sería de su interés. Y mira por dónde, ese encontronazo acababa de llegar directamente hasta su humilde casa y cuando menos se lo esperaba.

—Lo cierto es que sé, desde hace muy poco tiempo, que existe una asociación que, aparte de participar en el ámbito escolar, ha ayudado a familias desestructuradas o con algún problema más específico.

—¿Y han tenido algún caso como el mío? —algo incrédula de que una simple asociación se ocupase de algo así.

—Eso habrá que preguntarlo Trinidad. Y de eso solo se puede encargar usted.

—Si de verdad existe algo así no quiero ni pensar en lo que pensaría Pascual si se enterara.

—Pues Pascual debería saber que en el siglo XVII podías cambiarte de género simplemente disimulando y que muchos hombres lo hacían —se le notaba indignado—. Pero bueno, se sorprendería de lo que se cuece en este mundo.

—Ay, Don Antonio. ¡Si es que a veces es mejor vivir en la ignorancia! Sobre todo para mi marido —entristeciendo su tono de voz.

—Yo solo le cuento esto para que vea que puede haber salida Trinidad. Y que, si no la hay, que sepa que no tienen por qué pasar por esto solos. Ni usted ni su hijo.

—¿Y usted sabe dónde está ese sitio?

—Actualmente esa asociación se encuentra en Madrid, pero tengo entendido que ayudan a gente de toda España. Tenga, aquí tiene su número de teléfono. Espero que la sirva de ayuda. Yo más no puedo hacer.

Ni que decir tenía que la información le llegaba al cura directamente de la propia confesión de una prostituta que no había llevado un camino de rosas y a la que habían discriminado mucho más por considerarse ella misma como una transexual.

Era eso precisamente, junto con el rechazo de su propia familia, lo que la había obligado a ganarse la vida ya con dieciocho años como meretriz a falta de que alguien le diese una oportunidad laboral por vestir como una mujer, pero parecer a simple vista un hombre disfrazado. Por supuesto, sumado a la fácil manipulación de los travestis o, como se les solía nombrar: los maricones del momento tanto en la prensa gráfica como escrita.

Precisamente para no decir nada bueno sobre ellos.

Trinidad cogía dubitativa ese cacho roto de papel en el que solo figuraba el número de teléfono que don Antonio le entregaba y unas siglas escritas sobre este. «A.T»

La luz de su mirada denotaba esperanza a la vez que incertidumbre y miedo no solo por lo que podía encontrarse detrás, sino por lo que podía depararla en casa si su marido se enteraba.

—No debería decirle esto pero, en vistas de la situación, su marido no tiene por qué saberlo — recomendaba el párroco. No había que ser demasiado listo para adivinar lo que a Trinidad se le pasaba por la cabeza.

—Gracias por todo.

Cuando quiso abandonar la iglesia, el aspecto del cielo había cambiado de color y un tono rojizo anaranjado lo invadía por completo. Trinidad, que volvía a sujetarse la chaquetilla alrededor del cuerpo, se apoyaba de pie en uno de los bancos que cada tarde despedían al sol y lo acompañaban con paciencia al igual que las gaviotas que revoloteaban sobre su cabeza. Necesitaba reflexionar un rato a solas y poner en orden todo el caos que se arremolinaba en su cabeza y en su dividido corazón.

Aún sostenía en su mano derecha el papel blanco con el número de teléfono en su interior ahora algo más apurruñado. Sabía que ese contacto que sentía su piel con el papel apretujado dentro de su palma, le daba la posibilidad de ayudar a su hijo fuera de los límites a los que ella no llegaba y a los que sabía que su marido no estaría dispuesto a tolerar.

Pero precisamente ahora no podía flaquear.

«Por lo menos tengo que intentarlo», se decía.

Ese sentimiento no decaería con el ocaso que observaba y que desaparecía paulatinamente frente a ella, sino que se reafirmaba con cada latido que bombeaba en su interior con la esperanza de abrirse camino al igual que ese sol que ahora se escondía y que, horas más tarde, amanecería

poderoso tras las montañas sin que nadie lo pudiera evitar.

—Mañana llamaré sin falta —reafirmando su sólida decisión.

En cuestión de unas horas, el mismo sol que emigraba la tarde anterior, les daba los buenos días afianzando el alegre ánimo con el que Trinidad se había despertado.

Las cosas transcurrían con normalidad y todo fluía al unísono de esa sensación de optimismo que irradiaba la que, más por devoción que obligación, dedicaba la mayor parte de su tiempo al cuidado de su familia.

Aunque para Alex, más que tres días parecía hubiesen pasado dos semanas sin salir de su casa, no había tardado mucho tiempo en reponerse de la amarga situación que sufrió en su colegio y, para su sorpresa, habían expulsado lo que quedaba de curso a los que, precisamente, más temía encontrarse.

Su madre le explicaría que, en sus incipientes reuniones de padres de alumnos a las que acudía religiosamente, junto a la resolución del colegio con respecto al respeto de los alumnos, se había sacado a la palestra una sentencia en firme.

Era sorprendente la tranquilidad que se respiraba tanto dentro de casa como fuera y hasta la conducta de su madre para con su hijo pareciese sacada de telenovela.

—Dónde está mi madre y qué has hecho con ella... —le preguntaba Alex con tono divertido.

—¡Muak! —Un beso en la frente era siempre la respuesta a esa pregunta.

Fueron unos meses en los que Alex hubiese dado cualquier cosa por mantener esa armonía familiar pero bien es sabido, como había escuchado a su padre decir cientos de veces, que lo bueno dura poco y que lo importante es saber disfrutarlo.

A poco les supo a todos cuando, nada más finalizar el periodo escolar, Pascual recién daba la noticia a toda la familia de trasladarse a Madrid por fuerzas mayores. O eso les haría entender él.

—¿Trasladarnos? —Trinidad no daba crédito a las recientes palabras que acababan de salir de boca de su marido—. ¿Y esa repentina decisión?

—Me ascienden Trini. A sargento primero.

—¿Y no pueden ascenderte aquí? No creas que no me alegro, es solo que no entiendo qué tiene que ver tu ascenso con abandonar nuestra casa.

—Ha quedado una vacante en Madrid debido a una jubilación de un compañero —Pascual intentaba disimular su pretexto todo lo que podía con semblante serio y sin salirse del tiesto—. Evidentemente también me suben el sueldo. Puede ser una buena oportunidad para todos.

—¿Para todos? —seguía escamada Trinidad—. ¿Qué pasará con el colegio de los niños? ¿Con nuestra familia y amigos? Con nuestro hogar. —Más que enojada hablaba desde la pena que sentía al pensarlo.

—Trini —le decía su marido llenándose de toda la paciencia que era capaz de sacar—. Entiendo que ahora todo se te haga un mundo, pero encontraremos un buen colegio para los niños y nuestra casa será más grande y estará en una buena zona. Estoy convencido de que te va a encantar.

Pascual ni se atrevía a mencionar a una indeseable familia que para nada les apoyaban o a los pocos o ningún amigo que les quedaban.

Como tampoco se le ocurría mencionar que la voz cantante para que desaparecieran de Altea y el que había movido hilos a través de contactos de confianza era su mismo padre y, mucho menos, que él mismo era también uno de los más interesados en buscar otro camino lejos de allí. Cuanto más lejano mejor.

Trinidad, por más que intentaba entender los motivos de Pascual y por más vueltas que le daba al tema, no encontraba ni un solo motivo que realmente le convenciese para comenzar a meter en sus maletas todos sus recuerdos al igual que sus objetos personales.

—Está bien —accedía por fin Trinidad ante toda su familia mientras sus ojos se clavaban única y exclusivamente en esos dos niños que la miraban desconcertados —empezaré a organizarlo todo.

Una fuerza que, sin saber por qué, se la iba de las manos y que sentía se la escapaba de su propia voluntad, concedía a su marido su petición de comenzar una nueva vida en otra tierra arrastrando con ellos a Aitana y a Alex sin que ellos pudiesen opinar.

La intuición de que la condición de su hijo les desbordaba y que esa situación tenía algo que ver con todo esto, era lo que reprimía su opinión para no echar más leña a la hoguera e impedía encontrar unas palabras de aliento, prefiriendo más bien callar lo que su corazón gritaba.

El único acto sincero, procedía de dos niños que se despedían al ritmo de la recién estrenada canción: A quién le importa de Alaska y Dinarama y de un pacto de lealtad verdadera mientras, con saliva de por medio, apretujaban sus manos derechas jurando así ser amigos para siempre.

—Llévate esto —decía Martina entregando unas alas de mariposa en tonos violetas con un arnés para colgárselas en la espalda—. Te las regalo.

—Sabes que son mis preferidas, pero jamás me quedarán como te quedan a ti —agradecía Alex—. Por no mencionar que a mi padre le daría un jamacuco si me ve con esto puesto.

—Jajaja —desatando una explosiva risa en su amiga—. No te las pongas. Las dejas en la habitación de Aitana. Así no levantarás sospechas y siempre podrás acordarte de mí cuando las veas.

—No pienso olvidarme de ti. Aunque gracias —a la vez que cogía esas alas para llevárselas—. Serán parte de la decoración de nuestra habitación en El Conservatorio. Que no se te olvide...

—Que a ti tampoco se te olvide que tienes mi teléfono.

—Y tú el mío.

Cerrando así esa despedida con un fuerte abrazo entre ambos.

Del mismo modo que mil novecientos ochenta y seis era el año que se despedía y que entraba rodeado de fuegos artificiales y de renovadas esperanzas para Alex y para toda su familia.

Tanto el calendario escolar como el primer día de cole para Aitana, se estrenaban un miércoles 8 de enero. El estreno en su nuevo colegio lo hacía entre sollozos y aspavientos de enfado al darse

cuenta que, por más que suplicaba quedarse en casa, no iban a servir de nada sus esfuerzos por convencer a sus padres de lo contrario.

Trinidad sabía más que de sobra que ese comportamiento de su hija no era más que fruto del miedo a lo desconocido. Ojalá la hubiese podido decir que, a nadie más que a ella, le dolía el tener que verlos así y que el canguelo que asolaba a su hija no era más que una insignificante parte comparado con el temor que sentía una madre ante lo que nadie la había preparado.

Pero el que realmente la preocupaba era Alex.

La llamada de teléfono a la asociación había visto sus frutos pero no sabía cómo se iba a desenvolver todo a partir de ahora.

Estaba claro que, por suerte para Alex, cambiar de instituto era como una nueva oportunidad para empezar desde cero y poder así aprender y evitar los errores del pasado. Nadie que apareciese nuevo en su vida sabría por todo lo que ha pasado ni tenía porque enterarse de ello.

Los nervios de Alex empezaban a dar sus primeros síntomas la tarde antes de su inaplazable y gran día, cuando su padre veía cómo su hijo, completamente despistado, colocaba en la nevera unos calcetines limpios y doblados que recién le entregaba su madre para que los guardase en su armario.

Una sonrisa de medio lado y un codazo por parte de Pascual a su mujer que en ese momento no solo se encontraba repartiendo las prendas que correspondían a cada uno sino también con medio cuerpo fuera de la ventana inmersa en recoger la ropa, la advertía de lo que su hijo estaba a punto de hacer antes de que Alex cerrase la puerta tras colocar sus calcetines en el cajón de la verdura y se fuese tan tranquilo.

—¡Alex! —gritaba su madre haciendo regresar de nuevo a su hijo.

—Qué —contestaba este completamente embobado.

—¿Qué has hecho con los calcetines?

—Mmmm —tenía que pararse a pensar unos segundos antes de contestar—. ¿No me los he llevado a mi habitación? —preguntaba dubitativo.

—¡Hijo por Dios! ¡Espabila! Los acabas de meter en la nevera.

—Toma anda —mientras los terminaba cogiendo su padre para dárselos sin parar de sonreír de forma maliciosa—. Hijo, sabía que estabas en la inopia pero no tanto. No sé qué va a ser de ti cuando vayas a la mili...

Alex tampoco quería ni pensarlo.

—Bueno, empecemos por que termine sus estudios —defendía su madre.

«Y por que todo vaya como es debido». Pensando Trinidad para sus adentros.

Segundo de Bachillerato era un nuevo reto más para Alex y, por lo tanto, también para su madre que rezaba todas las noches para que Dios le ayudase a tener una buena acogida y no sentirse rechazado a pesar de las evidentes preferencias de su hijo.

Aunque lo que su Dios también sabía, era que Trinidad igualmente le rezaba por que se echase novia de una vez y que así se le quitase la tontería.

Instituto de Educación Secundaria Pérez Galdós. Leía Alex a las ocho y media en punto en un letreo grande que colgaba de la misma puerta antes de decidirse a entrar. Uff. Un profundo suspiro de nervios le recordaba, a la contraria, que lo que mejor podía hacer era relajarse.

El bullicio del edificio, los chavales entrando y saliendo de secretaría buscando sus aulas, risotadas a lo grande de los que disfrutaban de las novatadas de los principiantes que a Alex le ponían los pelos de punta y una soledad intrínseca a pesar de encontrarse con tanta gente y a la vez tan acompañado, fueron las primeras sensaciones de lo que sería su rutina de costumbre.

Pero, de repente, al pararse frente a las listas del tablón de la entrada entre empujones en busca de su nombre y de la clase que le había sido asignada, alguien completamente desconocido se colocaba justo a su lado. Era tan corta la distancia a la que se encontraban uno del otro, que sus antebrazos no podían dejar de rozarse.

El fresco perfume que desprendía esa persona anónima y que su fino olfato rastreaba con un toque lo que a Alex le parecía de origen floral, se agradecía entre tanta feromona.

—¿Don algodón? —mencionaba Alex de repente a la otra persona casi sin poderlo evitar.

—Sí —le respondía ella con ojos saltones completamente asombrada—. ¿Cómo lo has sabido? —hablando aún sorprendida—. ¿Eres adivino o algo así?

—Más bien espía. Trabajo para la CIA —guiñándola un ojo y consiguiendo sacar una gran sonrisa y robando otra de forma espontánea a su nueva amiga.

—Me llamo Leyla —se presentaba aún sonriente.

—¿Apellido? —tentando a la suerte.

—Ozamiz. Leyla Ozamiz.

—El mío es Pascual. Alejandro Pascual. Tenemos posibilidades.

—Pues encantada Alejandro.

—El que está encantado soy yo de que vayamos a la misma clase. Por cierto, llámame Alex.

A pesar de estar en Madrid y desconocer la forma de proceder en los Institutos de su nueva ciudad, el resultado de ordenar los apellidos por orden alfabético para ubicar a los alumnos aquí también parecía ser lo habitual y Alex daba gracias por ello.

También tenía que reconocer que, el inesperado encontronazo con Leyla, le había relajado al pensar que ya no estaría tan solo como él se pensaba y le había facilitado, en gran medida, el trámite que tanto le asustaba hasta el punto de pensar que se encontraban en un programa de cámara oculta y que algo tan fácil como hacerse una amiga el primer día no podía ser normal. O por lo menos para él.

Pero sí. Para su agradable sorpresa a pesar de su incredulidad, las cosas parecían desenvolverse de forma natural.

De hecho, la naturalidad de su día a día era tal, que se manifestaba en cada momento haciéndose notar cual capitán destinado en el frente ordenando deliberadamente a su tropa los pasos a seguir.

Alex no lo dudaba y, por una vez en su vida, se dejaba llevar por esas órdenes de ese capitán que sin duda parecía saberse lo que se hacía.

Y no podía vacilar, era un buen momento para limpiar su nefasto pasado y darse a conocer como el Álex que siempre hubiese querido. No lo suficiente libre como para expresar los sentimientos más profundos de su alma, pero sí para que no le señalasen con el dedo ni ser el hazmerreír de todos sus compañeros.

Leyla también cumplía su labor al ser punto de conexión entre el grupo de amigas que ya tenía y el colectivo de chicos que sin darse cuenta atraía.

Alex admiraba esa sonrisa perpetua y esa personalidad arrolladora en la que su nueva amiga inevitablemente desentonaba. Por no hablar de su encanto nato, su saber estar y su lucha incansable por alcanzar sus sueños.

Siempre con su coleta de caballo negra casi azabache a media altura y el contoneo de la misma al caminar, era un sello personal que la evitaba confundirse con todas las demás.

Aunque para sello inconfundible más allá de lo que Alex observaba, sus pechos desarrollados, sus ojos rasgados y negros o su morena tez, eran el detonante perfecto para atraer a sus amigos del sexo masculino.

Desde el primer día que Alex la vio, ya se le vino a la cabeza una procedencia mucho más exótica de lo que se acostumbraba.

El resultado por lo tanto de tener a su lado a lo que cualquier ladrón llamaría una bomba de relojería, fue la combinación perfecta para un recién llegado de fuera cuya personalidad insegura le impedía avanzar y le otorgaba un lugar privilegiado ante el grupo de amigos que formaron tanto dentro como fuera del Instituto.

Ese privilegio no era, ni más ni menos, ese increíble feeling que había emanado entre Leyla y él desde el primer día y el recelo con el que le miraban sus amigos al querer ser, más de uno, el beneficiado de ocupar ese lugar.

A Leyla la parecía increíble poder tener tantas cosas en común con alguien que no usase medias, se viese en la obligación de no salir de casa sin un poco de colorete o supiese del auténtico sufrimiento de la odiosa depilación. ¡Y todo eso sin ser una mujer! Pero sobre todo y lo que más le gustaba, era que no la mirasen tanto al escote sino a los ojos cuando mantenían con ella una larga conversación.

Era tal la complicidad que atesoraban, que Leyla posaba para él cual crítico experto para dar su opinión, y él se vestía con la ropa de ella para dar paso a otra forma de entretenimiento más en la que posteriormente cambiarse el roll y pasar a manos de Leyla la otra experta valoración.

Fue así cómo, intercambiando momentos, quedaban en un punto de encuentro intermedio que acordaban la misma tarde que se veían fuera de clase y decidían indagar por las calles de Madrid por primera vez.

—¿Te apetecería dar hoy un paseo? —le proponía Leyla.

—Claro. Pero como sea yo el que te tenga que guiar por aquí, lo llevamos claro —advirtiendo de antemano su ignorancia ante su nuevo hábitat.

—Tranquilo. Después de llevar quince años viviendo aquí, algo podré enseñarte.

—Pues me encantaría.

—¿A las cinco entonces en la estatua del Hidalgo de la plaza?

—No podías haber encontrado un sitio mejor.

Alex ya había reparado en la estatua de bronce de Don Quijote y su caballo Rocinante colocada a unos pocos metros del Instituto el mismo día que llevaba su documentación para matricularse.

Fruto de su curiosidad por descifrar lo que estaba inscrito en su placa de latón, no pudo evitar la tentación de colocarse frente a ella para leerla:

«La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos y es uno de los mayores dones que sus luchas han dado a sus pueblos».

Provieniendo del visionario de Don Quijote, Alex no esperaba menos.

«Seguro que a Martina le hubiese encantado leerlo». Pensando en un momento nostálgico en su amiga que ahora se encontraba lejos. «Te echo de menos».

Un sentimiento que sabía le acompañaría hasta que los astros se alineasen para volver a encontrarse de nuevo esta vez en su ansiado Conservatorio. El único alivio era que por lo menos tenía su teléfono.

A las cinco en punto, Alex ya se encontraba como un clavo frente a uno de los iconos que defendía la libertad y de los que, sin duda, compartía la opinión de que la sociedad cambiaría su perspectiva de ver las cosas si se decidiesen a colocar más estatuas como esa o a tomarse la molestia de interpretarlo que escribían en sus placas.

Un balanceo de una coleta morena, pero esta vez vista de frente, confirmaba la puntualidad también de Leyla que se acercaba sonriente.

—Hola.

—Hola Leyla —correspondiendo a su sonrisa de una forma nerviosa sin saber por qué.

—Vente. Hay un parque cerca de aquí que es una maravilla para pasear —comenzando ambos a caminar. —Una vez allí parece que estés fuera de la ciudad. De hecho lo comparan con el Parque del Buen retiro. ¿Has estado alguna vez?

—No. Pero mi padre nos hablaba de un caballo que hay allí por lo visto con un importante par de sacos colgantes.

—¿Te refieres al caballo de Espartero? —ampliando ahora más la sonrisa que ya traía fruto del comentario de Alex.

—Sí. Eran los cuentos que nuestro padre nos contaba para dormir.

—Veo que conoces su historia.

—Algo. Pero no me importaría ir a verlo.

—Cuenta con ello. A tu padre seguro que también le gustaría verlo. Si le gustan tanto esas historias de militares...

—No lo sabes tú bien.

Algo llamó la atención de Leyla en ese tono irónico que empleaba Alex para hacer referencia a su padre. Pero fuese lo que fuese, se enteraría en el momento adecuado.

De momento, esos dos adolescentes se conformaban con matar el tiempo durante horas sentados en un banco, viajar en metro, intercambiar opiniones para arreglar el mundo, comerse una hamburguesa de vez en cuando o incluso hablar de los artículos de moda del momento.

Leyla no se cansaba de ser los ojos de Alex cuya misión era guiarle cual perro lazarillo, y este se dejaba llevar cual ciego a falta de un buen bastón.

Ahora, a pesar que jamás sería capaz de suplantarla, era Leyla la que le ofrecía una sincera muleta donde apoyarse a falta del pan con chocolate y las tardes que compartía con Martina.

Hija única y natural de Madrid, pero con mitad de sangre extranjera, Leyla siempre supo bien dónde estaba su sitio.

Por su acento castellano pronunciado a la perfección, a nadie se le hubiese ocurrido pensar jamás que no pudiera tener otra procedencia más que la madrileña a no ser por sus atípicos rasgos. Y es que Alex siempre había pensado, como suponía pensaban también los demás, que esa combinación de mezcla árabe y española, a nadie más que a ella la podía sentar mejor.

No fue hasta casi finales del primer trimestre, cuando entre ellos se había establecido la suficiente confianza como para ampliar su campo de confesiones e ir más allá de lo puramente cordial, cuando Leyla le revelaba la esencia de sus orígenes y le explicaba con más detalle a qué se debía la forma rasgada de sus ojos o el mestizaje de su piel.

—Me parece fascinante —decía Alex impresionado.

Su padre llamado Mohamed y de procedencia árabe más en concreto de Sidi Bou Said, se encaprichaba de su madre al verla mientras exploraba en busca de algún souvenir para su familia en un enorme y laberíntico Zoco en Medina de Túnez. Leyla contaba que su madre se encontraba tan absorta entre tanta marroquinería y artesanía, que no reparó en el tendero tunecino que tenía enfrente y que impaciente esperaba para regatearla.

Al no estar acostumbrados al destape de las mujeres en su ciudad, a su padre le fue superior no reparar en ese hombro al descubierto que provocaba la caída de su fular al moverse de aquí para allá y a la palidez de una piel que recordaba a la de una virgen.

Fue entonces al entablar una conversación medio en inglés, medio en español, mientras acordaban un precio para una tetera de plata, cuando ese hombre no dejaba pasar la ocasión para invitarla a una tetería en el Zoco de los Orfebres ofreciéndose a la vez para ejercer de guía lo que la quedaba de viaje.

«Claro estaba que no solo fui víctima de su labia, sino que caí rendida a sus encantos».

Eran las palabras de su madre cuando contaba a Leyla la historia de cómo se conocieron reconociendo, además, a modo de anécdota, que solamente pudo superar su adicción a comprar allí una vez montada en el avión de vuelta a Madrid. Para ser exactos al mismo barrio castizo de Chamberí.

Unos meses después, su padre se establecía con su madre en la capital por excelencia y se trasladaban a una humilde casita en un barrio de Valdemoro.

De eso ya hacía diecisiete años.

—¿Has visto ese vestido de cuero? —preguntaba Leyla a Alex frente a un escaparate en plena avenida.

—¿Te refieres a ese vestido de piel de imitación entallado de mangas tres cuartos y falda en forma de lápiz hasta la rodilla?

—¡Exacto! Nunca vas a dejar de sorprenderme.

—Anda ya. ¡Pero si eso lo sabe cualquiera!

—No, hijo no. Cualquiera no.

—Además, me gusta más el cinturón ancho de tachuelas que le cuelga de la cadera al maniquí.

—Pues a mí lo que más me gusta de todo, eres tú.

Precisamente un catorce de febrero, a plena luz del día y con el incesante ruido del motor de los coches circulando junto a ellos, Alex la miraba atónito sin saber qué decir y sin tener la certeza de unas palabras que, o salían de boca de Leyla producto de la emoción del momento, o el que expresaba sus sentimientos era su propio corazón.

Para nada esa frase compuesta exactamente por doce palabras que se repetían en su cabeza sin saber si debía darle la importancia que se merecía una y otra vez como de si de un bucle se tratase, era algo que Alex jamás esperaba escuchar pues eso, lo único que denotaba, era que la situación de lo que simplemente parecía una amistad pura y dura, se le estaba escapando de las manos.

Pero siendo sincero consigo mismo y tras un año entero compartiendo juntos todo tipo de momentos como si se conociesen de toda la vida, era más que evidente que el roce que a veces iba más allá de lo normal diese lugar a una mayor complicidad.

El problema era que el brillo con el que los ojos rasgados y profundos de Leyla miraban a Alex, no era el mismo en que este lo hacía pero, de tener una experiencia con una presencia femenina, no podía pensar en nadie mejor que en su fiel amiga. Pues quién sabía si probando lo que hasta ahora había sido como la manzana prohibida del Edén, se abriría ante él un mundo nuevo de posibilidades.

—Leyla —arrancando por fin a decirle—, tengo que decirte algo.

—No digas nada —interrumpiendo su discurso—. No me importa cómo seas. Con lo que me has demostrado en todo este tiempo para mí es suficiente.

Alex no daba crédito a ese idílico eslogan dirigido hacia él, ni aunque lo hubiese visto colgado en un monumental cartel en el edificio más emblemático de la imponente Gran Vía con su nombre como tela de fondo.

—Gracias —sin poder decirle nada más.

—No me des las gracias y bésame.

La paradoja fue que Leyla no pudo escoger un lugar mejor para que esos dos jóvenes se diesen su primer beso que la misma concurrida Avenida del Mediterráneo, ni Cupido encontrar un día mejor para lanzarles sus flechas.

Del mismo escaparate que era testigo de su primera carantoña, una frase colgaba sobre un cartel rosa rodeado de corazones a modo de propaganda para captar a clientes. Alex y Leyla la leían tras sentir de cerca sus alientos y ambos la hacían suya sin dudarlo:

*«Quédate con quién te bese el alma. La piel te la puede besar cualquiera»*

Sus almas parecían besarse de maravilla.

Como igual de maravilloso fue el mundo que Leyla le descubriría y, por la cual, la determinación de Alex de entregarse a ella no le defraudaba.

Con tanta novedad a su alrededor, la burbuja en la que flotaba Alex y con la que compartía parte de su agua y jabón, se iba haciendo más grande a medida que más soplaban sus pulmones y se hacían más grandes sus ilusiones.

Igual de raro era no tener que agachar la cabeza según con quién se encontrase por los pasillos de su Instituto, al igual que ir de la mano de la que sabía a ciencia cierta, era la chica más llamativa de la escuela.

Por descontado a esa historia que comenzaron el mismo día de San Valentín, le precedían muchos momentos más desde el mismo instante en que Alex se aventuraba en que Leyla tenía que ser su primera chica y su primera experiencia pasara lo que pasara. Acarreando con todas las consecuencias que el destino les deparara.

Bueno, su segunda chica contando desde el lugar que Martina ocupaba en su corazón.

Quizá una de las primeras dificultades que se le planteaba del innovador momento que estaba viviendo, era decidirse a coger el teléfono y contarle su novedosa experiencia a, más que su amiga, su hermana de la infancia.

¿Cómo le iba a contar que tenía novia después de vestirse con ella de mujer, maquillarse mutuamente y soñar con ser actriz de cine?

Y, ¿cómo la explicaría que ella seguía ocupando un lugar privilegiado para él a pesar de ser otra chica la que aprovechaba la coyuntura de abrigar sus ratos de soledad?

Las teclas de su teléfono confiaban ser marcadas por su mano temblorosa y su auricular aguardaba a la espera de transmitir sus palabras a través de su medrosa voz.

A las dieciséis y ocho minutos de un viernes, pero no uno cualquiera, sonaba el teléfono fijo en casa de Maruja.

—¿Dígame? —contestaba Maruja con la templada voz que la caracterizaba.

—¿Maruja? Soy Alex.

—¿Alex? ¡Qué alegría hijo! ¿Cómo estás? ¿Estás contento en tu nueva casa? ¿Y en el Instituto? Tu madre me cuenta todas las novedades —le decía con una verborrea incesante.

—Sí, Maruja —hablando con alegría contagiado por su emoción—. Todo ha ido mejor de lo que me esperaba. Estoy muy contento.

—Ay, hijo, no sabes lo que me alegra oír eso.

—Gracias Maruja. La verdad es que nada hubiese sido lo mismo sin usted —sincerándose con ella con las palabras que en ese momento brotaban de su corazón y que nunca pensó que le diría—. Nunca se lo he dicho pero muchas gracias por todo lo que ha hecho. Y usted sabe perfectamente a lo que me refiero —creando un sepulcral silencio al otro lado de la línea—. ¿Maruja? ¿Sigue ahí?

—Sí —respondía entre sollozos.

—No llore Maruja —sin saber muy bien qué otra cosa decirle desde la aflicción que le provocaba escucharla—. Y, dígame. ¿Está Martina en casa? —cambiando de tercio.

—Claro que sí —diciendo ahora más animada—. ¿Sabes? Te echa mucho de menos. Espera que te la paso —intuyendo cómo dejaba el teléfono sobre la mesa y alejándose del mismo para buscar a su hija—. ¿Martina?

Las invisibles ondas electromagnéticas viajeras encargadas de transmitir la información a través del cable, parecían las responsables de unos segundos que parecían no acabar nunca de completa incertidumbre y que requisaban la aparente tranquilidad de Alex.

Unos sigilosos pasos a lo lejos que sin duda se trataban de su amiga, se acercaban hasta donde se encontraba el teléfono y hasta donde Alex se aguardaba impaciente por volver a escucharla.

—¿Alex! —gritaba con euforia Martina provocando que este se tuviera que alejar un poco el auricular de su oreja—. Ahora mismo estaba escuchando nuestra película favorita.

—Hola, Martina, no sabes lo que me alegro de escucharte y de que te siga gustando nuestra película. —La sensación de Alex al escuchar la enérgica voz de su amiga era como si nunca se hubiese ido de allí.

—¿Pero cuéntame! —continuaba Martina emocionada—. ¿Ya has hecho nuevos amigos en el Insti? —con una mezcla de alegría y añoranza por no poder estar con él.

—Pues... sí, tengo nuevos amigos... y amigas —entre tartamudeos y sin atreverse a decirle nada más—. ¿Y tú? ¿Hay alguna novedad?

—Qué va. Aquí todo sigue igual. Bueno, todo menos tú, claro. ¿Con quién voy a darlo todo ahora en mi habitación? Jajaja —riéndose ambos a la vez—. ¿Y, entonces? ¿Qué tal con tus nuevos amigos? Bueno, y amigas... jeje —intuyendo a Martina un poco recelosa.

—Sabes que como tú nunca voy a encontrar a nadie.

—Alex, desembucha —a Alex por un momento se le había olvidado que Martina lo conocía mejor que nadie y que algo ocultaba tras esa elocuente frase.

—Bueno, tengo una amiga.

—¿Y? —a la espera de que continuase aunque sospechaba lo que ya la iba a decir.

—Pues... que nos hemos besado —cogiendo carrerilla para terminar de decirlo.

—¡Alex! ¡Tienes novia! —una desternillante risa procedente de su amiga descolocaba completamente a Alex—. ¡Pero eso está genial! —alcanzaba a decir Martina aún entre gritos—. Quién lo iba a decir...

—¿No estás enfadada? —extrañado por su reacción.

—¿Enfadada? ¿De verdad pensabas que me iba a enfadar? Me hubiese enfadado más si no me lo hubieses contado —provocando alivio en el pecho de Alex—. ¿Y estás contento? ¿Cómo es ella? Bueno supongo que será especial si ha conseguido conquistarte. ¡Jolín, qué pena no poder ir a conocerla!

La conversación sobre cómo había surgido su relación con Leyla, continuaba de forma fluida entre ellos, como si de algo natural se tratase y como si la vida nunca les hubiese separado. Anécdotas y confidencias que solo ellos eran capaces de descifrar, iban y venían a través de la distancia. A la vista estaba que, por más que las vidas de ambos cambiaran, su amistad permanecería imperecedera.

Aunque lo que parecía que nunca iba a cambiar a pesar de sus esfuerzos, era la actitud del cabeza de familia.

Tan enfrascados estaban en su emocionante conversación, que ni darse cuenta si quiera del sonido de las llaves al entrar en la cerradura y mucho menos del sonido de la puerta al abrirse. Pascual, dando un significativo portazo, llegaba a casa e interrumpía la conversación telefónica entre Alex y Martina sin darles la oportunidad casi de despedirse.

El atronador sonido de la puerta y la voz de Pascual al preguntarle a su hijo con quién hablaba, fue más que suficiente para tener motivos ambos para colgar.

A Martina ya nada la pillaba por sorpresa.

—Te dejo, Martina —colgando automáticamente tras esas tres palabras—. Hola papá. Hablaba con Martina.

—¿Aún sigues pensando en esa niña? —dejando caer sus llaves sobre la entrada—. Lo que tienes que hacer es buscar a chavales de tu edad o echarte una novia como Dios manda —caminando hasta el sofá del salón—. A mí, a tu edad, no había chica que se me resistiera.

—No lo dudo —arrepintiéndose de lo que había dicho nada más soltar esas palabras en voz alta.

—¿Has dicho algo?

—Nada, que precisamente de eso os quería hablar. Espera aquí. Voy a buscar a mamá.

Un Pascual expectante ante la noticia que su hijo le tenía que dar y de una actitud nunca vista antes en él, esperaba preocupado sentado justo donde se encontraba su hueco hecho ya a medida.

«A ver que nos quiere decir este ahora». Pensaba para sí mismo con la incertidumbre y el miedo de que les contase algo relacionado con su sospechosa identidad sexual. «Espero que no nos vaya a decir que pierde aceite».

Alex aparecería minutos después por la puerta del salón con su hermana y su madre siguiéndole los pasos.

—Sentaros por favor, me gustaría contaros algo a los tres.

De pie frente a ellos, con las manos entre lazadas a la altura del pecho y una actitud como si la de un político que intenta convencerles de algo se tratase, Alex cogía aire y convencido más que nunca soltaba la noticia bomba a los allí presentes.

Si explicarles que tenía novia y posicionarse por la identidad sexual que todos habían querido siempre no iba a agradar a su padre, ya no sabría qué otra cosa lo podría hacer.

—Claro que sí machote —fueron las palabras de su padre al terminar—. Demuéstrala que llevas mi sangre. Jajaja —ni él mismo podía con su bravuconería.

Diferente fue la respuesta de su madre a la que, aunque no lo quisiera demostrar para no tirar por tierra la noticia de su hijo, ni siquiera se pronunció, como tampoco sabía si creerse si su hijo tenía novia por su propia felicidad o por demostrar una actitud varonil solo para tener contento a su padre.

Pero, en ese caso, solo el tiempo terminaría por darle la razón sin tratar de convencerse a sí misma de lo contrario.

Una convicción que Alex, sobre todas las cosas, tendría que tener consigo mismo para demostrarle a su novia que, dentro de su ser, llevaba el macho que lleva todo hombre y que ella necesitaba.

Aprovechando las tardes que Leyla se quedaba sola en su casa hasta que sus padres llegasen para cenar, era el mejor refugio que esos dos jóvenes podían encontrar con la típica excusa de estudiar o cuando los planes que surgían para hacer juntos eran escasos.

Aunque, para Leyla, era más que evidente que no podía existir un plan mejor que acurrucarse con él sobre la cama de su habitación.

Con la ventana abierta y casi con una temperatura primaveral, el aire que entraba desde fuera y que sutilmente mecía las cortinas a la par que les acariciaba, también les hacía llegar la inconfundible fragancia de unas nubes cargadas de agua y de una tierra húmeda por la presencia de sus primeras gotas.

Esa tarde, las obligatorias babuchas que intercambiaban con el calzado de calle una vez dentro de esa casa, saltaban por los aires al igual que se saltaban directamente la lección de lengua extranjera que se tenían que preparar, para practicar clases de anatomía y utilizar otra lengua pero no más lejana. Las suyas propias.

La humedad que emanaba del roce continuo de sus partes más íntimas, erizaban también su piel

compitiendo con el frescor que se insinuaba en la habitación y que contrarrestaban con el calor de sus cuerpos caldeando cada vez más el ambiente.

Las dudas de Alex sobre si daría la talla llegado el momento, se disipaban para su sorpresa sin tener que forzar la máquina para que su miembro viril se excitara provocando un bulto inesperado dentro de su pantalón.

Leyla, al notar que la tela de la entrepierna de ese pantalón estaba a punto de explotar, desabrochaba sus botones dejando al descubierto unos calzoncillos tipo bóxer de algodón con cuadros estampados liberando así el pene de Alex en todo su apogeo.

El jersey de hilo a rayas en tonos azules y la camiseta interior blanca de tirantes, seguían a sus pantalones y terminaban en el suelo para dar paso a sus calzoncillos de cuadros dejándose solo unos calcetines blancos arrugados hasta el tobillo.

No daba tiempo a que Leyla comenzase a quitarse su propia ropa cuando, Alex, ya se encargaba personalmente de dejarla completamente desnuda y colocarla bajo su cuerpo para, con mucho cuidado, intentar penetrarla.

Los redondos y erguidos pechos de aquella chica a punto de ser desvirgada por primera vez, se dejaban estrujar contra el torso de aquel chico también inexperto que intentaba no dejarse caer del todo sobre ella para no espachurrarla.

Pero a Leyla lo que menos la importaba en ese momento era que Alex no la apretara contra él.

Mojados besos se intercambiaban de boca en boca mientras que unas voluntarias piernas se abrían para dar paso al deleite y a formar parte tan solo de ser uno. La excitación del momento hablaba por sí sola cuando el miembro empalmado de Alex, ya a punto de fusionarse con ella, no encontraba demasiada resistencia favorecido por la secreción de la excitada zona de ambos y de las ganas por sentirse dentro el uno del otro.

Entonces, con un vaivén de caderas, un frágil crujido del himen justo cuando Alex conseguía penetrarla del todo y una pequeña mueca de dolor por parte de ella, esos dos jóvenes conseguían hacerse el amor, alcanzar el éxtasis y experimentar el placer en estado puro.

Un estado muy terrenal que tan solo experimentarían esa vez y nunca más a pesar de los continuos intentos, sobre todo, por parte de Leyla.

Pero no todo lo que les importaba era el sexo explícito o las ganas de seguir experimentando en el arte de amar, su relación, más como amigos que como novios, iba más allá de ese vínculo carnal que parece asociarse a la otra persona en cuanto la palabra relación sale a la palestra.

Era cierto que en sus ratos de soledad ambos se dejaban querer y llevar por sus instintos más primarios y en sus momentos de amistad con el resto del grupo su presencia como novios era palpable, aunque para ellos lo que más privaba era el gran cariño y respeto que se procesaban el uno al otro, con la única diferencia que Alex ya nunca consiguió excitarse como lo hizo en su primera vez.

Quizá en alguna ocasión pusiera todo de su parte más para complacer a su novia que a él mismo. Pero ahí fue el primero en comprobar que el roce cercano con una mujer no era todo lo que necesitaba.

Y, por lo tanto, a Leyla tampoco le bastaba.

Las clases proseguían su curso y sus vidas cotidianas a la par que su relación persistían junto a ellas durante todo el bachillerato hasta el viaje de fin de curso.

—No voy a ir a Mallorca —explicaba Alex a Leyla.

—¿No te apetece venirte de viaje para celebrar nuestra graduación?

—Me ha llegado una carta a casa del Ministerio de Defensa. Supongo que me reclaman como soldado para proteger mi patria. ¿Te imaginas? ¿Yo vestido de soldado?

—¿Tienes que ir a hacer la mili? ¿Y qué pasa con tus estudios?

—Ya conoces a mi padre. Los estudios pueden esperar, pero hacerse un hombre de provecho, como él dice, no —con una sonrisa irónica en su comisura—. Por lo visto no le ha bastado con saber que tengo novia desde hace casi tres años.

Leyla se sentía dolida al escuchar ese comentario del que había sido su amigo y su amante durante los últimos años. Más que parecer que estaba con ella porque la quería daba a entender que estaba con ella por puro interés.

Su semblante palidecía a pesar de su morena tez y sus ánimos de desinflaban junto a la noticia de que no compartirían su viaje de final de curso, aunque fuese por última vez.

—Perdona, no quería dar a entender eso —pidiendo perdón a Leyla al verla triste y darse cuenta de lo que acababa de decir.

—No. La que te pide perdón soy yo.

—¿Tú? Tú no has hecho nada malo.

—Sí. Yo debería haberte dejado ir hace mucho tiempo Alex, pero me han podido mis ganas de que las cosas cambiaran y de que te pudiera llegar a excitar como al resto de chicos —mirándole de forma sincera a los ojos—. Yo también he sido egoísta.

—Leyla, eres una de las mejores cosas que me han pasado en la vida y sin ti no sé qué hubiese sido de mí durante todo este tiempo —cogiéndola de la mano—. Has sido mi salvavidas y mi brújula indicándome siempre dónde estaba el norte. Bueno, aunque ya sabes que a veces lo perdía —intentando dar un toque de humor al sobrio momento.

—¿Solo a veces? —consiguiendo contagiarla—. Agradezco tus palabras y todas las cosas que he aprendido a tu lado. Para mí siempre serás mi primera vez.

—Y para mí. Ya lo sabes. Por no contar con ese par de tetas tan bien puestas que tienes —jajaja. Levantando el ánimo de los dos—. Para mí las quisiera algún día —guiñándole un ojo con complicidad.

—Aquí las tendrás cuando quieras —cogiendo las manos de Alex y llevándolas a sus pechos — como también tendrás siempre mi amistad.

Alex retiraba sus manos de los pechos de su todavía novia y las colocaba a modo de caricia de forma tierna a ambos lados de su cara.

—Te quiero —le decía acariciando también sus sentimientos.

—Y yo te querré siempre.

Alex, en este caso, se preguntaba cuánto duraría la palabra «siempre» y sintió escalofríos al entender que, como decía el conejo blanco a Alicia en su País de las Maravillas, a veces esa palabra tan solo durase un segundo.

Pero lo que nunca podía imaginar era el eterno camino que sus pies parecían no acabar nunca y que el calor de la calle casi veraniego no ayudaba, desde que se despidiese de Leyla hasta que su reloj decidiese avanzar junto a él en el camino de vuelta a casa.

No hizo falta despegar los labios ni para decir siquiera esta boca es mía cuando, una carta ya abierta evidentemente por su padre, le esperaba encima de la mesa como si de una dinamita se tratase a la espera de detonarse una vez que la tocasen.

Solo faltaba el cartel con letras de Neón y una flecha señalando el contenido con el anuncio «Cuidado, puede explotar» colocado sobre ellos a modo de chiste. Aunque, bromas aparte, Alex sabía que en esa casa cualquier pretexto era el detonante suficiente como para hacer explotar todo. Aunque de una paradoja se tratase.

—Hombre, por fin —mascullaba su padre al verle aparecer—. El futuro soldado ya está aquí —cogiendo aire e hinchando su pecho con orgullo.

Pascual, que esperaba a su hijo como agua de mayo para darle la gran noticia, se erguía para recibirle desde el sofá donde habitualmente se encontraba sentado. Allí, junto a las contrarias caras de su madre y de su hermana que le aguardaban junto a él, hasta el sofá parecía resignado al saber qué lugar ocupaba cada cual, y nunca mejor dicho.

—Hola a todos —les saludaba Alex sudoroso al sentarse en el único hueco libre que quedaba del sofá familiar. Con la comitiva que le habían preparado, cualquiera era el guapo que iba a tomarse un vaso de agua antes de leerle la cartilla.

—Ya me ha dicho tu madre que algo sospechabas al ver la carta en el buzón esta mañana, pero ya me he encargado yo de leerla por ti y confirmar nuestras sospechas. Efectivamente te reclaman para realizar el Servicio Militar. Yo ya me imaginaba que la carta no tardaría mucho en llegar después de que cumplieras los dieciocho el mes pasado.

Pascual hizo un parón en su monólogo a la espera de que Alex, que se encontraba completamente fuera de lugar, siguiese con la conversación o diese muestras de alegría por el futuro inmediato que le deparaba. A los pocos segundos de no obtener ninguna señal por parte de su hijo, Pascual no dudaba en tomar posesión de nuevo del liderazgo y continuar tal y como él lo había planeado.

—Tienes que presentarte este lunes en el cuartel de El Goloso. Te tallarán y te harán un pequeño reconocimiento médico —mientras miraba a su hijo—. Aunque viniendo de tu padre, estoy seguro que te encontrarán fuerte como un toro. Jeje.

Para todos los allí presentes estaba claro que alguna coletilla final apostaría sobre él mismo como no podía ser de otra manera.

—Después de que alegues, por supuesto, que no tienes ningún problema de salud, esperaremos al sorteo donde se decidirá en qué cuerpo harás el servicio —volviendo a hacer una pausa con la esperanza de que interviniese su hijo—. ¿Te ha dado por pensar adónde te gustaría que te enviaran? —le preguntaba al no obtener ninguna respuesta de nuevo.

—Bueno, supongo que de eso ya te habrás encargado tú.

La alarmante mirada de su madre ante una inesperada y no acertada respuesta de Alex, le hubiese fulminado si eso hubiese sido posible. Por suerte para los integrantes de ese salón, Pascual sonreía de forma irónica y se tomaba con humor la contestación del que ya le quedaba menos para ver como un hombre.

—Hijo —respiraba con paciencia Pascual—, es normal que no sepas qué decir en este momento. Puede que incluso te encuentres nervioso por lo que acontece o que la emoción te embriague como me pasaba a mí y te entiendo perfectamente, pero tienes que pasar por esto con tu mejor actitud y con la tranquilidad que, al igual que hicieron conmigo, el servicio militar hará de ti un hombre de pelo en pecho.

Era evidente que, tras cubrir un tupido velo, Pascual no quería ver más allá de lo obvio y nadie mejor que Trinidad para darse cuenta de lo más que evidente.

Como evidente era que Alex no esperaba a que saliera el sorteo que decidiría a qué cuerpo lo iban a destinar.

Ya fuese por pasiva o por activa, ese nuevo soldado de la Armada Española ya tenía adjudicado su destino en Infantería de Marina.

—Ahí te curtirás bien —apostillaba Pascual—. Por algo dicen que es el cuerpo más duro y por algo que tienen un amor en cada puerto —intentando quitarle hierro al asunto.

—Pues mira, pensándolo bien, igual tienes razón papá —afirmando el reciente comentario de su padre y esperando al mismo—. Quizá, hiendo de puerto en puerto, sea capaz de descubrir el lugar al cual pertenezco.

—Hijo —apoyando una mano sobre su hombro —primero encuéntrate a ti mismo y no dudes que lo encontrarás.

El dispar camino al que ambos se referían, se alejaba mucho el uno del otro.

—Un hombre —continuaba Pascual— viaja por el mundo en busca de lo que necesita y vuelve a casa para encontrarlo.

Ojalá su padre pudiese dar a ese comentario dedicado a su hijo, no el lugar que Pascual requería, sino el lugar que Alex se merecía. Pues un buen camino para su hijo no empezaría por preguntarle lo que este quería, sino por demostrar tener unos huevos como melones.

No sabía si para el ejército lo sería, pero para Alex eso era una batalla perdida.

—¿A la Marina? —preguntaba emocionada Martina—. Nunca pensé que te decidieras a hacer la mili, pero irte a la marina mucho menos.

—Sí, bueno —midiendo sus palabras ante el atento oído de su padre—. Siempre he soñado con

ir a lugares en los que nunca he estado y quién sabe, puede que esta sea mi oportunidad.

—No me puedo creer que te vaya a tener más cerca de lo que yo creía.

—En cuanto atraquemos en el puerto, serás la primera en enterarte. ¿Ya has echado la matrícula para la Escuela superior de Danza?

—¿Estás loco? ¡Pues claro! No perdería esa oportunidad por nada del mundo y más ahora que te destinan a Alicante a ti también.

—Sí. La verdad es que lo llevo mucho mejor desde que me enteré de que tú también vas a estar allí.

—¡Que tiemble Alicante!

—¡Eso! Que tiemble.

La misma ciudad de Alicante sería testigo del sueño por el que lucharía Martina y del anhelo de Alex por acompañarla. Uno con traje de marinero y otra con tutú y zapatillas de ballet.

Y eso era lo que más merecería la pena de todo. Ver a su amiga feliz a la par que quemaban esa ciudad portuaria y volvían, fruto del destino, a vivir aventuras y a correr los riesgos que el momento precisaba para recordar que la vida nunca había dejado de merecer la pena.

A pesar de que, por narices, se tuviese que rapar la cabeza.

El lunes se presentaba en la base militar de El Goloso y a los dos días se encontraba camino hacia la Comandancia Naval a orillas del Mediterráneo.

Trinidad le ayudaba a preparar el petate el día antes de partir y se aseguraba que su hijo llevase todo lo necesario. El escenario de una adolescente saqueando la ropa en desuso de su hermano y la de madre e hijo dando vueltas por una habitación cada vez más desordenada, era de lo más extraño teniendo en cuenta que en los últimos diez años Trinidad había intentado que su hijo hiciese precisamente todo lo contrario.

Una caja de metal guardada debajo de unas camisetas viejas dentro del armario empotrado y que Trinidad intentaba reordenar tras el inminente caos, impactaba directamente contra el suelo al levantarlas.

Solo hizo falta escuchar el tremendo pero a la vez familiar impacto del metal, para que Alex supiera sin verlo qué era exactamente lo que se había caído y, por primera vez, sintió la ausencia de miedo a que su madre descubriera lo que guardaba en su interior cuando la mirada de ambos se dirigían al mismo tiempo hacia ese objeto en el parquet.

Trinidad, sin otro objetivo que recoger lo que había tirado sin querer, fue la más rápida de los dos en agacharse para cogerla aunque, como madre que era, daba por hecho que nadie escondía una caja si no era para guardar un secreto.

—Anda, me acuerdo perfectamente de esta caja de Cola-Cao —comentaba Trinidad mientras la sostenía entre sus manos—. Es una pena que dejasen de hacerlas. No sabía que la tuvieses tú.

—La verdad es ni me acordaba de que la tenía —aún en posesión de su madre—. La usaba para guardar los parches de la bici y para... —indeciso sobre si contarle todo—. Bueno, qué más da,

para guardar una invitación un tanto especial.

Alex sacaba ese papel sin ningún tapujo y lo desdoblaba meticulosamente por las seis dobleces que llevaba.

—Esto es —dándosela a su madre para que fuese ella la que leyera en voz alta.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamaba alarmada—. ¡Pero si en esa época sólo tenías quince años! ¿Quién es Nacha Mamarracha? ¿Y de dónde has sacado esto?

—No te asustes mamá. Te aseguro que papá no lo ha visto y que no fui, aunque ganas no me faltasen.

Pero el desorden que a simple vista se divisaba, no era comparable con el desbarajuste de sentimientos que se amontonaban en el corazón de una madre que emocionalmente no se sentía preparada para verle alejarse.

Tal era así, que lo único que no tenía preparado al final del día era la maleta.

—Mamá —le decía Alex al verla sentada en su propia cama algo más decaída que de habitual—. No quiero que estés mal.

—Ven, siéntate —indicándole con una mano que se sentase a su lado—. ¿Te acuerdas del día de tu primera comunión?

—Me acuerdo que quería llevar un hábito de monaguillo —haciendo reír de forma tierna a su madre—. También recuerdo perfectamente las palabras de Don Antonio. Ujum —carraspeaba Alex para imitar la voz del cura—: «El traje de marinero te ayudará a navegar en la misma barca en la que Jesús salió a pescar hasta el puerto seguro de su regazo» —Jajaja. reían—. Como si en algún momento hubiese tenido otra opción.

—Mira que siempre has sido cabezota, pero aquella idea no había Dios que te la sacara de la cabeza. Y nunca mejor dicho.

—Sí. Por desgracia después de todo lo que has pasado conmigo, a ti no puedo engañarte mamá. Me moría de la envidia cuando veía en los escaparates esos vestidos blancos de tul hasta el tobillo con sus flores y sus encajes. Sabes que, aunque en forma de sotana, esa era una forma de llevar vestido al fin y al cabo, aunque su estilo dejase mucho que desear. —Sin poder evitar mofarse de aquella horrorosa idea de su niñez.

—Lo sé. No tienes que jurármelo —sabedora de la difícil situación de su hijo—. Pero mira ahora. Nada menos que con dos trajes con galones en la maleta —sopesando lo contradictorio de la situación—. Es como si Dios te hubiese castigado por...

—Por renegar de lo que debería ser y no soy —encontrando las palabras que su madre, por miedo a hacerle daño, no se atrevía a pronunciar.

—Tú eres mi hijo. Y te puedo asegurar que si pudiera volver a atrás, volvería a elegirte con los ojos cerrados.

—Gracias mamá. Yo también te elegiría como madre —dedicándose ambos una sincera mirada—. Sé que tú tampoco lo has tenido fácil y lo has hecho lo mejor que has podido. Hasta te

dedicabas a ir a las reuniones de padres cada domingo.

—Hijo, ¿te acuerdas del problema que tuviste en primero de Bachillerato?

—Como para no acordarme.

—¿Y te acuerdas que expulsaron a todos los chicos que te agredieron?

—Claro. De hecho me dijiste que de eso se había encargado la misma dirección —frunciendo el ceño—. Mamá, ¿a dónde quieres llegar?

—Pues que no solo fue la dirección del colegio la que tomó cartas en el asunto.

Millones de pensamientos se agolpaban en la cabeza de Alex intentando descifrar el entramado a donde su madre, a modo de trabalenguas, quería ir a parar. Pareciese como si el polvo de esa caja casi olvidada y esa invitación oculta en la clandestinidad desde hacía tres años, sumergiese a su madre en el tiempo y la despertase de un impenetrable enigma hasta ahora desconocido.

Lo que su madre con toda la delicadeza del mundo le quería explicar, era que esas reuniones a las que acudía con la excusa de involucrarse en la educación de sus hijos, ni eran del todo mentira ni eran del todo ciertas. Incluso Trinidad dudaba de si Don Antonio conocía con exactitud la procedencia del teléfono que la había aconsejado, pues no se trataba de una asociación sin más, sino de una asociación sin ánimo de lucro para familias con problemas de cambio de sexo que se enfrentaban contra una sociedad con rechazo al respecto y a asumir la realidad transexual del momento.

—Se llama Asociación Transexualia o, como también lo llaman; comunidad LGTB —terminando por explicarle a un más que sorprendido Alex—. ¿Te suena, no?

—Pero mamá... —incapaz de poder decir nada más.

—Fue a través de Don Antonio. Él me recomendó que llamara y empezase a averiguar, aunque ahora me doy cuenta que lo que a él le habían contado sobre la única Asociación de Transexuales en España era solo a medias —dichosa de todas formas de que ese teléfono llegase hasta ella y le viniese como anillo al dedo—. A nosotros solo llevan ayudándonos pocos años, pero son más de doce los que llevan a sus espaldas.

—¿A nosotros? —repetía su hijo consternado.

—Fueron ellos los que nos dieron los pasos a seguir para que se acabase tu acoso escolar y, hasta el día de hoy, siguen velando por ti. Desde entonces, se han convertido en mis ángeles —continuaba—. Al ver esa antigua invitación, también me han venido los demonios del pasado y, sabiendo cómo es tu padre, decidí ayudarte por otros medios y me aferré a cualquier posibilidad por miedo a que te suicidaras como ya pasó en las navidades y por miedo a que no te sintieras querido. Y mira, por fin ha llegado el momento de contártelo.

—No creía que fuesen tantas las personas que se sienten como yo —impactado a la vez que ilusionado—. Y dime, ¿papá lo sabe? —sin creerse todavía lo que acababa de escuchar y despertando sus esperanzas a un cambio de mentalidad de su padre.

—¡Ni de broma! Tu padre sigue pensando que sigo asistiendo a esas aburridas reuniones de padres porque solo me sirven como entretenimiento.

—No sé por qué no me sorprende.

—Bueno, y dicho esto, tú, ahora, encárgate de cuidarte.

—Lo haré. Sobre todo porque tú ya me has cuidado bastante. Además, ya le he dicho a Aitana que más la vale que te cuide. Que con eso de la edad del pavo está revolucionada.

—Aunque diga que no, ella te va a echar de menos más que nadie.

—Y yo a ella. Solo espero que pasen pronto estos doce meses.

Pero no habían transcurrido ni veinticuatro horas desde que Alex despidiese a su familia en el andén ya enfundado en su traje de tropa, cuando una entrada no muy triunfal le esperaba en la misma puerta del cuartel o, como se anunciaba en la propaganda para reclutas, «La mejor Comandancia Naval del mundo».

—¡Rápido! ¡Todos los nuevos a formar! —gritaba de forma estrépita el Teniente Coronel a todo aquél que llegaba con el petate a hombros—. ¡A desnudarse!

Si la rapidez con que movilizaban a todos los marines era de espanto, ni que decir de las estridentes voces que les acompañaban y que acentuaba más el miedo que ya acarrea a más de uno.

—¡Es que estáis sordos! ¡Que os desnudéis!

Y ni cortos ni perezosos sin ánimo de seguir ofendiendo a su Teniente para que las represalias

no fuesen mayores, todos comenzaron a quitarse la ropa hasta quedarse completamente en pelotas en cuestión de segundos. A groso modo se podía calcular la friolera cifra de unos cincuenta tíos exhibiéndose en la calle como recién llegados al mundo.

Estaba claro que el pudor no tenía cabida en los cuarteles españoles.

—¡Agua va!

Alex no había dejado de escuchar la húmeda orden, cuando un montón de cubos cargados de un agua helada caían desde el cielo sin ningún tipo de miramiento empapando y congelando a todo aquello que se pusiera por delante, o mejor dicho, que estuviese colocado por debajo. En este caso fue un grupo de novatos que, sin distinguir aún quién era realmente ese superior vistiendo una guerrera blanca con portadivisas que no le correspondía, se agolpaban entre sí y caían en la trampa de unos cuantos compañeros algo más veteranos en las típicas novatadas a los nuevos.

Pero ese golpe de agua no solo quedaba ahí, repitiendo esas bromas durante los dos primeros meses en forma de «chupar» garita, alargar las imaginarias toda la noche o hacer recados como tener que conseguir una funda para el ancla.

Y, todo eso y para colmo de males, sin contar con el frío, el calor, el hambre y el cansancio de las maniobras, las miles de vueltas al patio desfilando, patrullar la playa, el mes que pasó arrestado sin tener ninguna culpa, ejercer de chófer del coronel, asumir los riesgos de disparar con el cetme y estar a punto de ir a la primera guerra del Golfo.

—¡Menudo enchufe! Si esto era lo que mi padre llamaba tener en consideración, que baje Dios y lo vea. —farfullaba Alex indignado.

Aunque una cosa si era cierta y, muy a su pesar de que tuviese que agradecer a Pascual las cosas buenas que la mili también le ofrecía, el servicio militar le serviría como una gran experiencia en su vida.

De ahí que aprovechase sus momentos de ocio para sacarse el carnet de conducir, absorbiese sus primeras y alocadas noches de parranda y desenfreno étílico y darse cuenta que, a cuatrocientos kilómetros de tu casa, lo más importante que tienes es tu compañero de al lado.

Jamás había estado rodeado de tanto hombre ni de tanta masculinidad. Pero, hasta el que parecía el macho más viril de todos, escondía bajo la miraba unos ojos afeminados que solo entre ellos distinguían.

Como tan solo ellos eran capaces de entender el morbo que provocaba esconderse en cualquier recóndito lugar para satisfacer su placer carnal tras ponerse de acuerdo sobre quién sería el amante activo y quien el que se dejaba amar.

«No me importaría ser ladrón si es para robar un beso de esos labios». Pensaba Alex en modo romántico.

Su nombre era Aitor y sus labios los más carnales y sabrosos que Alex había probado.

El acercamiento entre ambos había sido nada menos que el resultado final de coincidir en cada interminable imaginaria nocturna y del roce inevitable de sus cuerpos en la estrechez de la garita.

Alex, tras sufrir las guardias impuestas que sí o sí le tocaba apechugar por ser principiante y las

noches de insomnio del primer mes, no veía el momento de que le volviesen a engañar si era con Aitor con quién compartiría ese diminuto espacio y de buena gana parte del suyo. Hasta estaba empezando a acostumbrarse al placer de sentirse arrinconado.

El día que Alex decidió romper el hielo entre los dos, rondaban las cuatro de la mañana y la tranquilidad de la noche les acompañaba. Casi parecía que el canto de las chicharras fuesen al compás de las miles de estrellas que no dejaban de parpadear. Incluso, de tanta tranquilidad que se respiraba, hasta se podían intuir el incansable siseo de la cercanía de las olas.

Un termómetro de mercurio camuflado en un ancla de decoración de plástico gris, sobrepasaba el límite de la raya roja del mismo marcando con creces los veinticinco grados a la sombra que también se auto invitaban a la vigilancia.

Con tanto calor acumulado por las altas temperaturas que se alcanzaban durante el día de un verano más bien seco y un potente sol bañando continuamente con sus rayos la uralita del tejado hasta el ocaso, la flama que desprendía el techo ya era suficiente como para hacer sudar como pollos a cualquiera que estuviese dentro.

Alex odiaba cómo, fruto del calor, se marcaba el cerco en su ropa en la zona de las axilas pero, aliviado, pudo comprobar que no era el único cuando Aitor levantaba sus brazos dejando al descubierto también la huella de su sofoco a través de su camiseta de algodón azul.

—¡Joder, qué calor! —se quejaba Aitor secándose el sudor de su frente con la mano.

—Sí, yo también estoy sudando —le corroboraba Alex con una imagen de un Aitor sudoroso que no podía quitarse de la cabeza y con las ganas de que fuese él mismo el que provocase esa calentura.

—Me sobra hasta la ropa.

La combinación de un torso desnudo junto a unos labios carnosos que sobresalían por encima de su barba, no era lo mejor que le venía a Alex en ese momento que, solo con pensarlo, el calor que emanaba de la garita empezaba a quedarse en nada en comparación con el calentón que ese pensamiento le provocaba.

Con no más de un metro setenta de estatura, Aitor no superaba por poco la altura de Alex, aunque no se podía decir lo mismo en musculatura.

Todo lo que a Aitor le faltaba de alto para que Alex lo considerase como la talla ideal para su hombre perfecto, lo ganaba en musculoso y en aspecto de machote.

Una piel más curtida de lo que debería corresponder con un chico de dieciocho años y no solo por los tatuajes, daba a entender que, o tomaba más el sol de lo debido, o trabajaba a la intemperie denotando ese moreno albañil por el abuso del mismo.

Pero, lo que más desentonaba de ese chico que a Alex le quitaba la respiración, era la pasión con que ejercía sus imaginarias y todo aquello que le ordenasen y que estuviese relacionado con su adorada armada. Hasta Alex llegó a pensar que, cuantas más tareas le imponían a Aitor dentro del ejército, este más cachondo se ponía. Y, por lo tanto, más elevaba también el grado de excitación y de la obligación del deber del que tuviese al lado.

«Como todo lo que haga, lo haga con la misma pasión...», fantaseaba Alex.

—Tú parece soportar mejor el calor —envidiaba Aitor—. Yo por más que esté acostumbrado al sol, no consigo adaptarme.

—Bueno, será porque me he criado en este ambiente —se excusaba—. En verano no había un solo día que no lo pasásemos en la playa.

—¿Eres de aquí?

—Bueno, de un pueblecito cerca. Pero ahora vivimos en un barrio de Madrid.

—Yo vivo en el Barrio de Salamanca. ¿Te suena?

—Solo de oídas. He escuchado que es una zona de gente con dinero, ¿no?

—De gente con dinero y de buenas familias chaval. Lo mejorcito de Madrid —pronunciando más si podía su acento de gato—. Ya te digo yo que es el mejor barrio burgués de la capital y que ningún rojo se atreve a aparecer por allí. Faltaría más. De hecho se la ha denominado como: Zona nacional de Madrid.

—¿Y todo el mundo está de acuerdo con eso? —preguntaba Alex imaginándose por dónde iban los tiros de su compañero.

—Si te refieres al presidente Felipito, a nosotros nos la pela. Ese es un gobierno de muertos de hambre y nosotros hemos conseguido mantener vivo el imperio desde que falleció el Generalísimo. Con el sudor de nuestra frente —señalándose el mismo sudor que ahora le brillaba en la sesera—. Tenemos que salvar el honor de la raza española. ¿No crees?

—Creo que es lícito defender los ideales de uno. Pero no creo que haga falta hacerlo asaltando a la libertad de los demás o expropiándolos de sus derechos.

—¿Te refieres a los asaltos a la facultad de Derecho?

—También a los cines y a las librerías de las que consideran gente roja. Salió en las noticias el otro día que ciertos falangistas se querían adueñar de la zona.

—Jajaja —disfrutando con la conversación—. ¿Y también has visto a la gente que se le obligaba a cantar brazo en alto el Cara al Sol mientras tomaban café en una terraza? —sin poder parar de reír—. Esa sí que fue buena.

—Te llevarías bien con mi padre —contestaba indignado Alex—. Él es otro facha como tú.

Uno de los motivos por los que Pascual quería llegar a Madrid, era precisamente por comprobar con sus propios ojos que lo que contaban en los periódicos y en otros medios de comunicación era verdad y, una vez allí, posicionarse con aquellos con los que, por desgracia para Alex, compartía esa ideología.

No hacía falta ver la cruz gamada que Aitor llevaba tatuada en su antebrazo para darse cuenta del pie del que cojeaba, y ese no era el izquierdo precisamente.

—¿Ah sí? —preguntaba con recelo Aitor. Y tu padre es...

—Guardia civil. Bueno, para ser exacto: Sargento primero del Excelentísimo Cuerpo de la

Benemérita. O eso es lo que él siempre dice.

—¡Hostia! ¡Picoletto! —decía emocionado Aitor—. Entonces no lo dudes —expresaba orgulloso—. Los picoletos tienen un par de cojones bien puestos.

A Alex, esas palabras, le resultaban muy familiares.

—Así que, siendo hijo de quien eres, seguro que tú también los tienes cuadrados. De hecho, no hay más que verte.

Desde luego sí, después de la última contestación con respecto a su fanatismo político, el mismo que se reconocía como ultraderechista no actuó como otro de su clan lo hubiera hecho, ya no habría nada que pudiera entorpecer esa relación. Ya fuese de amigos, de amantes, o de cualquier cosa que se terciase. Incluso parecía que eso de tenerlos bien puestos, era un reclamo y un requisito indispensable para alguien como Aitor.

—¿Sabes? —volvía a decir Aitor—. Me gustas.

Alex, sorprendido de lo que acababa de escuchar, no sabía si tomárselo en sentido figurado de buen rollo como cualquier coleguita, o en sentido literal y saltarle directamente cual tigre en celo a la yugular. Por solo ser hijo de quien era, ya se había ganado su simpatía.

Pero, el letrero de esos ojos, únicamente no lo expresaban en sentido figurado y tenía que reconocer que, por muy facha que se considerase, el solo hecho de estar a su lado seguía erizando su piel.

—Aquí no. Pero mañana por la noche te espero en la playa. Bajo el puente —proponiendo en firme Alex.

Era una propuesta arriesgada en un todo o nada donde jugaba unas cartas inciertas con una buena mano para hacer póker o lo perdía todo en el intento.

Pero como decía una canción de un famoso cantautor al que su padre escuchaba incansable: El que no está dispuesto a perderlo todo, no está preparado para ganar nada.

Lo bueno fue que la apuesta más arriesgada que había hecho nunca, tuvo su mejor recompensa.

Cuando caía la noche y la oscuridad ya ocupaba su mejor lugar, uno de los cuerpos ya esperaba de pie en la penumbra donde el agua espumosa acariciaba una tierra blanca y fina y donde la subida de la marea ya se había encargado de arrastrar los restos de las conchas más desfavorecidas.

Descalzo con unas sandalias negras de cuero en su mano izquierda y el bajo de su pantalón cubierto de arena, Aitor se tomaba con calma la llegada de Alex fumándose un cigarrillo y desentonando a lo lejos por el color rojizo del pitillo al quemarse.

Era curioso cómo, a medida que Alex se acercaba, se le agudizaba más la vista y conseguía ver cada vez mejor mientras aclaraba la viva imagen de ese paciente hombre en la orilla hasta el punto de encuentro de ambos. A pesar de las centelleantes luces que saturaban el paseo marítimo, a nadie, por más que mirasen, se le hubiese ocurrido que alguien se encontraba a pie de playa en ese instante.

La camisa blanca de lino abotonada solo hasta la mitad dejando al descubierto el tatuado torso de Aitor, se acompasaba al son de la brisa marina.

La última bocanada de humo que soltaba al ver a su compañero acudir a su encuentro, lo acompañaba con la estela de un consumido cigarro hiendo a parar al mar.

Alex, en esos inminentes y enigmáticos segundos que precedían a un inevitable contacto físico y a un provocado encuentro por su parte sin mirar atrás, prefería solamente sentir la planta de sus pies, dejar su mente en blanco y dejarse llevar por lo que fuese que tuviese que pasar.

Y pasó.

Ya notaba el aliento del tabaco contaminando su espacio vital cuando Aitor arremetía de forma pasional contra él comiéndole la boca nada más tenerle cerca sin siquiera darle tiempo a saludarle.

Todo un mundo de sensaciones se agolpaba entonces en el centro de su pecho como si un universo entero con todos sus planetas dando vueltas sobre sí mismos dejasen de girar sobre su propio eje para llevarle en dirección contraria y volverle más loco todavía.

Si se podía.

Y sin dejar de lado el centelleo puntiagudo que subía hasta su lengua y salía disparado por todos los rincones de su cabeza.

—Lo siento —se disculpaba Alex al no poder disimular sus nervios—. Es la primera vez que estoy con un hombre.

—No pasa nada, tú solo bésame.

Esa noche, Alex se apoyaba contra la columna de ese puente desnudando regiones escondidas de su cuerpo para ser desvirgadas por primera vez y Aitor exploraba la esencia de una virilidad mucho más recóndita hasta ahora desconocida.

El dolor y el placer se entremezclaban junto al aliento del mar y se fusionaban con el aroma de las caracolas, los golpes de jadeos y sal y el sutil toque que emanaba de la clorofila de las algas.

Entonces a Alex no le quedaba duda, Aitor sí que le ponía la misma pasión a todo lo que hacía.

El torrente pasional de sangre que aún recorría cada una de sus venas al terminar, se desinflamaba de forma paulatina mientras se subían los pantalones y se tumbaban unificando su piel a la del océano donde la vida misma había tenido su origen.

—Creo que vas a ser el mejor recuerdo que me lleve de aquí —decía Alex, sintiendo el contraste en su espalda de la humedad del suelo y del cuerpo caliente de su amante—. Todavía me parece increíble lo que acaba de pasar. —Con su respiración aún acelerada.

—Lo que acaba de pasar no ha pasado —rompiendo Aitor la magia del momento—. Nadie tiene que saber lo que acaba de pasar aquí y espero que tu no vayas de chivato.

—Claro. Me encantará cuando se lo cuente a todo el mundo y lo único que quieran sea tacharme de maricón y destrozarme la vida —ironizaba Alex—. Lo estoy deseando.

—Bueno. Yo lo digo porque, precisamente, se nos caería el pelo a los dos —comentaba un Aitor ahora más calmado—. Pero la verdad es que sí. Ha sido la hostia.

A Alex, tras tener sexo con otro militar, en seguida le vino a la cabeza una de las historias más románticas e impactantes que le enseñaron en clase de Arte sobre El batallón sagrado de Tebas y que le marcó con creces.

Compuesto nada menos que por la friolera cantidad de ciento cincuenta parejas de amantes varones, se alzó la infantería más victoriosa de la antigua Grecia donde, entre aprendiz y maestro, aumentaban su capacidad combativa tras un duro periodo de instrucción.

En aquella época se creía que el vínculo homosexual tenía ventajas militares puesto que un batallón cimentado por la amistad y basado en el amor, sería invencible ya que los amantes, avergonzados de no ser dignos ante la vista de sus parejas de guerra, se arrojarían al peligro con una convicción casi suicida y resistirían ante la extenuación a cuenta de protegerles o de vengar el cadáver de su amante.

Era casi como arrojarse a los brazos de la muerte pero con la única convicción de hacerlo por amor.

Alex casi se podía imaginar cual espartano protegiendo la vida de su amado ante los ataques del mundo aunque, en otro siglo y bajo secreto de sumario.

—Será mejor que nos vayamos —proponía Aitor aún tumbado—. Habrá que llegar antes de que toquen diana.

—Yo ahora, lo único que quiero, es que llegue de nuevo la noche.

Y es que, a diferencia de Leyla, Aitor sí que sabía cómo llevarle al éxtasis independientemente de las veces que se viesen o por más que tuviesen que repetir la misma escena de siempre.

Al día siguiente la bandera no había hecho más que subir hasta lo más alto del asta al ritmo de corneta, cuando el sargento del cuerpo de marines se presentaba ante la formación para dar la orden del día y se llevaba al valiente que, a pesar de tener recién sacado el carnet, se atrevía a llevarle al hospital de Marinería de Alicante y permanecer allí durante toda la mañana ganándose así el privilegiado puesto de chófer.

Alex, atesorando todavía el subidón de adrenalina de la noche anterior, fue el más valiente de todos al dar un paso adelante y, así, ganarse el respeto de los más pusilánimes, además de garantizarle un buen trabajo y una forma de hacerse un hueco y poder enaltecerse ante los ojos de Pascual.

Pues estaba seguro que, el simple hecho de servir a un cargo superior, ya sería un orgullo para su padre.

«Ay, papá, si supieses de la misa la mitad».

Lo que no sabía Alex era la sorpresa con la que se iba a topar al llegar al susodicho hospital y al comprobar que los rumores que se extendían sobre este eran verdad.

¿Quién se iba a creer que las monjas, ninguna llegando a la treintena y de buen ver, se ofrecían para tener sexo anal para el gusto y disfrute de ellas mismas y de los militares jovencuelos a falta

de consumir?

Pues sí, todo aquel que llegase hasta el hospital y tuviese la oportunidad de permanecer unas horas merodeando por allí, podría ser el afortunado de una propuesta más que interesante por las que, a ojos de los soldados le faltaban las bragas y, a ojos de los demás, se mostraban recatadas enfundadas en sus hábitos impecables de hermana.

Mucho ojo había que tener cuando una de esas novicias dedicadas a tiempo parcial al cuidado de los enfermos, se saltaban su voto de castidad y te arrastraban prácticamente en contra de tu voluntad para satisfacer sus propios deseos mundanos, pero siempre por la parte de atrás, para no correr riesgos innecesarios.

Aunque había que reconocer que, ante tal tentación, eran muchos los que caían en sus samaritanas redes y pocos los que se resistían. Entre ellos Alex.

Sor Marina fue la que le echó el ojo en la entrada principal cuando estaba en plena captura de su siguiente recluta y un novato despistado se le cruzaba en busca de la cafetería leyendo los carteles colocados en la entrada.

No le hizo falta poner mucho énfasis para pensar su coartada y salir a la caza de su presa tras olfatear el olor de cada novato e inexperto que salía por el cuerpo de ese atractivo combatiente.

—¿Te puedo ayudar? —preguntaba sonriente Sor Marina interponiéndose en el desayuno de Alex.

—Ah, hola —contestaba sorprendido—. Pues mira acabo de ver dónde está la cafetería. Te lo agradezco pero creo que sabré llegar.

—¿Te refieres a la cafetería que te indica el cartel?

—Sí, a esa misma.

—Es que esa está ahora cerrada por obras. Ven. Yo te acompaño hasta donde está la otra.

Alex se quedó pensativo por un momento sin saber muy bien si seguir a esa mujer con cofia era la mejor decisión que debía tomar, aunque, viniendo de donde venía, la idea de no hacerla caso tampoco era de lo más descabellado que le podía pasar.

—¡Vamos! —incitaba esa monja adelantándose unos pasos a los de Alex—. No te preocupes que no muerdo. —guiñándole un ojo seguidamente.

Alex, iluso de él, la seguía hasta colocarse a su lado y equiparar sus rápidos pasos a los de ella. Muy ciego había que estar para no percatarse del ostentoso pavoneo de caderas de esa mujer y del evidente coqueteo con el que le hablaba cada vez que se dirigía hacia él.

En su embeleso por la coquetería de Sor Marina y el flirteo que se traía con él, Alex se percataba de la entrada a la cafetería una vez que, de pasada por el pasillo, se alejaban de ella como si llegar a otro urgente destino fuese lo primordial. Al ritmo rápido de la forma de andar de la que, más que acompañaba seguía, había que añadir su rápida e incansable verborrea.

—Perdona que te interrumpa —reprimiendo las ganas de hablar continuas de la chica—. Pero,

¿no era ahí adonde debíamos ir? —señalando ya desde unos metros la cafetería que dejaban a sus espaldas.

—Sí. Era esa —sonriendo divertida con algo de malicia y sin dejar de andar para que su acompañante no se parase —pero creo que te lo pasarás mejor aquí.

Un giro inesperado dando esquinazo al resto del mundo junto a un tirón de brazo por parte de Sor Marina, empujaba a Alex haciéndole tropezar y cayendo sobre ella al mismo tiempo que se abría una puerta y se desplomaban juntos sobre el suelo apareciendo de repente en un cuarto con trastos en desuso que parecía abandonado.

—¡Ay! —exclamaban los dos fruto del golpe que se daban provocado por la caída.

—Pero, ¿estás loca? —regañaba Alex a la novicia—. A punto hemos estado de habernos matado —gruñendo mientras se levantaba del suelo.

—Anda, no seas exagerado —tumbada todavía—. Es que no quería que te escaparas.

—¿Escapar? —aún atónito.

—Sí. Antes de que te dices cuenta de porqué te he traído.

El vestido levantado de Sor Marina y la falta de ropa interior, dejaba entrever la total desnudez de su entre pierna como recién venida al mundo.

Alex lo miraba estupefacto sin dar crédito a lo que estaba viendo, no tanto por lo que era, sino por proceder de quien procedía y tener el aspecto tan pelón que tenía.

—¿Qué pasa? —preguntaba Sor Marina destapándose más todavía—. ¿Es que nunca has visto uno?

—Desde luego, viniendo de una monja, es lo último que esperaba ver.

—Pues espera a probarme —seguía diciendo ella ya en pie al acercarse a él y acorralarle—. Eso sí, con el preservativo por delante.

Para colmo de la situación, la novicia sacaba de uno de sus bolsillos un condón de la marca Durex para entregárselo como el que entrega un bolígrafo. Con total naturalidad. Estaba claro que esa mujer sabía de sobra lo que se hacía y no lo hacía por primera vez.

—Cógelo, no seas tímido —mientras se lo ofrecía levantándose el hábito de espaldas a él, preparándose para sentir a su nueva víctima.

—¡Ni de coña! —exclamaba Alex cogiendo el preservativo y tirándolo al suelo—. No pienso ser tu marioneta —empujándola despacio hacia adelante para quitársela de encima pillándola desprevenida—. Si tienes ganas de marcha será mejor que te busques a otro.

—Bueno, tú te lo pierdes —recogiendo de forma digna el condón que Alex acababa de tirar y mermando su efusividad—. Es una pena que siendo tan guapo seas tan estrecho.

—¿Ah sí? Pues tu es una pena que pareciendo tan santa seas tan fresca.

—Volverás —terminando por guardarse de nuevo el preservativo de donde lo había sacado y atusándose el hábito para salir airosa como si no hubiese pasado nada y con la cabeza bien alta.

—Menuda loca —sacudiéndose él también el uniforme de faena y saliendo por la misma puerta por la que segundos antes lo hacía ella.

Ahora, completamente arrepentido por haber hecho caso a esa mujer supuestamente casada con Dios, caminaría en sentido contrario deshaciendo el camino que le había llevado hasta ese cuarto del demonio dirigiéndose, ahora sí, a por su deseado café.

Sumido todavía en la confusión de lo vivido y con la mente alborotada, Alex pensaba que todo esto tenía que ser obra del mismo Belcebú porque si no otra explicación no la encontraba.

«Tengo que contárselo a Martina», siguiendo en sus trece. «Va a flipar».

Y, ni corto ni perezoso, y por más que pareciese increíble que su primer fin de semana libre llegase tras cinco meses de alistamiento, dejaba a un lado su estancia en el cuartel para vestirse de civil, coger un paquete pequeño que guardaba meticulosamente en su taquilla y llevar a cabo uno de sus fieles propósitos.

Había pasado, casi sin darse cuenta, de ser un mindundi recluta a considerarse casi un abuelo en la jerga utilizada en la Marina y le constaba que ese tipo de permisos, y este era su caso, no se estilaban mucho por lo elevado en kilómetros y las pesetas que suponían esos viajes tan lejanos.

Y tan lejos como estaba Madrid y tan tirante el ambiente siempre en casa, la única pena que le quedaba a Alex era el no ver a su madre y a su hermana y darles esos enormes abrazos que telefónicamente se mandaban. Nada como estar fuera de casa para darse cuenta de lo que a uno le falta.

De las mil quinientas pesetas que el Ministerio de Defensa le pagaba al mes, ciento sesenta y cinco fueron destinadas a un billete de autobús que no solo le llevaría rumbo al lugar elegido, si no a redescubrir una inocente y añorada ilusión que no sentía desde hacía años.

A pesar de las indicaciones del conductor, Alex reconocía su parada final como si esas longevas palmeras enraizadas decorando la avenida, le hubiesen estado esperando toda la vida. No era la primera vez que pasaba por allí cuando sus padres decidían ir a la capital a comprar o pasar la tarde en el cine.

Saludando con una mano al conductor que le visualizaba a través del espejo retrovisor, le daba las gracias al cochero y bajaba de forma ligera para que no se demorase en volver a arrancar.

La fachada de ese edificio pintado en color beige con cuatro columnas sujetando la entrada y con una singularidad que decididamente lo caracterizaba, se postraba ante él y ante unos veinte escalones que eran los únicos que se interponían entre él y su cometido.

—Bueno. Allá voy —se decía ante la cuesta escalonada.

Y siguiendo a todas las personas que como él no querían perderse el espectáculo, Alex imitaba a la marabunta de gente formando parte también de su oleada.

Los focos del salón de actos se apagaron nada más llegar y Alex se sentaba en los últimos asientos que quedaban disponibles y en los que, sin duda, se camuflaría ante cualquier intentona de quien fuese que quisiera buscarle. Tan solo una lámpara de araña de cristal y oro cromada que destacaba por su exquisitez, iluminaba con una tenue luz la zona central de la sala.

Era imposible que la bailarina más guapa de todo el conservatorio estuviese más bella.

Así que, sin perderla de vista durante los tres cuartos de hora que ella protagonizaba y teniendo en cuenta la puerta de salida para que nadie le obstaculizara, Alex salía de allí antes de que La Danza de los Cisnes diese a su fin y encendieran de pronto todas las luces.

Una vez fuera sentado en uno de los bordillos que rodeaban una enorme y también carcomida palmera, sacaba toda la paciencia del mundo para que la escuela se vaciase de espectadores y dar paso, media hora después, a los artistas que habían representado la primera danza de ballet que Alex veía en su vida.

Aunque, después de tres largos años, el cisne negro que él recordaba nada tenía que ver con la estilizada figura y la frescura de ese cisne ahora de color blanco que, inmerso en la interesante conversación con su compañera de reparto, no se percataba de la presencia del que llevaba casi una hora esperando.

Retirándose con la mano el pelo rojizo y suelto que le caía sobre la cara, alzaba su mirada por fin al bajar el último peldaño. El sol del verano había acentuado aún más las pecas de su cara y su color de piel ya no era tan rosado. Sus ojos abiertos como platos no podían darse más de sí al ver a quien no veía desde hacía años.

—¡Alex! —pronunciando Martina su nombre con un grito ensordecedor—. ¡Estas aquí! —corriendo a sus brazos dejando a su compañera de lado—. Pero, ¿qué haces aquí? —sin dejar de reír—. No me puedo creer que hayas venido.

—¿Y qué te pensabas? ¿Que me iba a perder tu debut? —abrazados todavía.

—Pero, ¿cómo lo has sabido? ¿Y por qué no me has dicho nada? —casi zarandeándole nerviosa mirándole a la cara.

—Tu madre se lo dijo a la mía y, coincidencias de la vida, resulta que me han dado permiso para irme fuera este fin de semana y mira, aquí estoy. Quería darte una sorpresa.

—¡Gracias! —dándole un fuerte abrazo de nuevo—. ¿Y esa caja? —señalando el paquete del que Alex no se separaba.

—Ah, sí. Se me olvidaba. Toma —ofreciéndoselo a ella—. Es para ti.

A Martina la desbordaba la emoción del momento y fue Alex el que tuvo que terminar de abrir la caja por ella. Unas intactas alas de mariposa de color violeta era lo último que Martina se esperaba encontrar y lo que ese paquete custodiaba.

—Mis alas... —las cogía conmovida por haber sabido cuidarlas y guardarlas tal y como ellos habían dicho—. Están igual que cuando te las regalé —su voz enternecida, junto al puntual y sentimental momento, enternecía también a Alex.

—Hicimos una promesa y he venido a cumplirla.

—Vaya. Parece que los pactos de saliva funcionan de verdad —haciendo sonreír a ambos.

—Bueno, eso y tener el valor de llevarme la caja a la mili. ¿Tú sabes lo que me ha costado ocultar la dichosa cajita para que nadie la viese?

—Jajaja, imagino que habrá sido todo un show.

—Uff. Ni te lo imaginas.

—Madre mía no sabes la ilusión que me hace verte.

—Más ilusión me hace a mí.

—Ven. Te llevaré a mi habitación para que la veas y de paso dejamos el regalo.

Agarrada como una lapa al brazo de su mejor amigo con la intención de no dejarle ir jamás, Martina le llevaba, sin pausa pero sin prisa, al edificio contiguo.

Chicos y chicas corriendo en mallas, caminando con botines de tacón o con punteras, con sudaderas enormes dos tallas más grandes, faldas con volantes o simplemente con los pies al aire, era la diversidad que se encontraban por los pasillos de la residencia.

Pero la habitación de Martina no se quedaba atrás. Lo suficientemente grande como para que cupiesen tres camas individuales, cada parte del cuarto parecía un corta y pega desencajando completamente con la decoración que cada dueña adaptaba a su imagen y semejanza sin tener nada que ver con el estilo artístico que estudiaban.

Alex, nada más entrar, supo diferenciar cuál era la esquina donde su amiga dormía y la visualizaba, sobre su almohada, con los sueños que compartían las tardes de disfraces y bailes y fantasías inimaginables, pues no había más que echarle un vistazo rápido para comprobar el encanto que, como ella, desprendía con su cadeneta de luces como cabecera, su manta de crochet en tonos morados medio colgando de la cama, su pared pintada en color rosa y, como colofón final, un vinilo de una bailarina colocándose una zapatilla acaparando ese mismo trozo de pared.

Sin duda, todo Made in Martina.

Las alas de mariposa violetas fueron a parar a la estantería situada sobre el escritorio que la correspondía también cerca de donde dormía.

—Aquí estarán bien —comentaba Martina mientras las colocaba—. Las miro y parece que haya pasado una eternidad. A mis compañeras les va a encantar.

Esas alas daban fe de todos los recuerdos que atesoraban.

—Y estoy segura que tú también les encantarías —dirigiéndose a Alex—. Pero prefiero que salgamos a la calle y seamos el temblor de Alicante. ¿Te parece bien?

—Estaba deseando que me lo pidieras.

En realidad, la promesa de aquellos dos niños de compartir aquel adorno simbólico ahora perteneciente a los dos, se perdía tras el transcurso de los acontecimientos y la madurez de sopesar lo que era mejor para cada uno.

Martina recogía de nuevo ese símbolo que los había unido a través de la distancia sin poner peros ni pedir porqués ante lo que se daba por hecho y se evidenciaba dejarían de compartir a partir de ahora.

Y, sintiendo la necesidad de explicarse, aunque Martina nunca se lo hubiese pedido, Alex

aprovechaba su primera parada en un pequeño pero acogedor bar que también daba cobijo a los futuros artistas de la misma escuela donde recién salían y donde un ambiguo entorno lo motivaba más a desembuchar.

Ese marinero de agua salada estaba más que dispuesto a colgar sus zapatillas de ballet para dedicarse a lo que ya venía observando cinco meses atrás. Desde que transportaba a su sargento al hospital y se tomaba su café, las mañanas de espera le habían servido para algo más que sentirse una presa en caza, también su buena fe se dejaba ver ayudando a vestir y transportar pacientes hasta la ambulancia o prestarse voluntario en todo lo que surgiese y estuviese adaptado para ello. De ahí que pudiese respirar más de cerca el ambiente hospitalario y llegase para su sorpresa a calarle hondo. Nunca pensó que su futuro inmediato lo tuviese tan claro y menos para estudiar algo que jamás se hubiese planteado. Instruirse en una carrera de medicina.

—¿Salvar vidas? —le preguntaba Martina extrañada.

—Salvarlas o ayudarlas a que se vayan de este mundo de una forma digna.

—Bueno, seguro que más de uno estaría encantado de que le hicieras el boca a boca —realizando un entrecomillado en las tres últimas palabras.

—¿Celosa?

—¡No seas tonto! —entre risas—. Aunque lo estaré si me cambias por una bata blanca y te olvidas de mí. Ya que no vamos a estudiar juntos...

—Sabes de sobra que eso no pasará. Pero lo que si puede pasar es que hagamos de esta noche, una noche inolvidable.

—Jajaja. Ya lo está siendo.

Y entre la primera y la segunda copa, saboreaban tanto el sabor del ron como el placer de estar acompañados el uno del otro y de las batallitas que no podían faltar en ese reencuentro pero ahora vistas con otros ojos.

Quien le iba a decir a Alex que el recuerdo de un pantalón mojado en clase, más fruto del miedo que del propio pis por aguantarse más de lo debido después del acoso que sufrió, iba a ser motivo de risas y de autocríticas favorables demostrándose a sí mismo que, lo que no te mata te hace más fuerte, o que la verdadera suerte existe al haber podido evitar siempre que Pascual no estuviese en casa las tardes que jugaban ya que, de haberlo sabido, se hubiese acabado para siempre su amistad.

—Siempre terminabas yéndote a casa hecho unos zorros —comentaba Martina a carcajada limpia—. Si no era por la purpurina, era por el brillo de labios.

Alex la hablaba de unas experiencias tan dispares como que era el chófer del sargento, que había aprendido a limpiar un fusil de asalto o que le castigaron a pelar patatas durante un día entero y otras tan intensas donde el nombre de Leyla y de Aitor salían a la palestra y donde ella le escuchaba con la misma atención de antaño sin desviar su mirada, pero sin poder aportar nada más interesante a lo que él confesaba.

Martina, sumida en lograr su objetivo y conseguir una beca en la Royal Ballet School, se había

marcado objetivos que apuntaban muy alto y eso priorizaba antes que el amor. Esta, en confianza, confesaba que aún no había escuchado a su tendencia sexual intrínseca prefiriendo al sexo masculino antes que al femenino ni, por el contrario, no descartaba fijarse en esas maravillosas mujeres que removían sentimientos en ella de la misma forma que esos maravillosos hombres.

Sería por eso por lo que, dejándose arrastrar por un sentimiento hacia ambos por igual, Martina se mantenía a la espera de que fuese un alma la que le enamorase y no un físico acorde a lo que llamaban naturaleza sexual.

—Me gustan los dos sexos por igual —confesaba cabizbaja y con algo de rubor a Alex—. Pero de momento solo mi corazón lo sabe.

—Tu corazón y yo —sonriéndola de forma tierna y elevando su cara hasta encontrar de nuevo su mirada—. ¿Te acuerdas de la frase que le dice la Reina Blanca a Alicia?:

*«No debes vivir tu vida para complacer a los demás».*

«La elección debe ser tuya», pronunciando los dos a la vez las últimas palabras en una conexión perfecta.

Y sin pasar por la casilla de salida ni esperar a que su dado mostrase el cinco tan deseado para mover ficha, esos dos grandes amigos con miles de cosas aún por contarse, se encaminaban con lo puesto hacia el siguiente bar sin soltarse.

Era como revivir un pasado no tan lejano y, a su vez, experimentar de nuevo un sinfín de posibilidades donde ya no tendrían que esconderse para bailar o para mostrar una verdad sin filtros manteniendo ese genuino comportamiento al que ellos si estaban acostumbrados pero no el resto del mundo. Y no pasarían desapercibidos.

A cada garito que les invitaban ahí estaban ellos con sus chupitos, sus pasos de baile y el destello tan peculiar que les perseguía como sello.

Como esos sellos grabados a fuego cual lacre cerrando el sobre y que jamás se borran de la memoria del alma o del olor de un buen perfume que te abraza como si no hubiese un mañana. Tan solo ellos pudieron volver a sentir el calor del otro para unir la mente, el cuerpo y el espíritu. Todo lo demás sobraba.

Lo que Alex ni se podía imaginar era dónde, por las cosas del azar, Martina y él terminarían su último baile poniendo así un broche de oro a un amanecer inolvidable.

Cuando los bares cerraban cumpliendo a raja tabla el horario establecido a altas horas de la madrugada y ya no les quedaban muchos sitios más que recorrer, un animado grupo de chicos de similar edad, caminaban animados entonando canciones de Locomía y con banderas de colores en las manos que agitaban de un sitio para otro como reclamo para todos aquéllos que quisieran acompañarles.

Martina no pudo evitar la tentación de seguirles arrastrando a un Alex deseoso de ser uno más de la pandilla pero algo atemorizado por las formas de vestir y de actuar de ese grupo de chicos tan peculiar y algo diferente a lo normal. Bueno, en otras palabras, con el estilo con el que él se familiarizaba pero que por nada del mundo nadie allí podría averiguar si no hubiese sido porque la imagen de Aitor desentonaba entre ellos.

—¿Aitor? —se preguntaba Alex en voz alta a sí mismo sorprendido por coincidir con él en el mismo lugar e incrédulo de verle en esa tesitura sin importarle nada más.

—¿Alex? —contestaba este con sorpresa también—. ¡Alex! —confirmando que, efectivamente, era él sin dejar de ondear su bandera—. ¡Venga! ¡Síguenos!

Y, en cierta forma, agradecía que no le quedase más remedio que seguir a su amiga y a su reciente amante hacia dónde fuese que quisieran llevarle, aunque no había que ser demasiado listo para intuir el ambiente del que se trataba ni encontrar mejor compañía con quién compartirlo.

Y eso empezaba a gustarle.

Un arcoíris por letrero dibujado justo encima de la puerta del garito, debería de ser el emblema que muchos de ellos llevaban por bandera.

Ese trío recién ampliado por dos nuevos integrantes de la original comitiva, se adentraban cogidos de la mano uno detrás de otro a modo de cadeneta. Todos coincidieron en que fuese el mismo Aitor el que los guiase quedando Martina la última de la fila justo detrás de Alex para no perderse entre tanta gente apiñada en su mayoría hombres.

—Madre mía —alucinaba Martina no sin antes ver cómo Alex se mostraba boquiabierto ante tal espectáculo. Al parecer ese tipo de bares existían de verdad.

Martina y Alex se miraban con una gran sonrisa ante la imposibilidad de hablar por la música alta y por un sonido electrónico que nunca antes habían escuchado pero que el ritmo incansable de sus cuerpos no dejaba de lado.

Un ritmo imparable y desconcertante que incitaba a bailar, a descubrirse el torso y a comerse sin tapujos el uno al otro mientras una música, lo que muchos considerarían demoníaca, resonaba en vibración con los altavoces pegados al suelo y con el sudor y la adrenalina tan contagiosa para todos.

De hecho, esa pura adrenalina fue la que llevó a Aitor a besar a Alex y, a su vez, a incluir en su dueto a Martina donde los besos entre los tres se paseaban de unos labios a otros sin miramiento y sin pedir permiso para hacerlo desnudándose de forma conjunta de cintura para arriba para restregar sus manos, sentir sus cuerpos y compartir fluidos.

Pero sin duda, lo más espectacular que les parecía de todo, eran dos hombres subidos en unas tarimas una frente a la otra, cuyas partes íntimas solo las cubría un tanga de cuero negro y cuyos zapatos se trataban de unas plataformas enormes que coordinaban a la perfección con unas enormes alas de ángel colocadas a sus espaldas y que conjuntaban con un maquillaje donde la serpiente era la protagonista.

Martina comenzó a mirar a su alrededor y sintió cómo una burbuja de silencio la envolvía mientras observaba a esos hombres besándose, bailando, bebiendo y sintiéndose libres de una forma muy suya sin pensar si estaba bien o mal y sin juzgar a nadie ya tuviesen pechos cubiertos o pectorales al aire libre.

Se dio cuenta entonces que las fiestas paganas no solo estaban sacadas de libros de texto y que si se quiere se puede apostando por ser ella misma una más de ellos.

Perdiendo por completo el sentido de la hora y de la orientación, el reloj Casio de color plateado de Martina ya marcaba las cinco de la mañana la última vez que lo encendió para ubicarse en el tiempo y de eso habían pasado más de dos horas.

Y, aunque no queriendo pero teniendo claro que todo lo bueno tiene que acabar si no queremos que se convierta en una cosa más, el cierre para todo el mundo llegaba a las siete de mañana hora en la que el amanecer también les acompañaba y los vecinos del barrio podían descansar.

Necesitando algo más que un ambiente cargado de lujuria y desenfreno para poder respirar, el portero les indicaba la puerta de salida y la suave luz del día les devolvía a la realidad y les invitaba a poner los pies sobre la tierra.

De hecho, de camino a la playa para poder despejarse, un Monumento en la Plaza del Mar dedicado al soldado español, ya les recordaba donde tendrían que volver esa misma tarde por si con el subidón del momento lo habían olvidado.

—Hay que joderse —replicaba Aitor al ver esa estatua—. ¿En serio no había otro camino?

—Jajaja —se reía Martina—. Claro que lo hay Aitor, pero ahora no estoy para pensar mucho. Mirad, aquí la tenéis —señalando al frente y quitándose las manoleínas con sus propios pies —os dije que merecería la pena.

Ante ellos y bajo una promesa de que era la mejor, se dibujaba una kilométrica playa de agua azulada ondeante y serena, una pequeña isla de roca en medio del mar y un par de diminutos pescadores a lo lejos que, al igual que ellos, permanecían sin dormir pero con otra finalidad mucho más diferente.

—La verdad es que es espectacular —reconocía Aitor sin dejar de mirar.

Ese lugar al aire libre y con una mullida arena, fue el colchón, el alojamiento y el mejor lugar que pudieron encontrar para terminar el día y un fin de semana que no olvidarían jamás.

Fue ya rondando las diez de la noche una vez vista la puesta de sol, cuando esos tres cuerpos resacosos y con una dosis extra de vitamina D, esperaban en la marquesina de metal roja que les llevaría de nuevo al cuartel y donde Martina y Alex pasarían de nuevo el trago de tener que despedirse.

—Ni se te ocurra estar otros tres años sin verme —amenazaba de broma Martina—. Ni a ti irte a Londres sin avisarme. Estoy seguro que te espera un buen futuro y que conseguirás todo aquello que te propongas. Solo hay que ver lo cabezota que eres —guiñándole un ojo.

—Habló —sacándole la lengua.

—En cuatro meses volveré a Madrid. Te espero allí para incendiarla. Además El Retiro te iba a encantar.

—Mmmm. Fiesta y turismo. Me gusta —sonriéndole como solo ella sabía.

—Cuídate mucho y no dejes de quererme —abrazándola fuerte.

—Ni tú a mí.

Se dieron un último adiós desde la ventanilla y Alex echaba un último vistazo para verla cada

vez más lejos hasta el punto de dejar de divisarla. A pesar que un sentimiento de tristeza se apoderaba de su pecho al pensar que no sabría cuando volvería a verla, lo compensaba con sentir que ese fin de semana habían recuperado con creces todo lo que la distancia les había arrebatado durante todo este tiempo.

Pero lo que Alex tampoco quería desaprovechar era el poco tiempo que le quedaba con Aitor ante una cercana jura de bandera y una gran incertidumbre de lo que sería de sus vidas una vez que jurasen lealtad y fidelidad a la bandera española y, como diría su padre, a toda la nación que representaba.

Era cierto que Aitor vivía en Madrid, pero a él empezó a conocerle en un ambiente de autoridad y del morbo que ese mismo albedrío les provocaba y era difícil pensar si una vez fuera del escaparate esa furtiva relación tendría un buen final.

De todos modos y, por si acaso, como no podía ser de otra manera a pesar de la insistencia de Alex, Aitor se apuntaba las señas exactas de la casa que este mismo le dictaba, única y exclusivamente por si, por casualidades del destino, Aitor decidiese volver a verle.

El conjunto de un grupo importante en número de voces masculinas gritando: Viva España y viva el rey, daban por finalizada la ceremonia realizada en el mismo lugar de donde Alex partía doce meses atrás y donde Pascual, acompañado de su mujer y de su hija, podía recrearse por el ambiente militar que se respiraba en cada esquina.

Tras el último «rompan filas» ordenado a los licenciados, vinieron seguidamente sus gritos de alegría acompañados de lanzamientos al aire de las gorras sobre todo de aquellos que, durante el periodo militar, habían conseguido sobrevivir a duras penas y ahora regresaban a casa más hombres ante los ojos de toda su familia y, lo que era más importante, ante los ojos de la novia.

Aitor debería haber madurado un sinfín de años en su ausencia cuando sus padres le abrazaban con énfasis comprimiéndole entre ellos y una chica joven, que Alex interpretaba como su hermana, se quedaba esperando su turno para estrujarle también.

Sin querer poner la vista en otro lado que no fuese en ese soldado que le había mostrado otra forma de experimentar, Alex se frotaba los ojos cuando, esperando a ver la reacción de su hermana, le plantaba un beso en los labios de más de diez segundos y se morreaban sin pudor celebrando así el comienzo de una nueva etapa.

Al parecer esa supuesta hermana o la esperanza de que lo fuese, resultaba ser la ansiosa novia que esperaba a su hombre de pelo en pecho y que, a pesar de su efusividad, ese novio ahora más maduro solo demostraba su supuesta alegría hacía ella dejándose llevar. Qué más hubiese querido esa mujer que le besuqueaba con descaro, que Aitor demostrase con ella la mitad de la impulsividad varonil que se gastaba con él.

«Ahora entiendo por qué no quería darme su dirección», pensaba Alex atando cabos.

Aunque por un instante el corazón de Alex se nublase como un día de lluvia, no podía permitir que su ánimo decayese y su dolor perjudicase a esas dos personas que sabía le esperaban con ganas y con el mismo afán que él las esperaba a ellas. Después de ver la fría y forzada reacción del que acababa de demostrar que vendía una imagen de sí mismo falsa, se alegraba de que en la relación que conservaba con su madre y con su hermana, no existiese ni trampa ni cartón y todo

fuese real.

Tras analizar fríamente la situación, la mirada de Alex enseguida intentaba localizar a Trinidad y a Aitana para darlas uno de los abrazos más importantes que Alex había dado nunca. Para Pascual tanto como para él, un fuerte apretón de manos y unas collejas a su hijo fueron los únicos indicios de cariño mutuo que se demostraron.

Y probablemente los últimos.

No eran muchos los kilómetros en coche que separaban su casa desde El Goloso, pero sí los suficientes como para ir preparando a su familia sobre el giro que, aunque decidido en última instancia, quería darle a su vida y a su futuro más inmediato.

Los cuatro miembros de la familia, alegres por contar de nuevo con el componente que faltaba y poniéndose al día de las últimas noticias sobre todo de Aitana, compartían un agradable rato en un minúsculo habitáculo que a Alex, sorprendido por el recibimiento y por el buen humor del momento, le pareció que era lo más cercano que habían estado nunca.

Quizá y con más razón, debería aprovechar la armonía familiar para seguir adelante con su cometido y, como decía su compañero el andaluz con el que compartía litera, que salga el sol por Antequera.

Nada más aparcar el coche en el parking subterráneo, a Alex le pareció percibir el inconfundible olor a hogar que tanto había echado de menos y que su olfato le volvía a recordar pensando así que en su casa quizá no se estaba tan mal como él lo recordaba.

Pero también guardaba siempre la esperanza de que se pudiera mejorar.

Como también guardaba la esperanza de que, esa maravillosa armonía que se respiraba en el coche, no fastidiase ese ambiente al poco de dejar su petate.

Hasta el momento, esa paz en el hogar que le ayudaba a disfrutar también de su vuelta y a digerir esa larga temporada fuera de su casa, le regalaba una visión de su cuarto diferente a la perspectiva de siempre. Al final, iban a tener razón con eso de que estar lejos del redil te obligaba a madurar sobre todo si es rodeado de soldados uniformados.

¿En qué momento se le ocurrió colgar un póster de la famosa cantante Sabrina justo después del escándalo de la nochevieja del ochenta y siete, colapsando la centralita de televisión española con los espectadores más indignados por el despiste de esa exuberante italiana?

Ese pecho asomando por su ajustado top mientras cantaba al ritmo del éxito musical de la temporada, no dejaba indiferente a nadie ni siquiera a un Pascual que decía vestirse por los pies pero que intentaba disimular expresando indignación delante de su mujer para, posteriormente, convencer a su hijo a que colgase la foto del mito erótico sacada de la Interviu posando casi desnuda en la pared.

Igual se pensaba que por ver un voluminoso escote antes de irse a dormir y unas nalgas prietas, sus sueños serían más húmedos y su acera más acertada.

«Que iluso». Se decía Alex segundos antes de quitar ese poster y tirarlo al suelo echo un gurrño.

Así que, de la misma manera que esa propaganda subliminal para fantasear y darse un gusto al cuerpo desaparecía de su vista, la decoración de su cuarto cambiaba, transformando así también su forma de ver las cosas para sí mismo y cogiendo fuerzas para enfrentarse a su padre.

No iba a ser como arrancar una hoja de una revista en la pared, pero ya había empezado por romper algo que no le gustaba del mismo modo que se resquebrajaba algo dentro de sí.

Y, sin más dilación, Alex se dirigía al salón visualizando a su padre donde lo esperaba encontrar mientras se leía el periódico. Por más que en su mente había intentado recrearlo una y mil veces, el corazón se le desbocaba en cada paso que le acercaba a él.

Pero era ahora o nunca.

Efectivamente, Pascual se encontraba en el butacón reservado para los ratos de ocio.

—Papá, tengo que decirte algo —le soltaba reuniendo todo el valor que encontraba y colocándose frente a él con la respiración agitada al borde de la ansiedad y las pulsaciones a punto de explotar.

No hizo falta una respuesta inmediata cuando, el aludido, levantaba su mirada a través de sus gafas de pasta apoyadas sobre su nariz y dejaba caer el periódico El País sobre sus piernas con una parsimonia nada comparada a la inquietud de su hijo.

Las que sí se contagiaban por una situación que, a pesar de no estar viendo intuían perfectamente, era Trinidad que no se lo pensaba dos veces antes de colgar el paño de cocina y entrometerse en el salón y en la alarmante conversación, y Aitana que también se asomaba al escuchar el tono de voz preocupante de su hermano.

Estaba claro que algo raro estaba ocurriendo.

—¿Y bien? —suspiraba Pascual quitándose las gafas para mantenerlas en su mano derecha y esperar a que su hijo se decidiese a hablar.

—Papá —mirándole a los ojos fijamente con el rostro encendido de miedo y dudando ahora de lo que pensaba decirle postergando unos segundos las palabras bomba que iban a salir de su boca —me gustan los hombres.

Ni un parpadeo, ni una ceja levantada, ni una risa nerviosa.

Nada.

Solo silencio.

Silencio flotando a su alrededor.

Nadie era capaz de articular palabra y Alex trataba de mantenerse sereno.

Los ojos de Pascual, inundados de sangre, encontraban un punto fijo entre las cejas de Alex a la espera de encontrar el momento adecuado para acecharle e hincarle el diente en la mismísima yugular.

Una demostración de la rabia que ya existía en su mirada y que hablaba por sí sola haciendo tragar saliva al que tenía delante, lo sufrían sus gafas que se hacían añicos en segundos mientras el

puño de Pascual se cerraba con furia y se esparcían por el suelo quedando completamente irreconocible y tiñendo sus dedos de sangre.

Levantándose de la butaca sin desviar sus ojos de la cara del que deseaba no fuese su hijo y sin percatarse de la agonía de esas dos mujeres que observaban aterradas toda la escena, la tensión de Pascual se esparcía por todo su cuerpo cerrando ahora los dos puños y apretando la mandíbula hasta tal punto que pareciese se le iba desencajar.

Esta vez sí que no se salvaba.

Alex cerró los ojos como aquella vez que su padre le veía vestido de mujer, a la espera de que, ahora, ese puñetazo si llevase su nombre y uno de sus puños terminase estampado en su cara de una vez.

Pero la triste realidad era que, de ese temible y doloroso puñetazo verbal no se libraría nadie, aunque solo pareciese una mera cuestión física y aunque solo fuese uno el verdadero responsable.

De hecho, ese momento decisivo parecía llegar al coger impulso hacia atrás y levantar su brazo derecho en dirección a Alex haciendo temer a Trinidad lo peor.

—Vete de aquí —señalándole Pascual con el peso que acarrea cada palabra pronunciada.

—¡No Pascual! —imploraba una llorosa y dolida Trini al saber lo que eso significaba—. Pascual, te lo suplico —arrodillándose ante él—. Si se va de casa Dios sabe dónde puede acabar.

—Yo no quiero en mi casa sopla nucas de mierda —bajando el brazo que tenía levantado y mirando ahora a su mujer—. Que se lo hubiese pensado antes.

—Mamá, ni se te ocurra seguir humillándote —pedía Alex a su madre que se esforzaba por levantarla del suelo. —No quiero que te rebajes así. El que demuestra ser una persona de lo más rastrero, es él.

—¿Rastrero yo? —hablando con indignación—. ¿Y me lo dices tú que te plantas sujetadores y te maquillas como una puerta? ¿Os habéis creído que soy gilipollas?

—Te equivocas padre —acercándose a este hasta casi sentir su aliento.

—Ni se te ocurra llamarme así —escupiéndole prácticamente en la cara de tan cerca como estaban.

—Rastrero es aquel que consigue lo que quiere a base de humillar a los demás. Yo, al menos, no humillo a nadie con mi comportamiento.

—Humillas a tu familia y me humillas a mí.

—Ese es el problema —manteniendo entre los dos el debate—. Que tu puto ego va por delante de todo. ¿Pero sabes? Un hombre no es suficiente hombre si utiliza su fuerza para acojonar a las mujeres por muy esposa o muy hija que sean —dando por aludidas a las dos mujeres muertas de miedo que les acompañaban y provocando así que Pascual se dignase a mirarlas.

—Eres un maricón —dirigiéndose de nuevo a Alex que había conseguido tocarle la fibra tras ver el estado en que se encontraban ellas.

—Se dice homosexual —manteniendo su acercamiento—. Pero está claro que ni tú sabes lo que eso significa.

—Coge tus cosas y vete de aquí.

—¡No! —gritaban Aitana y Trinidad a la vez.

—No papá, por favor —pidiéndoselo ahora Aitana—. Ten compasión.

—Dale las gracias a tu hermano. Él es el primero que no ha tenido compasión con nadie —proseguía—. Si tanto dice que os quiere, pues no lo parece.

«¡Pégale!, pégale y acabemos con esto de una vez. Pero por favor, ¡no le digas que se vaya!». Pensaba para sus adentros Trinidad, que hubiese preferido una y mil veces que todo hubiese quedado en un puñetazo a ver cómo su hijo preparaba de nuevo la maleta pero en esta ocasión para no volver.

Y la verdad es que, aunque le costaba reconocerlo, Alex también hubiese preferido comerse esa hostia junto con su orgullo, antes que tener que abandonar su casa y, lo que le dolía más, dejar a su madre y a su hermana bajo el yugo de ese hombre que ahora más que nunca detestaba.

—¡Te odio, te odio y te odio! —gritaba Alex en su cama de adolescente mientras utilizaba un cojín para desahogarse tapándose la boca y llorando de impotencia—. Pero tengo que ser fuerte. Por mí y por ellas.

Recogió sus libros, sus discos, la ropa que había sobrevivido a su hermana pequeña y lo guardó en dos bolsas de deporte de cualquier manera.

Tenía asumido que no sabía con lo que se iba a encontrar y que no sería fácil y, desde luego no lo fue, pero uno nunca sabe lo fuerte que puede ser hasta que ser fuerte es tu única opción y, ser débil, era una opción que no se podía permitir.

Espejismos de ilusión que dejaron de correr por el río de su mente para lanzarse al precipicio y sentir el convencimiento de que ese camino, muy a su pesar, había llegado a su final.

Su par de bolsas como único equipaje y un desasosiego que disimulaba sin éxito, le llevaban hasta la puerta esta vez de salida.

—Toma —entregándole Trinidad un par de paños de cocina con los que inconscientemente se limpiaba las lágrimas y el agüilla que la salía de la nariz—. Te serán útiles.

—No le des nada Trini —se escuchaba a Pascual de fondo—. Seguro que a donde quiera que vaya tendrá de todo. Lástima que aquí no.

Ni siquiera esa provocación expresada en un tono más aplacado, emplazaba el primer plano que quería darle en exclusiva a una madre que se partía en mil pedazos.

A Alex no se le ocurrió otra cosa que darle las gracias por el detalle, mirar por última vez a Aitana, y batir el record de la estancia más corta de todos los integrantes de esa familia desde que se instalaron en esa casa.

Bueno, de ahora en adelante modificando un pequeño matiz, su antigua casa.

Pensó y pensó.

Pensó al bajar en el ascensor, sin dejar de caminar, sentado en un banco, caminando de nuevo e intercalando las bolsas de hombro a hombro.

«Piensa Alex, piensa». Hablando en voz alta sin darse cuenta.

Tenía que emplear bien las dos mil pesetas que había conseguido ahorrar y que aún le quedaban en la cartera, a base de pasar algo de hambre y desquitarse de juergas.

Y es que por la hora que marcaba el reloj de la plaza parecía pronto pero no lo era. El tiempo apremiaba dejando al sol del mediodía recaer sobre su cabeza y se dejaba sentir bajo la camiseta transpirable de algodón aún con olor a cuartel y con indicios de sudor.

Agotado más por el estrés psicológico que por cargar con dos maletas y con una conciencia intranquila, se dejaba caer junto con el equipaje en las escaleras del único portal que conocía y que no era el suyo.

Allí, apoyando la espalda entre los barrotes negros de metal y el cristal transparente del que se componía la puerta, cerraba los ojos y se intentaba sosegar a través de su cansada respiración y del azote continuo consigo mismo por provocar esta precipitada situación.

Durante el tiempo que perdió auto flagelándose mientras permanecía ahí sentado, los vecinos, algunas caras incluso conocidas, entraban y salían reparando en su presencia como si de un vagabundo se tratase e incluso alguno le preguntaba si necesitaba algo por mera conciencia o por hacer con él la obra del día.

Pero ojalá hubiesen podido hacerle desaparecer aun sabiendo que nadie merecía sufrir así. Ni siquiera él.

Sus ojos herméticos incapaces de mantenerse más cerrados que abiertos, dejaban traspasar parte de esa luz del sol hacia su cerebro sin que una completa oscuridad se ciñese sobre sí y sin que pudieran objetivar de primera mano la persona que, sin creer lo que estaba viendo, se acercaba hasta allí.

Una sombra cada vez más latente, se cernía sobre Alex hasta colocarse a su bajo nivel para ofrecerle, a través del olor a especias y jabón artesano procedente de su pelo, una sensación de bienestar no solo por el cosquilleo de los mechones sueltos que rozaban su cara, sino por ese olfato poderoso que le estimulaba una grata sensación de recuerdos imborrables.

Se podía decir que Leyla era la prueba viviente del reencuentro de un amor a primer olfato.

—Sé que eres tú solo por el olor que desprendes —le decía Alex sonriendo de forma melancólica pero con sus ojos cerrados—. Creo que te reconocería hasta con los ojos cerrados.

—Alex. Tienes los ojos cerrados —a la espera de que los abriera.

—Hola —abriéndolos por fin.

—Hola. Me costaba creer que eras tú cuando te he visto aquí sentado. Ese corte de pelo no te favorece nada —tocando su cabeza rapada sintiendo al tacto el puntiagudo vello—. ¿Estás bien?

—Bueno, he tenido días mejores —suspirando—. Perdona, pero no sabía adónde ir.

—Has venido al lugar indicado. Venga, entremos en casa.

Pequeña pero acogedora, la decoración marroquí de la casa ofrecía un ambiente lleno de encanto, misterio y sensualidad desentonando con el edificio y transportando a todo aquel que era invitado a entrar a un oasis muy peculiar.

Las formas geométricas de las telas bordadas creando mosaicos, la madera tallada a mano de los muebles de ébano, el suelo de terracota y los farolillos de forja con vidrio avejentado, evocaban un mundo de mil y una noches combinando a la perfección los rojos, amarillos y grises y despertando así todos los sentidos.

Era como estar entre una puesta de sol en medio del desierto y, al mismo tiempo, en la profundidad del océano. Todo tan cercano y a la vez tan distante con un estilo que marcaba claramente su identidad oriental además del encanto añadido de las velas y del olor del incienso al entrar.

—¿No están tus padres? —preguntaba Alex con apuro de que se lo encontrasen de esa guisa.

—No, tranquilo. Ya sabes que se quedan en el taller hasta tarde. Es lo que tiene ser el único ebanista de toda la zona —colgando las llaves en un gancho de forja y cerámica. ¿Te apetece un té?

—Sí. Un té moruno me vendrá bien.

Si algo había típico en casa de Leyla y, prácticamente obligatorio, era la sala destinada al ritual del té.

Para los padres de Leyla era imprescindible que, de las tres habitaciones que tenía la casa, una fuese destinada claramente al descanso y a la relajación que solo una estancia rodeada de tapices étnicos por las paredes, telas de colores colgando del techo, pufs de cuero sobre alfombras bereberes y teteras y platos de orfebrería en cobre con sus característicos vasos de caña, podían ofrecer.

Acomodándose en uno de los pufs que daba a la pared y rodeado de ese decorado de ensueño, a Alex solo le hubiese hecho falta frotar una de esas lámparas para que saliera el genio y cumpliera así con uno de sus deseos montando en su alfombra mágica y llevándole lejos de allí.

—Te he preparado un té amargo —sirviendo Leyla ese té en un par de vasos de cristal pintados a mano con motivos dorados—. Mi padre siempre dice que su sabor es amargo como la vida, suave como la muerte y dulce como el amor —bebiendo ahora y dedicándole el trago a su amigo.

—Tiene sentido. Salud —imitando el gesto de Leyla y dando un sorbo a esa caliente e intensa bebida.

—Y ahora, ¿me vas a contar lo que te ha pasado?

—Mi padre me ha echado de casa —tan solo había que observar la mirada triste y perdida de Alex, para darse cuenta de lo mucho que le afectaba esta situación.

Leyla, comprendiendo que lo que más necesitaba en ese momento su amigo era desahogarse, le dejaba hablar mientras la explicaba con pelos y señales todo lo que le había llevado a encontrarse en esa situación con su padre. Absolutamente todo. Desde que le ve vestido de mujer hasta el día

que le ve jurando bandera. Fue tal la sinceridad que empleaba con ella que, al terminar de hablar, Leyla no tenía claro si ese chico que tenía en frente era el Alex que tanto creía conocer o un extraño que se colaba en su casa haciéndose pasar por él.

—Pero... —intentando encajar todo—. ¿Por qué no me has contado todo esto antes? — sintiendo algo de resquemor en su interior.

—Porque nunca he creído que te merecieses a alguien como yo —una lágrima le rodaba por la mejilla—. Y tenía miedo.

—¿Miedo? —preguntaba ella incrédula—. Miedo tienen las personas que hacen algo malo. Tú lo único que has hecho ha sido sobrevivir —limpiándole esa lágrima.

—No sé qué voy a hacer ahora. No tengo adónde ir.

—Hablaemos con mis padres.

—No Leyla. No quiero ponerles en un compromiso. Además, aquí no hay sitio y tu padre jamás consentiría que viviese con vosotros si no tenemos un compromiso serio y, sabes que eso es imposible.

—Alex, relájate. No estoy hablando de casarnos bobo. Pero sí que les podemos preguntar si te puedes quedar en el taller. El local es grande y está acondicionado. Por lo menos hasta que encuentres otro sitio mejor.

—¿Crees que no les importaría? —divisando un halo de esperanza en su mirada.

—Sabes que te adoran.

—Gracias Leyla —no fue capaz de articular nada más sobrepasado por la situación y ahogándose en un mar de lágrimas donde solo en su amiga era capaz de encontrar algo de consuelo.

—Tranquilo —cogiéndole la cara y apoyando su frente contra la de él—. Seguro que todo tiene solución. Y, ¿sabes? —aprovechaba para decirle a la que este dejaba de llorar—. Yo te hubiese querido igual o incluso más.

Cuando Alex entraba por primera vez por la puerta del taller acompañado por Mohamed, no fue el nombre elegido para el negocio ni los muebles de época tipo Luis XIV lo que más llamaba su atención, sino que ese hombre fuese capaz de emplear una madera verde, una roja, una blanca y otras de diferentes colores, para crear los rellenos y vaciados tanto en una escultura como en una auténtica pieza de coleccionista.

En la Ebanistería Andalusí tal y como rezaba en el marco, el origen de cada mesa o cada armario que el padre de Leyla le explicaba orgulloso de su trabajo, no era otro que el de ver cómo compradores extranjeros entraban en su taller-exposición para llevarse los muebles que tenía en venta fruto del tiempo y del dinero que había invertido en la compra de maderas finas o preciosas, exóticas o indígenas y, por lo tanto, de sus propios retos apasionados creando muebles de ebanistería inspirados en los grandes estilos europeos.

—Mira —en su afán porque Alex entendiera su trabajo—. Esas columnas son de ébano y de naranja agrio. Su encanto radica en que he invertido el latón en negativo para darle un toque con

estilo antiguo —dando por hecho que su acompañante entendía lo que le estaba diciendo—. Si te das cuenta tienen broces cincelados que se mezclan con la marquetería.

Algo más tarde, mientras Mohamed le mostraba el resto del lugar que Alex habitaría y barrían con los pies un suelo con restos de tablillas lijadas y maderas por restaurar, su pasión le arrastraba hasta contarle cómo se había convertido en lo que era y de qué forma había descubierto lo que más le gustaba y lo que mejor sabía hacer.

—No fueron los muebles lo que me atrajo en aquella época —horadando en su interior—, sino el hecho de que en este planeta un hombre fuese capaz de crear con sus propias manos auténticas obras de arte y que el resto del mundo las admirara.

Tal era así, que entre sus obras destacaba la más importante colaborando en la reconstrucción de la Universidad Pontificia de Madrid.

Y, dejando a un lado el revuelo de un día que no Alex desearía ni a su peor enemigo, el siguiente tema que resolvería y que la soledad de la noche enardecía sería, precisamente, dedicarse la mañana siguiente a intentar cumplir su cometido matriculándose en la Universidad Autónoma pese a la falta de apoyo económico y a que su estado de ánimo no acompañaba.

Sentado en el sofá que sería también su cama cuando el sueño decidiese aparecer por allí, sentía que había llegado el momento de caminar por sí solo y adelantar un acontecimiento que el mismo había impuesto así como la mayoría de edad para poder hacerlo.

«El siguiente paso será encontrar trabajo», se decía.

Alex suspiraba. Suspiraba y se acordaba de la actitud de una mujer que le servía como referente y que de sobra sabía que le serviría toda la vida. Seguro que si a su madre la hubiese preguntado qué podría hacer en la situación en la que se veía envuelto, le contestaría que, pese a la necesidad de querer aparentar a simple vista una buena imagen, no era eso lo más importante si el modelo escogido para ese día también se componía de una actitud positiva.

Un fondo de mochila a falta de uno de armario sin mucho traje donde escoger, era el guarda ropa del momento y el lugar donde quizá no se almacenase la ropa perfecta para buscar trabajo, pero desde luego, si reservaba las ganas de encontrarlo.

Cerrando la puerta de la ebanistería cumpliendo a raja tabla con la única condición que el dueño del establecimiento le imponía, Alex cerraba con llave media hora antes de la apertura con la esperanza de regresar a él con un contrato en la mano y sentir que había aprovechado el día.

El cartel del horario comercial colgado en la parte trasera de la puerta transparente y blindada, especificada el margen de horas en el que atendían a los clientes y, por lo tanto, lo que intentaba memorizar Alex para no regresar ni un minuto antes de que se hubiese marchado el último usuario.

Un último vistazo en el espejo estilo califa reparado que con picardía colgaba de la pared de la entrada, reflejaba a un chico ojeroso y más pálido de lo habitual para esa época del año, pero también afortunado por haber encontrado un sitio donde dormir y por haber echado en su equipaje a la torera ese polo azul que muy pocas veces lucía pero que siempre le favorecía a la cara. Sobre todo después de una noche toledana.

El pantalón tipo chino en color beige, ya no llegaba a reflejarse en ese espejo que se cortaba a

media altura pero que estaba seguro daba un aire clásico a la vez que informal a ese conjunto de tonos pasteles con apariencia de cumplidor.

A la legua se veía que ese corte de pelo rapado sin ningún miramiento, o pertenecía a un soldado recién licenciado y pez en el mundo laboral o era perteneciente a alguna banda estrictamente conservadora de la que pocos querían escuchar hablar. Con la indumentaria modélica que se había plantado, Alex esperaba que la segunda opción se obviara y que no le cerrasen demasiadas oportunidades a la primera de cambio.

Pero sin poder siquiera ganarse la segunda oportunidad que normalmente precede a la primera, el riesgo que Alex no esperaba correr aparecía en forma de negativa por parte de aquellos que no necesitaban sus servicios como si el mismo universo se hubiese confabulado para ello.

Ni siquiera con un atuendo de los más modosito.

Ahora, descalzando sus pies sobre la mullida hierba que invitaba a descansar sobre ella, solo le quedaba acompañar al día en sus últimas horas de luz antes de poder regresar al taller no sin antes aprovechar la estancia en uno de sus rincones favoritos.

Cuando Leyla le llevó a aquella parada obligatoria del turismo madrileño, Alex no imaginaba que El Palacio de Cristal terminaría siendo uno de los referentes más importantes para él y uno de los lugares donde encontraría la paz que necesitaba.

Pero a veces uno no encuentra lo que espera encontrar ni siquiera cuando se intenta escuchar en silencio para hallar el camino.

Una mirada incesante desde el otro lado del estanque, le observaba sin descanso desde el minuto en que ese llamativo chico se sentaba solo sobre la hierba y se quitaba los zapatos para sentir el césped húmedo y aliviar de alguna manera sus agotadas extremidades.

Sin dar importancia a ese transeúnte sentado en uno de los bancos frontales al palacio, Alex empezaba a encontrarse inquieto una vez que ese hombre de mediana edad, parecía encontrarse hechizado con él sin desviar la mirada si quiera un segundo hacia donde parecía que estaba el encantamiento.

Alex no sabía qué pretendía ese señor con su comportamiento pero, para evitar situaciones incómodas, lo mejor sería cambiar de posición para mirar hacia otro lado aunque sus preciosas y tranquilizadoras vistas también tuviesen que cambiar de plano.

Pero, por más que su mirada quisiera evitar el incómodo cruce con una persona que, sin saber por qué, le había elegido a él por algo, no fue suficiente para despistar a alguien que se levantaba de su banco y se acercaba hasta ese chico que acababa de cambiar de postura para, precisamente, evitar ese encontronazo.

A pesar de la acolchada hierba, se podía escuchar cómo se acercaban unos pasos y se sentía una espontánea presencia.

—¿Te importa si me siento a tu lado? —preguntaba una voz de hombre desconocida.

—El parque es de todos —contestando Alex girándose para quedar frente a él a la defensiva.

—Lo último que quiero es molestarte —proseguía el desconocido al notar a Alex algo arisco

—, pero no he podido dejar de observar lo mucho que te favorecía ese polo azul que llevas.

—Te estás quedando conmigo —empezando a enfadarse—. No creo que te hayas acercado solo porque te guste mi camiseta. ¿Qué quieres?

—¿No eres un taxiboy?

—¿Un taxi qué? —sin entender ese extraño término.

—Ya sabes, favores sexuales —bajando el tono de voz—. Bueno, es igual —ante el silencio de Alex—. Perdona, pero creo que me he confundido de persona. Mejor me voy.

—¡No! Espera —haciéndole retroceder.

—Mira, no quiero problemas —enseñando la palma de sus manos a modo de defensa—. De verdad que te he confundido con otra persona.

—Sí. —soltaba de repente.

—Sí, te he confundido, o sí, eres un taxiboy —desconcertándose aún más.

—Sí, soy esa persona que buscas.

Bajo la precaria situación económica en la cual Alex se encontraba y la presión por conseguir un trabajo con el que sustentarse, la rápida idea de obtener dinero fácil a cambio de vender su cuerpo no era algo que le pareciese tan descabellado en el estado en que se encontraba.

Además, nadie tendría porqué enterarse y siempre podría simular ser un trabajador de a pie como cualquier otro.

El oficio ya se le ocurriría más adelante.

Ese cuarentón con entradas definidas y pelo canoso en las patillas y en la barba, no era lo que más se acercaba al prototipo de hombre que Alex buscaba pero se podía decir que estaba de buen ver para la supuesta edad que aparentaba.

Claro estaba que, a eso, había que sumarle los ojos de deseo que destacaban en su cara independientemente de la edad que verdaderamente pusiese en su carnet de identidad al confirmarle que su rato de placer no tardaría mucho en llegar.

—Perfecto —concluía el interesado—. Pues vayamos al baño.

—¿Ni siquiera me vas a decir tu nombre? —preguntaba iluso Alex.

—¿Eres nuevo en esto verdad?

—Supongo que se nota demasiado.

—Aquí nunca se pregunta el nombre. O, por lo menos si deseas permanecer en el anonimato. Yo si quieres te digo mi apodo. Así sabrás cómo dirigirte a mí y tú también puedes hacer lo mismo.

—Me puedes llamar Leo —improvisaba Alex.

—Y tú a mi Bill. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto Leo? Eres joven y este mundo puede llegar a ser muy turbio.

—Nadie te ha preguntado tu opinión —intentando aparentar ser un tipo duro—. Aquí el único que decide soy yo. ¿Quieres ir al baño o no?

—Lo estoy deseando.

Era evidente que, por motivos obvios, Bill sería el encargado de señalar el recorrido que les llevaría hasta el final de la Plaza del Salvador a uno de los baños soterrados más cercanos desde donde se encontraban.

El ambiente entre aquéllos dos desconocidos era tan tenso que, aproximándose a la denominada Fuente de Cuba, a Bill se le ocurría contarle la historia de cómo deciden homenajear a ese pueblo a través de esa escultura tallada con chorros de agua como agradecimiento al gobierno cubano por levantar un monumento al Soldado Español en Lomas de San Juan en el veintinueve.

—¿Has hecho la mili? —preguntaba Bill en su empeño por aplacar ese tirante ambiente.

—Acabo de hacerla —explicaba tajante Alex—. Te aseguro que el corte de pelo que llevo no es por gusto.

—Si así ya estás guapo, no me quiero ni imaginar cuando te crezca.

Alex, acompañando hacía donde fuese que se dirigiese Bill por pura inercia, le podía garantizar que, el aspecto de su cabellera en ese momento, era en absoluto lo que menos le importaba. Cada centímetro que recorrían del famoso pulmón de esa ciudad, era un centímetro más de miedo y de auto convencimiento de que lo que estaba a punto de hacer era lo correcto.

—Aquí es —bajando unas pocas escaleras hacia unos lavabos subterráneos—. Sígueme —ordenaba a ese dubitativo chico anclado en el primer escalón de bajada ante la incertidumbre de lo que se encontraría abajo—. Vamos hombre —insistía—. Te aseguro que no te pienso descuartizar.

«Sexo Alex. Solo es sexo», repetía en su cabeza. «Lo haces, cobras y te vas».

Pero eso nada tenía que ver con la triste realidad.

El hedor de las humedades provocado por el exceso de orín y otras secreciones corporales en el suelo sumado a las malas condiciones higiénicas de un baño cuyas instalaciones dejaban mucho que desear, instaba a Alex a llevarse la mano a la nariz y taponar también parte de su boca por si las ganas de vomitar le sorprendían.

No era de extrañar que aquella instalación mal oliente en el subsuelo terminase por oler así cuando la única ventilación de la que disponía solo penetraba por la puerta de entrada y debía permanecer cerrada la mayor parte del tiempo para que las autoridades no descubriesen lo que pasaba allí o, por lo menos, la menor gente posible.

Pero no estaban solos.

Tras tardar unos segundos en aclimatar su visión debido al contraste de la claridad de fuera con la tenue luz interior, sus pupilas se dilataban y la imagen captaba a varios hombres apoyados en la pared simulando leer un periódico y a otros dando vueltas por dentro del baño como simple entretenimiento o como carroñeros a la espera de comerse una turgente pieza regalo de la benevolente naturaleza. Si podía ser de una carne joven, mejor.

Aportando un toque de humor a la horripilante escena, Alex se contaba un chiste interior al pensar que, a partir de ahora, mear en cualquiera de esos baños públicos más que una necesidad se consideraría un deporte de alto riesgo.

Ese desconocido jovencito como carnaza fresca que acababa de aparecer, hubiese sido devorado como plato fuerte del menú por más de uno de ellos si hubiesen podido y si Bill no se hubiese adelantado al pensamiento de todos.

—El chaval está conmigo. No os confundáis —avisando a esas hienas nada más entrar y cogiendo a Alex por la mano para arrastrarle junto a él a uno de los aseos con puerta.

A más de uno no le quedó más remedio que simplemente comérselo con la mirada y tocarse su zona genital fruto del calentón al imaginarse una deseada situación que, por desgracia para ellos, esa tarde no llegó.

—Venga, date la vuelta y bájate los pantalones —le sugería Bill bajándose hasta los calzoncillos del tirón utilizando algo de saliva y sin prolegómeno alguno. La viva imagen de saber qué ocurriría a continuación ya le excitaba sobre manera y no necesitaba más para ponerse a tono.

Y en ese zulo minúsculo donde destacaba la falta de aire y donde la inmoralidad junto a la inmundicia hacían equipo, un Alex sumiso se giraba contra la pared con el culo al descubierto sin saber qué estaba haciendo exactamente ni dónde apoyar sus manos para ensuciarse con la mugre lo menos posible.

Pero si algo le quedaba claro con ese comportamiento, era que la pulcritud con la que intentaba limpiar sus actos, no le inhibía en absoluto de la suciedad su alma.

Entonces, la mente de Alex lejos de querer formar parte del difícil y lascivo momento, divagaba hasta poner el cuerpo de Aitor sobre el suyo y evitar así unos minutos de tortura hasta que su suplicio acabara.

Segundos después del remate final, Bill le daba el dinero acordado en estos casos y Alex aceptaba la cantidad de tres mil pesetas por prestar sus servicios y por salir despavorido de allí no sin antes esquivar los deseos mundanos de los que aún guardaban la esperanza de encontrar lo que tan ansiosamente buscaban antes de regresar a su hogar dulce hogar.

Esa tarde, él no regresaría con trabajo al taller que podía designar como su casa, pero si le quedaba el consuelo de que llevaba una billetera con algo más de peso.

De hecho, esos tres billetes de mil pesetas cada uno con el retrato de Benito Pérez Galdós en el anverso, fueron los únicos que le hicieron comprender a todo aquel al que la economía ahogaba y encontraba la prostitución como única vía de escape aunque la definición de dinero fácil no fuese tan cómodo como todo el mundo juzgaba, sobre todo desde fuera de la barrera.

«Tres mil pesetas en solo cinco minutos», hablando para él mismo.

No se quería imaginar la cantidad de dinero que podía llegar a ganar en esos baños toda una semana.

Con el cuerpo dolorido en especial la parte trasera más afectada producto de la tensión a la que se había sometido horas antes, Alex aprovechaba su noche de insomnio para debatir con su cabeza

lo que le contradecía el corazón y lo que la necesidad replicaba a ambos ganando con creces con sus veraces argumentos.

Estaba decidido. En cuanto el sol diese paso a la hora de apertura del taller, volvería de nuevo al Parque del Retiro.

Y Bill estaba convencido que así sería.

Aguardando la hora en que Leo regresase a la aparente serenidad que el estanque con sus patos obsequiaban frente a su mismo reflejo en el Palacio, esos dos ahora no tan desconocidos recorrían de nuevo el camino andado el día anterior a diferencia que Leo esta vez también se lo sabía y se encontraba preparado para inhalar el lascivo ambiente al que voluntariamente se ofrecía.

Y aunque, aun siendo de día y allí abajo pareciese reinar siempre la noche, las horas y los días empezaron a transcurrir como el que acude religiosamente a trabajar cada jornada y se deja lo mejor de sí para obtener su recompensa.

A Bill ya solo le quedaba la resignación que Leo reservase un espacio para él ante el ajetreo de la clientela nueva que demandaba sus servicios y le obligaba a recorrer no solo ese baño de inframundo, sino otras zonas clandestinas que le daban a conocer el mismo colectivo con el que se sustentaba.

En definitiva, Alex no había encontrado el trabajo de sus sueños, pero sí una forma de mitigar su hambre y compaginar con sus estudios universitarios sin la necesidad de depender de nadie. O por lo menos en lo económico.

El plano sentimental era otra historia.

Pero sumido en la arriesgada aventura desde que se embarcó ya hacía un año y donde las noticias de su familia seguían siendo nulas, el tiempo pasaba volando y a Alex no le quedaba ni quería tener el tiempo suficiente como para detener el mundo y bajarse de él y mucho menos para pararse a pensar si lo que hacía bajo otro pseudónimo era lo políticamente correcto o algo de lo que poder enorgullecerse.

Chueca, a pesar de estar sumido en un gran deterioro debido al tráfico de drogas, la delincuencia y la marginación que todo eso provocaba, era uno de los barrios más famosos para prostituirse en concreto el punto de encuentro en una de las esquinas de la calle Figueroa sin menospreciar la oscuridad y el apogeo del Cine Carretas, las Saunas de ambiente gay o El Obelisco del soldado desconocido punto más frecuentado donde, a cualquier hora del día, había personas dando vueltas en busca de sexo furtivo y ocasional.

Era esa clase de ocasión que se pintaba calva en cuanto la señal se disparaba y un par de miradas se encontraban y se abrazaban durante escasos segundos. Ahí estaba la oportunidad de dominar o dejar a la otra persona ser dominada, de lanzarse al vacío sin saber si se abriría el paracaídas o de desinhibirse con alguien a quién no conocieras de nada.

De tanto en cuando, al coincidir con una mirada conocida pero no interesada, Alex desviaba rápidamente su visión como si lo encontrado no fuese lo esperado o si no le interesaba interactuar de nuevo con él.

Su inspección comenzaba de nuevo una tarde más en el punto de encuentro donde sacaba más

tajada, cuando una figura sospechosamente familiar sobresalía del Obelisco asomando el lomo desde donde Alex alcanzaba a ver. Esa vez sus ojos no quisieron rehuir de lo que su intuición parecía advertirle, y su fijación hacia ese hombre crecía a medida que este rodeaba la columna y el corpulento cuerpo del sospechoso individuo se dejaba ver.

No hizo falta más que examinar de cerca el aspecto inconfundible de su cabellera para comprobar su identidad y confirmar de quien se trataba. Lo que no parecía estar tan claro eran las otras manos varoniles que le agarraban y los labios que apasionadamente le besaban.

Entonces el mundo se congelaba y su respiración cada vez más agitada se entrecortaba.

—No puedo creer lo que ven mis ojos —hablaba Alex en voz alta entre dudas y asombro. La distancia entre ambos era tan palpable que hasta podía oler el perfume que le había regalado más de una vez para la noche de reyes.

El sofocado beso encargado de calentar unos motores que Alex extinguía por completo con su aparición, no sería lo único que se extinguiría con la llegada inesperada del que menos se esperaban encontrar.

—Pero papá, ¿cómo has podido? —interviniendo de nuevo con cara de rabia y recalando más ahora esas últimas palabras.

El fuego que le salía por la boca era el mismo que le fulminaba con la mirada apocando a un Pascual aterrorizado por la presencia de su hijo y por las consecuencias que eso le traería jugándose así su nombre y su prodigiosa carrera.

—Mierda —farfullaba Pascual sin saber dónde meterse—. Hijo, escucha.

—¿Para qué? —interrumpiendo colérico a su padre casi gritando—. ¿Me vas a decir que esto no es lo que parece?

—Por favor. Baja el tono de voz —preocupado Pascual por si el alboroto llegaba a oídos de la policía.

—¿Qué pasa papá? ¿Es que ahora es a ti al que no le gusta que le llamen maricón? —con el tono de voz aún elevado—. ¿O es que tienes miedo de que te descubran tus amiguitos?

—Alex. Te prometo que te lo explicaré todo. Pero por favor baja el tono de voz —casi susurrando.

Alex, por un momento miraba a su alrededor, y contaba hasta diez consciente del numerito que estaba montando y de la expectación que estaba levantando.

—Y qué me vas a explicar papá —retomando un tono de voz más tranquilo pero con un toque de amargura de fondo y mirándole a los ojos profundamente decepcionado—. ¿Que no te gustan los sopla nucas y que odias a muerte a los maricones?, ¿que eres un desviado porque besas a otro hombre? O que no tienes derecho a vivir en una casa digna por hacer lo que uno siente. Por dónde quieres empezar —hablando sobre un profundo silencio y arrepentimiento por parte de Pascual—. ¿Sabes lo que yo creo, papá? Que la triste realidad es que te avergüenzas de tu hijo por que hace lo mismo que haces tú.

—Por Dios, no se lo cuentes a tu madre —suplicaba Pascual casi entre sollozos. Eran las

únicas palabras que encontraba para defenderse—. Me mataría si se entera de esto.

—Da gracias a que no voy a ser yo el que te mate. Sino tu propia conciencia —con la cara completamente desencajada fruto del odio que su padre le hacía sentir—. No tienes perdón y no te mereces la familia que tienes —dándole la espalda.

—¡Hijo! —le llamaba su padre mientras le agarraba.

—Ni se te ocurra tocarme —aun de espaldas a él asestando su último golpe a unas manos que se aferraban con fuerza a su hijo—. No me vuelvas a tocar en tu puta vida.

Y aflojando los puños que inconscientemente Alex tenía apretados desde el fatídico encontronazo, decidía irse para no seguir mirando a la cara del desengaño.

Y junto a esa manifestación del Orgullo Gay que se organizaba por primera vez como bombazo para recorrer las calles más céntricas de Madrid, Alex daba carpetazo y se sumaba a la causa de más de mil personas de carácter homosexual hartos de ser un escaparate público y desear salir de un armario donde tenían que esconderse ocultando así su falta de libertad.

No eran tiempos fáciles y tener la mala suerte de nacer sintiéndose una mujer en el cuerpo de un hombre tras una dictadura, les suponía una represión que llevaba a palizas y detenciones en la búsqueda de desvirtuar su propio yo por ser lo que coloquialmente llamaban un travesti.

La experiencia que a Alex le había dado la calle, era la suficiente como para detectar el miedo ridículo de los hombres ante una supuesta amenaza de afeminar la especie por pertenecer a una entidad de género equivocada o eso era lo que les servía para escudarse.

Aun así y fuese como fuere, aunque algunas mujeres reinventadas evitaban la cárcel, la imposición de un analfabetismo y la prohibición para acceder a trabajos normales, las abocaba a una vida dedicada a la prostitución o al espectáculo. Primero por la ley de vagos y maleantes y después por la supuesta peligrosidad social que les acechaba. Aunque, y para más inri, las estigmatizaron aún más en los primeros casos que aparecieron de SIDA, culpándolas a ellas principalmente.

«Como si fuésemos las únicas que follan sin condón, cariño». Contrariando la noticia que corría de boca en boca como la pólvora entre los homosexuales y transexuales de la calle. «Ay, si estas boquitas hablaran».

Pero ni podían ni debían hablar a no ser que quisieran verse presas en cárceles del sexo contrario al que se afanaban en su lucha y ser víctimas de vejaciones, violaciones y otras cosas peores al no estar registrados como población del sexo femenino. Y es que, para el que quería tener sus calles limpias con todo aquel que rompiese el binarismo de género o a la marioneta que le pagasen para ello, cualquier excusa era válida y por nada y menos te encontrabas arrestado por cometer el delito de ponerse un vestido o por considerarse, por el artículo treinta y tres, cabalmente enfermo.

Por ello, incluso bajo una represión, muchas transgredieron sus códigos morales de virilidad y sacaron agallas para reírse del franquismo pintándose como puertas, poniéndose plataformas y vistiéndose con adornos de purpurina y tocados de plumas.

«Y ahora, que vayan y lo casquen». Desafiando a la vigente legislación del momento. «Bueno, o

que se la casquen. Como más les guste».

Esas palabras se encontraron entrecomilladas y con letra pequeña en la portada de la revista. Entreviú con la actriz Bibi Andersen como icono sexual, no porque las dijera ella, sino por que aludían a la fundadora de la Asociación Transexualia en una entrevista y en un arrebato por dar a entender que quienes buscaban los servicios de esas (no mujeres) que acudían desde las más altas esferas, eran los que al final más tenían que callar.

Esa fundadora también transexual y trabajadora del sexo, cuyo nombre para todos era Raquel, había sufrido hasta catorce detenciones por andar como una niña y por pegar carteles para una de las primeras marchas del colectivo LGTB.

Aunque en sus declaraciones también para esa famosa revista, testimoniaba que a veces ni siquiera era necesaria una llamada, la policía los detenía en la calle solo por considerarlos demasiado amanerados pues era impensable que un hombre mostrara comportamientos femeninos en público y mucho menos que fuera abiertamente homosexual.

Cuanto más cosas pasaban y más noticias se escuchaban tanto de transfobia como de homofobia, Alex más convencido estaba que debería dejar su huella y ser parte de esa lucha en la que solo ganaban los altos mandos logrando siempre salirse con la suya. O por lo menos de momento. Montañas más altas habían caído y más fuerza sentía aún si esa lucha, también interna, le hacía tragar a su padre sus propias palabras.

Pues no se trataba de mujeres o de hombres. Sino de dignidad humana.

Su madre una vez le habló de una Asociación que parecía obrar milagros con los más desfavorecidos y ahora él sabía el nombre de su fundadora.

Raquel no tenía reparo para atender a todo el que quisiera hablar con ella ya fuese ateo, creyente, hetero o proveniente del planeta más cercano. Fan absoluta del filántropo Nelson Mandela, sustentaba su lema de que: Un ganador es un soñador que nunca se rinde y, gracias a sus sueños, pudo también conseguir que se cumplieran los sueños que anhelaban el corazón de muchos.

Protagonista principal del pregón que daría comienzo al ambiente festivo que marcaría una década y organizadora de una de las diez cabalgatas que harían su recorrido desde la Plaza de Santo Domingo hasta Sol, ofrecía a Alex subirse en ese camión decorado de forma pomposa y llamativa nada más terminar una interesante conversación que mantuvieron en su despacho y en la que parecía que se conociesen de toda la vida.

—Te parecerá increíble pero aún me acuerdo de tu caso —le decía Raquel—. Ha pasado mucho tiempo pero, gracias al coraje de tu madre, nos embarcamos en nuestra primera aventura de acoso escolar y pudimos ser pioneros para dar ejemplo a esos sistemas educativos que mantenían una visión corta de miras al respecto.

—Sí. Me consta que mi madre es un buen ejemplo.

—Los dos lo sois —sin desmerecer también su esfuerzo—. Si te apetece participar de la primera celebración del Día Internacional de la Liberación homosexual a lomos de un gran unicornio con alas, estás invitado.

—¿Se refiere a la mítica figura de Pegaso? —repetía Alex sin poder disimular su emoción.

—Sí, algo así —sin poder reprimir una sonrisa—. Es el diseño de nuestra carroza.

Lo que Raquel no le llegó a contar, era que en la cabecera del vehículo cuatro DragQueen saludaban, coqueteaban con el público comiéndose un plátano de forma soez y bailaban de forma provocativa como si no hubiese un mañana el mismo día que desfilaban aunque, para remate final, el lema: Jóvenes sin armarios, colgaba como eslogan en uno de los laterales.

Pero no era el único eslogan que rezaba en su carroza. Otros como: Somos personas, no payasos, o: Si no entiendes, por lo menos comprende, eran los carteles que colgaban en las otras carriolas también a modo de mensaje.

Era espectacular ver esa concentración de gente cada una a su manera que, calculando a posteriori, confirmaron la cifra de cuatro mil personas.

Alex jamás se hubiese imaginado que, entre esas miles de personas, existiría cabida para su amiga Martina.

—¡Alex! ¡Alex! —gritaban su nombre dos voces diferentes de mujer de forma incansable abriéndose paso entre la música alta y sorteando a la gente—. ¡Aquí! —alzando sus brazos para captar su atención.

Por mucho que esos gritos se perdiesen inevitablemente entre el bullicio de la gente, Alex se daba por aludido como si en sus tímpanos estuviesen grabadas las ondas de esas voces y permaneciesen allí como un sello imborrable.

Escéptico de que lo que estaba escuchando fuese verdad, este enfocaba su mirada en las caras más cercanas a él y agudizaba más su oído sintiéndolas cada vez más cerca.

Por fin ambos sentidos se hallaban de forma mutua y ahora era Alex el que levantaba sus brazos y saludaba a esas dos chicas que conocía más que de sobra. De hecho pensó que no podría encontrarse con nada mejor.

—¡Venga, subir! —las invitaba segundos después de que arrancase su carroza.

Sus manos, más las de los otros ocupantes, se ofrecían para ayudarlas a subir por sus dos enormes escalones.

Leyla y Martina no podían estar más sonrientes y felices de dar con su amigo y el sentimiento era recíproco.

—¿Pero se puede saber qué haces aquí? —preguntaba Alex a Martina con una inmensa sonrisa tras darle el correspondiente abrazo de reencuentro.

—Me llamó Aitana —para sorpresa de su hermano—. Ya hacía un año que no sabían nada de ti y llamarme a mí ha sido su último recurso —evaporándose parte de su alegría—. Me lo ha contado todo y entre las dos hemos conseguido dar con Leyla. Ya es toda una mujercita.

—Siento no habértelo contado Martina. No ha sido nada fácil tener que irme de casa y no te hubiese gustado nada cómo me he estado ganando la vida. Yo...

—Tú nada —interrumpía su amiga a una aclaración que sobraba—. No podemos darle una

explicación a todo lo que nos ocurre en la vida. Claro que me tendrías que haber llamado, pero ahora no vamos a solucionar nada porque te eche la bronca, ¿no?

—Está claro que no —agradeciéndole a su amiga ese gesto con otro abrazo.

—Además, ya aprovechaba el viaje para darte otra noticia —mirándose de nuevo—. Me voy a Londres.

—Lo sabía. Sabía que lo conseguirías —dichoso por la felicidad de Martina—. Siempre llegarás a alguna parte, si caminas lo bastante.

—Le aseguró el gato a Alicia.

—Enhorabuena. Me alegro muchísimo por ti.

—Muchas gracias. Tú también debes perseguir tus sueños Alex.

—Por eso estoy aquí —Guiñándole un ojo y sonriendo de medio lado.

Contentos por el próximo destino de Martina pero con la sensación en sus corazones de que no volverían a verse, Alex y ella se miraban como si ese destino fuese a dejar de existir una vez que ese mismo día acabase.

Por eso y para no romper la magia que siempre había existido y conscientes de que, de golpe y porrazo se podía acabar, esos dos amigos bailaban bajo las alas del mítico Pegaso como si quisieran subir hasta el infinito filtrando también a Leyla entre ellos que era la que había hecho posible ese encuentro.

Un cuatro latas maqueado con montones de adhesivos de flores al estilo hippie donde se encontraba instalado un altavoz del que salía la elevada música de fondo y daba paso a la primera carroza, invitaba a evadirse al público y a mostrarse como sí mismos dejándose llevar por un ritmo pegadizo.

Una concurrencia multitudinaria de una masa que se congregaba según la revista populista del momento para alterar el orden público y, de esa forma, revelarse ante la sociedad, se veían obligadas a disolverse por la fuerza contra un grupo de agentes con porras de fibra acrílica apenas se concentraban. Los únicos diez minutos de cortesía que el cuerpo del estado no usó esas armas contundentes, se los obsequiaban únicamente para darles el placer de disfrutar del pregón sin ser conscientes de lo que les esperaba después.

El importante despliegue de agentes y vehículos de la benemérita colocados de forma estratégica en teoría para custodiar la cabalgata, ocupaban posiciones y adelantaban sus pasos a la orden de «ahora» procedente de un mando superior.

Nadie que no participase en esa reivindicación por los derechos humanos, imaginaba que el grupo de guardia civiles que les custodiaba, más que velar por su seguridad, se dedicarían a freírles a palos.

Con un ambiente cuyo disparo de salida se caracterizaba por el regocijo y las ganas de cambiar el mundo, otro disparo al aire obligaba de forma involuntaria a buscar cobijo para esconderse de ese sonido atronador que hacía estallar los tímpanos y que contrarrestaba por completo con todo el jolgorio.

El primer parón obligatorio junto a la primera orden a modo de buenas, fue apagar la música del Renault 4 y, por consiguiente, de un parón generalizado al que no estaban dispuestos a acatar los que habían trabajado día y noche para conseguir su espectacular decorado.

Un megáfono que dejaban en manos del brigada con la intención de hacerse escuchar y continuar con la idea de finalizar ese espectáculo de disfraces de la forma más pacífica posible, formaba parte del urdido y meditado plan B con el que ya contaban y, por lo tanto, era obvio que podría pasar.

El altavoz que daba paso a la primera carroza y empapaba de ritmo a la concentración, era sustituida por gritos de pánico y por voces imponentes con tricornos reglamentarios dispuestos a utilizar la fuerza bruta si fuese necesario.

Colocados todos en hilera a modo de muralla paralizando la que sería la primera manifestación colectiva supuestamente pacífica, los guardias, porras en mano, apretaban su arma de defensa y posicionaban sus pies firmes sobre la tierra para soportar el oleaje de gente que en cuestión de segundos se abalanzaría sobre ellos.

Alex, indignado por la falta de moral de un cuerpo del estado al que, por suerte o por desgracia, también involucraba a su padre, bajaba de su camión sin pensárselo dos veces no sin antes poner a salvo a las dos amigas que lo acompañaban y comprobar personalmente que corrían hacia la dirección adecuada.

Bastante había soportado ya las inclemencias en su casa y tragaba con las despiadadas leyes que los asolaban, como para tener que acatar también no poder reivindicarse en son de paz porque a una panda de mal nacidos se le pusiera en los santos cojones.

Entre empujones sin miramiento, insultos con los que se les llenaban las bocas, objetos volantes no identificados, incluso algún cubo de basura ardiendo, el artículo treinta y tres se implantaba en aquella anarquía a la espera de que, finalmente, se estableciera la ley del más fuerte.

Pero ni su muro acorazado caminando todos a una contra la autoridad, era lo suficientemente fuerte como para mantenerse en pie y triunfar ante lo que parecía una derrota inminente.

Fuera de control y completamente agitado sin poderlo controlar, los demonios de Alex se encargaban de controlar su furia sin que hubiese Dios que consiguiese calmarle o por lo menos hacerle entrar en razón. El único razonamiento que le haría cambiar de opinión sería, inevitablemente, el doloroso golpe de las porras y la inmovilización entre cuatro hombres a base de reducirle hasta contenerle al colocarle las esposas.

No era más que el protocolo usual a seguir ante lo que se creía una detención forzosa ya fuese uno contra cuatro si se veía en peligro la integridad física de los agentes. Aunque su atacante no fuese homosexual y no llevase armas para defenderse.

Uno de esos desafortunados porrazos que fueron a parar a la cabeza de Alex, le dejaban inconsciente una vez esposado para abrir los ojos de nuevo en una fría habitación y con varias cabezas observándole desde arriba.

El suelo húmedo calando casi su espalda, le había provocado una bajada de temperatura corporal y los tiritones por el frío eran evidentes. Mientras su boca no podía dejar de castañear,

Alex se incorporaba como podía no sin antes resentirse de su dolorido cuerpo. Podía haber jurado que, en ese momento, el dolor le recorría por completo hasta llegar a cada poro de su pelo.

Un chorretón de sangre le bajaba desde el lateral de la sien hasta la barbilla salpicando su camiseta blanca de tirantes con cada goteo de esta y unas cuantas más se desparramaban por el suelo en la dura intentona de conseguir levantarse.

Alex se llevaba su mano derecha hasta la brecha producto del porrazo anterior y comprobaba asimismo la marca de las esposas clavadas en las muñecas.

La idea de ponerse de pie le empezaba a pesar cuando, una vez sobre sus dos piernas, seguía tambaleándose y con una visión distorsionada. Tal era la intensidad de su mareo, que tardó unos cuantos segundos en distinguir si el número de hombres vestidos de verde que le rodeaban era el real o los multiplicaba por dos debido a su visión doble.

Entonces, de forma brusca, uno de los allí presentes le cogía del brazo y le obligaba a sentarse en una silla carcomida de madera.

La nula decoración y la pintura gris de esas paredes junto con la luz pobre que desprendía de una solitaria bombilla que les vigilaba desde el techo, acrecentaba más si cabía la peculiar escena sacada de una película policiaca.

Por la sangre aún fresca que le brotaba de la cabeza y la paliza reciente, Alex calculaba que no debía haber pasado más de una hora desde que lo arrestaban por desacato a la autoridad y por alteración del orden público hasta que este abrió los ojos de nuevo.

Una vez sentado y con el sentido del equilibrio más estable, pudo centrar por fin su visión y confirmar la presencia de cuatro guardia civiles acechándole con la mirada y, se podría decir, que ganas no les faltaba de querer acecharle con algo más.

Todos menos uno. Su propio padre.

En una intentona por disimular que sus ganas de hincharle a palos era como la de todos los demás, Pascual se esforzaba por poner cara de malo y porque sus ademanes se pareciesen lo máximo posible a los de sus compañeros con la diferencia de que, ese hombre, lo único que hubiese querido era salir corriendo.

«Cobarde», pensaba Alex al mirarle desafiante.

A Pascual, al pillarle en el centro de todo el meollo, no le quedó más remedio que apechugar y seguir adelante con el interrogatorio para no parecer un cobarde o dar a entender que le unía algún tipo de lazo con ese piltrafa. Era eso, o mostrar que lo de zurrar no era lo suyo y, por lo tanto, no estar a la altura de todos esos compañeros que se catalogaban como hombretones. Aunque, le hubiese encantado poder decirle a su hijo, que para nada fue idea suya detenerle y, mucho menos, la percepción de haberle puesto un dedo encima.

—Qué queréis —les preguntaba Alex intimidado mirándoles uno a uno en busca de una respuesta que no atentase directamente contra su físico.

—No —hablaba el que parecía más malote de todos—. Qué narices pretendes tú. Bueno, tú y tus amiguitos disfrazados.

—Yo a los únicos que veo disfrazados es a una panda de cobardes que utilizan sus armas blancas para luchar contra gente indefensa. Bueno, a lo mejor me disfrazáis de mujer y me hacéis posar como hace la prensa amarillista para publicar luego las fotos en plan mujercito descarado. ¿No?

—No te pases de listo chaval, que puedes salir calentito de aquí —continuaba diciendo el mismo hombre—. Ponte a rajar y no te pases pero ni un poquito.

—Pues mira sí, te voy a decir qué es lo que pretendemos. Tanto que te interesa saberlo —si algo tenía claro Alex, era que no iba a claudicar—. Lo que queremos es vivir en un mundo donde no se venda la dignidad de las personas porque no les quede otra salida y dónde, personas como vosotros, no les ponga precio a sus cabezas. Que en esta habitación hay mucho machito pero, a la hora de la verdad, habría que veros solos —mascullando una sonrisa de medio lado.

—Oohh, que bonito —se burlaba otro de los guardias—. Eso deberías decírselo a todos esos coleguitas tuyos que se pasean por ahí ofreciendo el culo al primero que se presenta.

—Vaya, ahí tengo que darte la razón —devolviendo la mirada a su padre que casi ni se atrevía a levantar la cabeza—. Te sorprenderías de lo que se cuece por ahí —sin dejar de mirarle—. Pero seguro que hasta esos de los que hablas, son muchos más hombres que todos vosotros juntos.

—Vamos a dejarnos de monsergas y vamos al grano —retomando la palabra el primero que había roto el hielo ahora más encabronado—. El siguiente comentario de ese tipo y te tragas mi puño.

—Qué pasa. ¿Es que te das por aludido? —sin poder controlar sus nervios y reírse de la situación—. Seguro que te pones cachondo si me pinto los labios.

—Tú te lo has buscado.

Aún sentado sin tener opción de nada más, el primer puñetazo de muchos se lo asestaba el mismo que segundos antes se lo había advertido y dos de ellos se encargaban rápido de sujetarle, uno de cada brazo, por si al prisionero le daba por revelarse.

Por si Alex no había tenido bastante con la paliza inicial, esa tanda de puñetazos a la que se sumaban otros repartidos por el estómago y en parte en el costado, terminaban por demoler su cuerpo y su cerebro dándose ambos por vencido.

Ahora la sangre también le brotaba por la boca y por la nariz y la consciencia de ese chico se perdía por completo ante la impávida visión de Pascual que, presa del pánico, observaba desde una esquina la horrorosa escena en la que no supo hacer nada porque sus compañeros parasen.

Tan solo los golpes y los insultos asociados pararon cuando Alex yacía prácticamente muerto en el suelo.

El trabajito de los que custodiaban el lado oscuro de la ley y se encargaban de que se cumpliese ya fuese a fuerza de golpes, abandonaban la habitación con los nudillos doloridos y con la sensación de haber hecho lo correcto sobre todo frente a aquel que quisiera seguir su camino.

—Pascual, llévate a este pinta monas de aquí —le decía el último de los cuatro antes de salir.

Pascual, a la espera de que esos tres hombres desapareciesen de allí sin echar la vista atrás, se

acercaba hasta su hijo entre escalofríos y golpes de calor y entre el miedo inherente de que su hijo se estuviese debatiendo entre la vida y la muerte.

El pecho de Alex aún daba signos de una agotada respiración y su pulso, aunque leve, no se rendía ante una batalla que parecía tener perdida.

Su padre, arrodillado a su lado mientras intentaba intuir sus constantes vitales, arremetía contra el cielo y lloraba. Lloraba culpabilizándose a sí mismo por su falta de valor.

A su vera y a la espera de que una ambulancia lo trasladase, el siguiente punto de encuentro entre padre e hijo sería en la habitación del hospital más próximo ahora con la cara limpia y sin sangre de por medio.

Unos tenues rayos de luz atravesando unos ojos semicerrados esforzándose por abrirse por completo, deslumbraban a Alex y el calor al tacto de una piel conocida sujetándole la mano, le transmitía calma y reforzaba los movimientos de sus dedos aún a falta de energía.

El oxígeno que notaba en su nariz proveniente de un tubo enchufado a un artefacto de la pared y lo que parecían ser millones de cables de colores rodeándole por su pecho, no le facilitaban demasiado sus movimientos y una voz de mujer le detenía en un agobio repentino al querer arrancarse todo de cuajo.

—¡Ay! —gemía Alex de dolor al llevarse sus manos a sus partes íntimas.

—Sí, también te han puesto una sonda ahí —le volvía a confirmar esa voz alegre que no se separaba de él y que hubiese reconocido por más de mil años sin escucharla.

—Mamá —reclamaba Alex gimoteando como un niño con los ojos ahora abiertos.

—Ssshhh —ahora no hables hijo. Tienes que coger fuerzas.

—Qué me ha pasado.

—Tu padre te encontró inconsciente en medio de la calle en plena manifestación y llamó a una ambulancia. Él también está aquí —girando su cabeza Alex encontrándose apoyado en la otra esquina del box—. Ya sé que vuestra relación no es todo lo buena que debería, pero hay que reconocer que ha sido toda una suerte que él te encontrara.

—La suerte ha sido que me dejaran con vida —sorbiendo los mocos acuosos por unas lágrimas que le brotaban todavía desesperadas e impotentes por no poder decirle la verdad—. Pensaba que me moría mamá.

—No digas eso hijo —limpiando las lágrimas que descendían por las mejillas de su hijo y, de vez en cuando, disimulando para limpiarse las suyas—. No digas eso.

—Te he echado mucho de menos mamá. Mucho.

—Yo sin ti estaba vacía por dentro. Me mataba no tener noticias tuyas y no saber a quién preguntarle. Pero mira, la vida te ha traído a mí de nuevo y aquí está tu madre, para cuidarte.

—Y qué dicen los médicos.

—Que si salías de esta iba a ser un milagro. Y lo has demostrado. Has demostrado que eres

todo un valiente.

—Bueno, superviviente diría yo. Y si no que se lo digan a Espartero, ¿no, mamá? —sacando una sonrisa a su madre y mirando de reojo a su marido—. Si al final va a resultar que eso de los huevos de ese caballo eran verdad.

—Si todo va bien, mañana por la mañana te sacarán a planta.

—Tengo muchas ganas de ver a Aitana y saber qué ha sido de mis amigas.

—Las verás hijo, pero todo a su debido tiempo.

Después de casi un mes ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos a causa de una pequeña hemorragia cerebral y seis costillas rotas, Alex recuperaba algo de la dignidad que le arrebataron al verse sentado en un sillón de una habitación inundada por la luz, con fuerzas para sostener un vaso de agua y sin tanto cableado a su alrededor.

Pero lo mejor estaba por llegar cuando, unos golpecitos en la puerta, dejaban entrever a tres mujercitas completamente diferentes entre sí pero idénticas en la morfología de su gran corazón. Una estrecha alianza se forjaba entre ellas al encontrar entre sí un objetivo en común.

Y ese objetivo era Alex.

Felicidad completada. Ahora solo faltaba encontrar un lugar donde pudiera recuperarse del todo sin sentirse un estorbo.

—Te vendrás a casa. Y no se hable más.

—Pero mamá —intentando recordarle a Trinidad porque su propio hijo se había marchado.

—No Alejandro. No pienso abandonarte de nuevo.

Así se zanjaba el tema y, así, asumían que Alex volvería a casa sin darle opción a rechistar entre otras cosas porque, precisamente Pascual, no se encontraba en plena facultad de protestar ni mucho menos de volverle a echar.

Aunque, a la vista estaba, que el ambiente estaría más tenso que nunca y que no se iba a crear lo que se dice un entorno demasiado familiar.

—Está bien mamá. Pero que conste que lo hago únicamente por ti y porque a testaruda no hay quien te gane.

No había más que ver la cara de felicidad de Trinidad y el brillo húmedo de sus ojos, para entender que su hijo había sido afortunado al volver a nacer y ella compartía la misma fortuna de poder verlo.

De la misma forma que no se podía creer, una semana y tres días después, que su primogénito regresaba a casa aunque fuese utilizándola como muleta humana y con su hermana haciéndole de botones.

Alex alucinaba al comprobar que su habitación permaneciese intacta tal y como la dejó desde la última vez que la vio. Hasta la famosa caja de hojalata que patrocinaba Cola Cao, descansaba en la misma mesa de estudio donde se quedó antes de que su madre y él tuviesen su última

conversación.

Desde luego sabía el día que había vuelto a entrar allí, pero desconocía el tiempo que debería aguantar hasta encontrar de nuevo su camino.

Y cómo lo encauzaría de nuevo.

Pero el cauce de un año completamente perdido en la Universidad y la falta de ganas de volverlo a retomar, se veía compensado con el amor y los cuidados de Trinidad y de Aitana hacia él y de cada una de las noches en las que regresaba la complicidad que se había perdido entre hermanos retomando cuentos de hadas y sueños venideros donde la cama de Alex era el lugar escogido y donde las historias ahora proviniesen de boca de una hermana no tan pequeña.

Era como regresar de nuevo a la edad de quince años para lo bueno y para lo malo. Pues, precisamente en esa época, Pascual también se encontraba viviendo bajo el mismo techo y se esforzaba supuestamente de forma inconsciente por anularle como persona.

Alex, prácticamente hacía la vida en su habitación, y Pascual ni se aparecía por allí permaneciendo la mayor parte del tiempo en el salón. Algún encontronazo a la hora de ir al baño o de abrir la nevera para picar entre horas, era todo lo que coincidían en un espacio para ellos reducido de cien metros cuadrados.

Se podía decir que, mientras se esquivasen el uno al otro, la convivencia se haría más llevadera pero esa distancia irreal no duraría por mucho tiempo.

En el absoluto convencimiento de que si Pascual le devolvía de alguna forma todo el daño que le había hecho a su hijo, este sacaría la bandera blanca y dejaría a un lado el hacha de guerra que continuamente le asestaba con la mirada. No fue más que una noche cualquiera cuando pensó que había llegado el momento.

Dando cuatro pasitos más de los que habitualmente daba para llegar solo al baño y quedarse en esa zona del pasillo y cogiendo aire en cada uno de esos pasos con los que avanzaba con todas sus esperanzas puestas, Pascual aprovechaba la media noche para acercarse al cuarto de su hijo y asegurarse que tanto su hija como su mujer ya se habrían acostado.

Un par de golpes de nudillos a una puerta algo más cerrada de la mitad, anunciaba la inesperada visita de una persona que llevaba casi doce meses convenciéndose a sí mismo de que podía hacerlo.

—Mamá, no hace falta que me avises para entrar —se escuchaba a Alex desde adentro —sabes de sobra que estoy despierto.

—No, no soy mamá —decía Pascual una vez asomando—. ¿Puedo pasar?

Pascual, ante la falta de respuesta, se aproximaba despacio pasmado por el asombro y el silencio de su hijo que solo sabía mirarle expectante, como si de un fantasma se tratara, desde la silla de su escritorio.

—Tranquilo, no te voy a hacer nada.

—Sí, ya me has demostrado que no eres capaz ni de defenderme —totalmente a la defensiva.

—Eso es algo de lo que no me enorgullezco y...bueno —titubeando—, te agradezco que no le hayas contado nada a tu madre. Has demostrado ser más hombre que yo mil veces.

—Siempre pensé que lo eras.

—Eso es lo que constantemente tenía que dar a entender, pero sé que soy un miserable —sentándose apesadumbrado y a plomo sobre la cama como si le pesara el alma.

—Tú lo has dicho —sin ganas de darle más explicación al sentir que no la merecía—. Ni siquiera sé para qué has entrado —toda disculpa de su padre le sobraba.

—A la vista está que ni tú ni yo vamos a volver a ser padre e hijo.

—Puf, como si alguna vez lo hubiésemos sido —soltaba de repente entre frase y frase.

—Y lo tengo merecido —sin tener en cuenta el último comentario de su hijo—. Por eso vengo a proponerte algo. Se ha quedado vacante un puesto de seguridad en la casa de un pez gordo.

—Prefiero no saber cómo lo has conocido.

—Eso es lo de menos —evitando entrar en detalles—. Es accionista de los museos más prestigiosos de Madrid y, quién sabe, igual más adelante podría colocarte en uno de ellos y ganar un buen sueldo. Ya me ha dicho tu madre que no tiene muchas esperanzas de que retomes los estudios así que, si quieres, el puesto de trabajo es tuyo.

—¿De seguridad? Pero si no tengo ni idea de lo que se hace.

—Bueno, creo que ya has comprobado por propia experiencia que a todo se adapta uno —dejando sin palabras a su hijo—. No necesitas más que las ganas de trabajar. Las recomendaciones ya las he hecho yo.

—No sé. Me lo tengo que pensar.

—Claro. Pero te agradecería que fuese durante el día de mañana. Mi amigo espera una respuesta.

—Sé dónde vives —con tono sarcástico—. Mañana te digo algo.

—Perfecto y perdona de nuevo —levantándose con la torpeza de un hombre de ochenta años.

—Papá —le llamaba Alex antes de desaparecer por completo instando a que su padre se girase hacia él—. Gracias.

Si había algo indudable en la educación que Pascual le había dado, era ser agradecido con los detalles del prójimo. Le tocasen de cerca o no.

—Cuando mantienes un secreto durante tanto tiempo, uno de tantos, no encuentras el momento ni el valor para sacarlo a la luz —colocando Pascual sus sentimientos sobre la palestra—. En la clandestinidad uno se acomoda, se siente protegido, aprende a disimular con precisión quirúrgica, inventas historias y te esfuerzas por pasar desapercibido —suspирaba durante unos segundos—. Jamás te hubiese puesto una mano encima, por muchos vestidos de mujer que te pusieras. Lo único que pretendía era protegerte y evitar que fueses como yo.

No pudo encontrar unas palabras más acertadas para destruir el armazón de su hijo.

Razón no le faltaba a su madre al hacer caso a su instinto maternal y sentir que no las tenía todas consigo en la decisión que había tomado su hijo de ser médico. Y no porque su vocación no estuviese en ayudar a los demás, sino porque no le hacía falta ser médico para volcar su ayuda a todo aquel que lo necesitara ni, precisamente, encontrarse en un centro hospitalario para hacerlo.

La ayuda y la lucha que Alex les podía proporcionar, ahora más que nunca, se encontraba en los rincones más marginados de la ciudad y en las esquinas de unas calles que todavía les faltaba mucho para evolucionar.

Y ahí, de la misma forma que en un hospital, la necesidad de más de muchos de sentirse ayudados, nunca iba a faltar.

Raquel, que nadie sabía por qué pero se enteraba de prácticamente todo lo que concernía a su colectivo, le mandaba una carta a su casa para transmitirle su más profunda pena por lo que le había pasado a la vez que darle ánimos, valorar su lucha y ofrecerle un hueco en Transexualia cuando Alex se encontrase con fuerzas y plenamente recuperado. Aludiendo a su filántropo favorito, Raquel no encontró otra forma mejor de acabar ese mensaje con una de sus famosas frases:

*«Mi ideal más querido es el de una sociedad libre y democrática en la que todos podamos vivir en armonía y con iguales posibilidades»*

*Un abrazo enorme. Raquel.*

Junto con la decisión final de aceptar el trabajo que le ofrecía su padre para tener una independencia económica y tejer su propio hogar, fue el detonante necesario que le haría ver dónde invertiría su futuro por el resto de sus años.

Eso, y soltarse la melena cada noche cual vedette en la misma discoteca donde le invitaban, aún adolescente, a celebrar su primera despedida de fin de año para sentirse como una mujer y entretener a su adorable público. Aunque entre pelucas se tratase.

Resultó que durante esa época y, para sorpresa de todos, el éxito de las trans era tan espectacular que ninguna sala perdía la oportunidad de desafiar en su elenco a la imaginación más desbordada.

La Discoteque «Trash 69», era la sala de fiestas más innovadora y la que retaba continuamente a los censores con el destape de transformistas. Alex no dudó en proponerles un espectáculo fresco que resultó ser un éxito y fue de los primeros en tener un camerino en el que había luces rojas que les avisaban de la llegada de la policía.

Eso sobre todo empezó a suceder cuando se hizo obvia la naturaleza de esas fiestas y la policía comenzaba a rodear cada lugar desde un chivatazo anónimo en busca de una redada masiva.

«Trash 69» tuvo ataques desde los medios de comunicación y desde el ámbito legal por atreverse a meter homosexuales, pero el tiro les salió por la culata al poderse defender con todos los papeles del local en regla.

La primera vez que Alex se sintió rodeado, decidieron apagar la luz, tirarse todos al suelo y esperar algunas horas manteniendo su seguridad dentro para después ir saliendo a cuenta gotas bajo riesgo de ser detenidos afuera.

Todos tenían claro que, a todo aquel que apresaran, se verían sometidos a una marcha donde caminaban obligados a taparse la cabeza con capuchas blancas y en total silencio para, una vez llegados al final de la avenida escogida, quitarse la capucha, correr como locos e intentar desaparecer. Esa era su forma de proceder.

También el propio Alex decidiría que su nombre artístico sería el mismo por el que más adelante lucharía ante la ley, Alexia. Sin quererlo, se convertiría en la estrella del momento por su cúmulo de talentos concentrados en una cintura de avispa. Empezó a ser la mano misteriosa que formaba parte de la representación ocultándose detrás de unos pompones de color rosa para, más adelante, ser la protagonista de su propio espectáculo de cada fin de semana llamado: Las mil y una plumas. En su cartel promocional añadían; Pasen, desnúdense y disfruten. Cantaba, bailaba, se desnudaba y todo lo hacía bien. De hecho, todo aquel que la veía, se enamoraba de ella desde el primer instante.

Entonces, y solo por placer, pasaban al plato fuerte o sótano caliente escondido un piso más abajo con la entrada gratuita para los más afortunados que demostrasen poseer un miembro viril de veinte centímetros y pudiesen lucir una pulsera para que todo el mundo supiese qué pie calzaba.

Placer que también compaginaba con el trabajo y con una contienda que no dejaba de lado acudiendo a cada evento reivindicativo siempre en calidad de portavoz y de mano derecha de Raquel.

Fue justo al año siguiente de su espeluznante e inesperada paliza, cuando el día del Orgullo Gay se celebraba en la Casa de Campo tras su prohibición de hacerlo por las calles de Madrid convocando en esta ocasión también por primera vez expresamente a travestis y transexuales.

Antes del segundo festejo más importante de un gremio que se resistía a dejar de luchar, todo aquél que quisiera participaba en una besada colectiva para reivindicar la persecución de la sociedad aunque, de la misma forma que la primera, la fiesta se vio ensombrecida por un grupo de jóvenes de extrema derecha.

Entonces, entre el disturbio provocado por ese grupo de jóvenes con ideales radicales y las carreras de los que querían dar caza precisamente a los que no respetaban su forma de proceder, la inconfundible cara de Aitor se volvía a dar de sopetón con la de un Alex muy cambiado al menos en el físico.

—Y será verdad —le decía Alex en ese encontronazo cara a cara sofocado con parte del rímel corrido por el sudor—. Sin duda eres Aitor.

—Y quién coño eres tú —preguntaba a un supuesto desconocido con la cara maquillada.

—¡Aitor! ¡Soy Alex! —le confirmaba emocionado.

—Pero, ¿estás loco?, ni se te ocurra nombrarme si no quieres que me maten.

—¿Te van a matar por saludarme? —incrédulo de lo que estaba oyendo.

—¿Pero tú te has visto? El Alex que yo conocía no iba pintado como una perra. Menudas pintas. Tú y yo ahora no nos conocemos de nada.

Y Aitor se iba corriendo no sin antes asestarle un empujón para disimulo de sus compatriotas.

La paradoja de todo eso no era ver a Alex maquillado como una mujer besándose con otro hombre, sino ver a alguien con el que había compartido placer carnal batallando por unos ideales que ni él mismo compartía, pues el bando de Aitor era precisamente el contrario.

Era una pena comprobar que su compañero de quinta seguía sin ser el dueño de su destino.

Fuese como fuese, así siguieron el resto de marchas y manifestaciones y la asociación Transexualia siempre estaba presente.

Se crearon grupos de Liberación homosexual y se logró, tiempo después, que dejaran de ser acosados por la policía o de reunirse clandestinamente. Se consiguieron lugares formales de encuentro para no tener que prostituirse únicamente en las calles, se derogó la ley de Peligrosidad Social en el noventa y seis, se despenalizó la cirugía de reasignación genital y se consiguieron dar charlas sobre sexualidad y género en los colegios e institutos.

Estaba claro que cada vez, con el apoyo de nuevas asociaciones y de las ganas de vivir en un mundo mejor, eran más las personas capaces de elegirse a sí mismas siendo coherentes con sus sentimientos, su género y con su forma de entender su propia existencia. Siempre convencidos de que el destino se puede cambiar y comprendiendo que lo único que hace falta es entender que las personas hemos venido a este mundo para ser felices.

Parte de la felicidad de Alex, también radicaba en el cambio físico que poco a poco había experimentado con el tratamiento hormonal al que llevaba años sometido, con una terapia de feminización de la voz y con su propia ayuda al dejarse el pelo largo, pintarse las uñas y conseguir un gran aliado para sacarse partido gracias a los cursos de maquillaje y a la incansable ayuda de su hermana pequeña.

Pero verdaderamente supo que su sueño estaba casi cumplido cuando, al llamar a un centro de belleza para informarse sobre un tratamiento con la seguridad de una voz ya más afeminada, la persona al otro lado no la discriminó sino que la trató como la mujer que ella siempre sintió.

Esa fue la prueba de fuego que superaba contando con el peligro de vivir en una sociedad en la cual, por tener una voz masculina en el cuerpo de una mujer, podrían apuñalarte de gratis o agredirte donde menos te lo esperases como lo podría ser someterse a una cirugía de cambio de sexo cuando todavía la excluía la Seguridad Social.

Y es que, en torno a eso como no podía ser menos, también se creó un gran revuelo cuando la mayoría de mujeres transexuales construían sus propios cuerpos de manera autodidacta y al margen de la mirada médica, viajando a la ciudad marroquí de Casablanca o administrándose hormonas e inyecciones clandestinas de silicona en el pecho, las nalgas o las caderas condicionando de forma negativa en su salud o incluso llevándoles a la muerte.

Alex, sonriéndole la fortuna, correría con más suerte que el resto al ser intervenido en un Clínica privada gracias al padre, también médico, de su compañero de Universidad con el que compartió residencia, batallas y estrecharon lazos de amistad.

Pero esa intervención no llegaría hasta la mutación legal de nombre en su DNI cuyo intento denegaron varias veces al depender de la buena fe de los jueces y de conseguir un certificado de

trastorno de identidad que obligaba a llevar más de diez años de tratamiento.

De esto estamos hablando que Alex ya pasaba la edad de cuarenta.

Invitado por su buena reputación artística a participar en una obra de teatro para dar un mensaje contra la discriminación y dar a conocer a las estrellas travestis de la escena actual en Madrid, Alexia, como se llamaría a posteriori, invitaba a sus padres y a su hermana a compartir un poquito de su arte y de paso aprovechar para pasar un rato con ellos en una de las terrazas más emblemáticas de la ciudad y más próximas a la representación teatral.

Trinidad y Aitana aún no se habían familiarizado a ver a Alex con el pelo más largo que ellas y con unas plataformas con las que las sacaba una cabeza, pero si se habían acostumbrado al sentimiento de orgullo que no les cabía en su pecho.

Agachándose para abrazarlas a las dos a la salida de show, tampoco le era de extrañar que su padre no se encontrase con ellas.

—Has estado fantástica —felicitaba Trinidad a su hijo una vez sentadas en el local donde se podían divisar unas vistas espectaculares de la ciudad.

—Muchas gracias mamá. ¿Y papá?

—Hijo, tenemos que hablar.

Mientras que Aitana se encontraba en la mejor edad para disfrutar de la vida, a su madre se la notaba el cansancio en los ojos y en las canas mechadas de su pelo. Como siempre recogido.

Es cierto que Alex llegó a perdonar a su padre con el paso de los años y a la madurez que le impuso el tiempo, pero también era verdad que no solía dejarse ver mucho por su antigua casa y para nada llevaba la cuenta de todos los meses que habían pasado sin aparecer por allí.

—¿Va todo bien? —preguntaba Alexia preocupada.

—Cariño, siento tener que contarte todo esto precisamente hoy, cuando tu carrera artística está en pleno auge.

—Para nada mamá, no podrías haber encontrado un momento mejor. Puedes decirme lo que sea.

—Está bien —mirando ahora a su hija completamente convencida de lo que la estaba diciendo—. Siempre has sabido que para tu padre ser guardia civil era aspirar a tener una vida diferente, llena de emociones fuertes y experiencias inolvidables.

—Eso lo tengo claro —confirmándolo Alexia.

—Pues todo era una tapadera. No harán más de dos días cuando tu padre, debe ser en un arrebato de remordimiento, nos llamó a tu hermana y a mí para contarnos la verdad de lo que pasó entre vosotros. Nos dijo que nunca se perdonará lo que te hicieron a pesar que él lo pudo evitar y nos habló de una doble vida que compaginaba conmigo y que, al parecer, llevaba ocultándome décadas.

La respiración de Alexia parecía inexistente.

—Pero no solo eso. El mismo hombre que te consiguió una plaza en el servicio militar y que

ascendió a tu padre obligándonos sin remedio a cambiar de ciudad, eran la misma persona al que yo llamaba papá y el que también le chantajeaba con contar la verdad si no se iba de Altea con toda su familia.

—¿La verdad?

—Sí. Por lo visto tu padre también frecuentaba bares de ambiente antes de llegar aquí y a tu abuelo le habían llegado los rumores.

—Y yo toda la vida pensando que nos habíamos ido de Altea por mi culpa. Pero si papá me dijo que me metían en la marina precisamente porque a él le debían un favor —intentando encajar todo.

—Exacto, y ahí va lo mejor. Resultó ser que tu abuelo también frecuentaba con otros hombres para conseguir intercambios sexuales y Pascual se enteró de todo. Y de ahí el favor a cambio de su silencio.

—Pero mamá —sin encontrar palabras para describir sus sentimientos—. ¿Tú estás segura de todo eso?

—Tu padre se ha ido de casa. Para siempre. ¿Quieres más pruebas?

A Trinidad la consumía la indignación a medida que avanza en su explicación y su hija se daba por aludida continuando la explicación por ella.

—Si, pero, aunque pienses que lo que acabas de escuchar es más que suficiente para escribir un libro, esto no acaba aquí —advirtiéndole ahora su hermana dando una tregua a su madre que todavía digería el mal trago.

Aitana continuaba.

—Resulta que al cambiarnos de ciudad, a nuestro padre le pagaban la renta de la casa donde viviría al pertenecer a un cuerpo del estado viviendo de gratis hasta que se retirase.

—Eso me huele mal —presagiaba Alexia.

—Y tan mal —asintiendo su hermana con la cabeza—. Ahora papá se jubila en un mes y ninguna de nosotras sabía que, llegados a ese punto, tendríamos que devolver la casa y quedarnos por lo tanto en la calle.

—¿Si me lo hubiera dicho hubiésemos ahorrado! —protestaba engañada Trinidad—. Me he estado informando y la gente es lo que suele hacer en estos casos.

—Sí mamá. Pero la gente que no engaña le importa un poquito su familia —mirando entrañable a su madre para tranquilizarla—. Pero por eso no os preocupéis, os vendréis a mi casa, que aunque sea pequeña nos apañaremos y...

—Nos volvemos a Altea —le interrumpía Aitana—. He encontrado un trabajo allí y Maruja nos ha conseguido un alquiler barato cerca de su casa. Ya ves, al final volvemos a casa.

Alexia miraba a las que siempre habían demostrado formar parte de su familia y ahora a quién asaltaban las ganas de llorar era a ella.

—Os vais —se resignaba Alexia.

—Es lo mejor hijo. Ahora tus raíces están aquí y nosotras volveremos a estar en nuestra tierra, con nuestra gente de siempre y bien cuidadas. No tienes que temer por nosotras.

—No temo por vosotras mamá. De sobra sé que saldréis adelante. Por quien temo es por mí.

—¿Por ti? —le preguntaba incrédula su madre.

—Si yo hubiese estado más con vosotras, si no me hubiese ido de casa... —callándose unos segundos—. Si no hubiese comenzado con toda esta locura.

—Alexia, mírame —le ordenaba su madre llamándola de una forma especial, como si nunca antes lo hubiera hecho—. Esta locura que tú dices es tu felicidad y jamás permitas que nadie te llame loco, pues muchos de aquellos que te llaman loco, son los que sueñan con tener tu coraje.

—No es más que el reflejo de lo que tú me has demostrado —alagando a una mujer que se merecía todo su reconocimiento.

—Ahora siempre tendrás una excusa para volver a tu tierra.

—Mi mejor excusa seréis vosotras —llorando a la vez que riendo.

Trinidad desde Altea, no perdía la ocasión para presumir de hija y babear cuando la preguntaban sobre Alexia advirtiéndole a los que no la conocían que era muy femenina y que se vestía y se maquillaba incluso mejor que ella. Que hasta hacía de su estilista en las ocasiones especiales y que ahora, en vez de tener solo una hija con la que compartir afinidades, tenía dos.

También se desahogaba con los más allegados confesando que el alma de Alex había sufrido mucho en su trayecto debido a los prejuicios sociales solo por decidir ser ese alguien que le dictaba el corazón.

Claro que a Trinidad se le clavaba una espinita en el pecho al tener que dejar una parte de ella tan lejos y no haber tenido la seguridad suficiente en sí misma como para preguntar a su hijo si realmente era feliz con lo que estaba haciendo, pero entendía que ese era el mejor lugar en el que su hijo podía estar.

Alex había vivido una época de transición donde por desgracia siempre pagaba el pato el que menos lo merecía pero también donde había visto caer murallas y abrirse puertas para avanzar desde una sociedad de un cero total a una casi de cien.

Y donde empezaba a ver la luz.

Donde ya no tenía que caminar con la cabeza encapuchada y con miedo, donde no tenía que esconderse para vestirse de mujer y ser extravagante, donde podía sentirse como una persona completa y donde, sus derechos como mujer que era, nadie se los robaría.

Y no debía quedarse en Madrid y seguir luchando solo por llevarle la contraria al mundo que la rodeaba, sino porque su historia, que podía ser la de cualquiera, serviría como ejemplo y ahí estaría ella. Para contarlo. Para debérselo a ella misma y a todos aquellos que no pudieron soportarlo.

Porque el silencio no ayuda, pero la sinceridad sí y porque no se trata de ser modernos, sino de

hacernos la vida un poquito más fácil y ponernos en la piel de los demás antes de juzgar a la ligera desde un diminuto punto de vista.

Esas lágrimas que se intercalaban con sonrisas demostraban que siempre habían aspirado a algo tan sencillo como a ser ellas mismas.

Y es que, entre suspiros robados que alargan la vida y la mirada puesta cada noche en las remotas estrellas, Alexia pensaba que, si las personas salieran cada noche a mirar el cielo, sin duda sería un mundo mejor y resurgiría esa olvidada luz que todos llevamos dentro.

Aunque nadie aparente ser quien es y nuestros secretos sean tan finos como una frágil hoja de papel.